



Redoma

Número 9, julio-septiembre 2023. ISSN-e: 2992-6971

<https://revistas.uaz.edu.mx/index.php/redoma/>



María Isabel Terán Elizondo Cynthia García Bañuelos Katia Angélica de Loera Villagrana Citlalli Luna Quintana Mónica Muñoz Muñoz Lorena Muro Chávez Eugenia Nájera Verástegui Dulce María García Mireles Itzel Guadalupe Núñez García Anel Guerrero Rodríguez Rosalba Anahí Rodríguez Haro Alondra Rosales Gómez Alejandra Enríquez Gaytán Claudia Alonso Cuéllar Verónica G. Arredondo Brenda Ortiz Coss Luisa Vera Arlett Cancino Vázquez Astrid Carrillo Garrido Sara Margarita Esparza Ramírez Vianey Guzmán Sonia Ibarra Valdez Azaret Zamudio Norma Gutiérrez Hernández Martha Edith Rocha Orozco Virginia Woolf Marina Arjona

Redoma

Revista de la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas
Número 9, julio-septiembre 2023

**Rector**

Rubén de Jesús Ibarra Reyes

Secretario General

Ángel Román Gutiérrez

Secretario Académico

Hans Hiram Pacheco García

Director de Investigación y Posgrado

Carlos Francisco Bautista

Directora de la Unidad Académica de Letras

Mónica Muñoz Muñoz

Consejo editorial

Beatriz Arias Álvarez (UNAM)

Roger Chartier (L'EHESS)

Carlos Lomas (CPR Gijón)

Amparo Tusón Valls (UAB)

Comité editorial

Teresa Ivonne Barajas Sandoval

Imelda Díaz Méndez

Estela Galván Cabral

Cynthia García Bañuelos

Edgar A. G. Encina

Filiberto García de la Rosa

Juan José Macías

Valeria Moncada León

Priscila Morales Moreno

Nydia Leticia Olvera Castillo

Sebastián Preciado Rodríguez

Flor Nazareth Rodríguez

Beatriz Elizabeth Soto Bañuelos

J. Turpy

Apoyo técnico editorial

Montserrat García Guerrero

Dirección

Mónica Muñoz Muñoz

Coordinación

Alejandro García

Edición y diseño

José Antonio Sandoval Jasso

Cuerpo de árbitros

Martha Cecilia Acosta Cadengo

Javier Acosta

José Enciso Contreras

Carmen Fernández Galán

Maritza M. Buendía

Alberto Ortiz

Fernando Rodríguez Guerra

Isabel Terán Elizondo

Mariana Terán Fuentes

José Carlos Vilchis Fraustro

Redacción y logística

Ana Álamo Bautista

Beatriz Elisa Acuña Díaz

Francisco Leonardo Arce Del Valle

Daniel Guerra de la Torre

Norma Márquez Puentes

Brisa Celeste Márquez Román

Mitzi Jocelyn Mier Ibarra

Christian Alíed Morales Ordoñez

Lizbeth Navejas González

Ana Cecilia Rangel Segura

Marco Antonio Ríos Badillo

Rosalba Anahí Rodríguez Haro

Alondra Rosales Gómez

Ricardo Rosales Márquez

Adriana Ximena Salazar Miranda

Mónica de la Torre Sánchez

Redoma año 3, número 9, julio-septiembre 2023 es una publicación trimestral de la Unidad Académica de Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas». Domicilio: Jardín Juárez 147, Centro. C. P. 98000. Zacatecas, Zacatecas, México. Teléfono: (492) 9241916. Correo electrónico: <redoma@uaz.edu.mx>. Editor responsable: Mónica Muñoz Muñoz. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2022-102413394800-102. ISSN (impreso): 2954-484X, ISSN (electrónico): 2992-6971 ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de la última actualización de este número: José Antonio Sandoval. Avenida Preparatoria s/n, Fraccionamiento Progreso. C. P. 98060, Zacatecas, Zacatecas, México. Teléfono: (492) 9241916. Fecha de última modificación: 30 de junio de 2023.

Se autoriza cualquier reproducción parcial o total de los contenidos de la publicación, incluido el almacenamiento electrónico, siempre y cuando sea sin fines de lucro, citando invariablemente la fuente sin alteración del contenido y dando los créditos autorales.

Ya la escribí como había recibido lo que traía el recuero, aunque no venía bueno; no es ya tiempo con la calor. No me envíe cosa, sino el agua de azahar, pues se quebró la redoma, y un poco de azahar, si se puede hallar de hoja, seco, en azúcar, que yo enviaré lo que costare. Si no, sea de los confites; mas más lo querría de hoja, cueste lo que costare, aunque no sea mucha cantidad.

Santa Teresa de Jesús

*Te he maldecido, feroz aparecida de pupilas de ónice
y he cosechado por ello
una exuberante corona de lirios rojos,
apuntaré a tu corazón de hembra
con mis flechas de obsidiana,
destrozaré tus redomas de mirra y de incienso
para que tu carne no pueda solazarse nunca más
con la espuma.*

Carmen Bruna

Se trata de la polarización más absoluta, Levi, acostumbrado a mirar la realidad con los ojos analíticos de un científico, un tipo de científico especial puesto que trabaja la química inorgánica, contempla las cenizas y el lenguaje desde la misma perspectiva, ambos son objetos literalmente, tienen sentido en su concreción absoluta, las palabras sirven para comunicarse con los demás, son un instrumento ni más ni menos que los matraces, las redomas y demás herramientas que propician las metamorfosis, esa posibilidad alquímica a través de la cual «de una materia imperfecta se obtiene la esencia» (El sistema periódico), como de los cuerpos de los judíos incinerados se obtenían materiales útiles para los arios, materiales aptos para la profanación.

Margo Glantz

Contenido

8 Presentación

Ensayo

11 Del escepticismo al entusiasmo. La literatura y la WWW: las primeras interacciones en el mundo hispanohablante (1996-2013)
María Isabel Terán Elizondo

21 Virginia Woolf: hacia la construcción de un modelo teórico para el análisis y la crítica literaria femenina
Cynthia García Bañuelos

25 La alegoría de los espejos
Katia Angélica de Loera Villagrana

27 Anatomía de un reflejo
Citlalli Luna Quintana

30 Nominalización: después del yo, recomponer el mundo: *Flush*
Mónica Muñoz Muñoz

38 Ouse, 1941
Lorena Muro Chávez

39 Lágrimas de guerra
Eugenia Nájera Verástegui

Escancie

41 Breve historia y aportaciones de Virginia
Dulce María García Mireles

45 A Virginia Woolf
Itzel Guadalupe Núñez García

Alambique

46 Antes de que se enfríe el té del pensamiento. Una carta a Clarissa Dalloway
Anel Guerrero Rodríguez

49 Develar un misterio, la sobrevida del olvido. Un acercamiento a la muerte en *Las olas*, de Virginia Woolf
Rosalba Anahí Rodríguez Haro

54 Caída
Alondra Rosales Gómez

Arbitraje

55 Conciencia lingüística y sexismo en el alumnado de la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas»
Alejandra Enríquez Gaytán

Alquimia

70 Ambigú
Claudia Alonso Cuéllar

71 Orange
(is the new black)
Verónica G. Arredondo

73 A Virginia
Brenda Ortiz Coss

75 Lastre
Luisa Vera

Retorta

79 Los muertos, se olvidan
Astrid Carrillo Garrido

83 El cantar del Ouse
Vianey Guzmán

87 La habitación
Azaret Zamudio

76 El techo
Arlett Cancino Vázquez

80 La majada
Sara Margarita Esparza Ramírez

84 La treta
Sonia Ibarra Valdez

Destile

Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades

89
Norma Gutiérrez Hernández

Las olas
95 Un ondulante pensamiento
en las olas
Martha Edith Rocha Orozco

Pipeteo/ Dossier

Cien años de la fiesta de la Señora Dalloway

97 La muerte de la polilla
Virginia Woolf

Fata Redoma

99 Un punto de vista sobre el maltrato
Marina Arjona

Vidas paralelas
103

Receptáculo
106

Presentación

*Como mujer no tengo patria,
como mujer no quiero patria.
Como mujer, mi patria es el mundo*
Virginia Woolf

Hace cien años, una mañana fresca de junio, Clarissa Dalloway caminaba por las calles de Londres en busca de las flores perfectas para la fiesta que celebraría en su casa ese mismo día. Es bien sabido que a las mujeres se nos da la conversación interior, el diálogo interno con las múltiples versiones de nosotras mismas, estas se nos agolpan de pronto y el tiempo es un flujo constante que se desborda entre saludos, recuerdos y presentimientos. Esa mañana, Clarissa viajaba absorta de un rostro a otro, de sensaciones a recuerdos, de pensamientos a ideas, remarcando, así, el perfecto caos que anida en la consciencia femenina. A partir de entonces, se convirtió en una de las protagonistas ficcionales más trascendentales para las letras modernas.

En 1925, Virginia Woolf publica *La señora Dalloway*, solo tres años después de que apareciera el monstruoso *Ulises* de James Joyce, al que le sobran reconocimientos incluso a cien años de su publicación. No obstante, aunque ambos autores escriben contemporáneamente y son en muchos momentos comparados teniendo como referente ese hecho, la escritura de Woolf se aleja de la de James por su indeterminación manifiesta, su resistencia a catalogaciones, la presencia implícita y explícita a un feminismo precursor, en fin, por la multiplicidad de significados que habitan en sus textos, los cuales son cercanos a la subjetividad de lectores y lectoras atemporales.

Para quienes somos parte del gremio lector de la Virgen Loba nos parece apremiante reconocer su trascendencia en la creatividad de las mujeres; en nuestra generación habita la mirada de Clarissa. Así que, a propósito del centenario del Bloomsday, hace un año, Plumas del Desierto, como colectiva dedicada a la difusión de la literatura y escritura femenina, y

Redoma decidimos organizar el *Dallowaysday* preparando un número especial dedicado a la vida y obra de Virginia. Homenaje en el que se hermanan mujeres académicas, profesoras, estudiantes y egresadas, doctoras, dentistas, historiadoras, economistas, filósofas, amas de casa y periodistas.

Las plumas que se reúnen aquí son una extraordinaria muestra de la manera en la que mujeres como Virginia Woolf han inspirado la creación, el análisis y la reflexión sobre diversos temas de la existencia humana y su cotidianidad. A pesar de la centuria que separa a la autora de *La señora Dalloway* de las escritoras que aquí publican, existe un diálogo implícito con ella, pues comparten el monólogo interior de Clarissa en sus diarias caminatas por las calles de sus ciudades y, por supuesto, la convicción woolfiana de que escribir y leer son actos feministas en medio del abismo.

Partidaria de la transgresión y la ruptura con el canon literario, Virginia acudió a nuevas formas de expresión con las que vivificó la novelística del siglo XX. Hoy internet se ofrece como una plataforma con la que se trastoca la tradicional manera de escribir literatura. María Isabel Terán Elizondo hace un recuento de la presencia de la literatura en la *web*, para remarcar cómo la relación de esta con el mundo virtual se estrecha cada vez más. En el texto de Cynthia García Bañuelos, retomando *Un cuarto propio*, se aborda la influencia woolfiana en la construcción de un modelo teórico para el análisis y la crítica literaria femenina, mismo que considera necesario para la inclusión de obras hechas por mujeres en el canon literario. En los trabajos de las escritoras Katia Angélica de Loera Villagrana, Citlalli Luna Quintana, Mónica Muñoz Muñoz, Lorena Muro Chávez y Eugenia Nájera Verástegui, se brinda a los lectores una pauta para que se adentren en los variados temas que Virginia Woolf trata en sus obras, como los expuestos en *Una habitación propia*, *Flush*, *La olas* y *Al Faro*.

Luego, Dulce María García Mireles e Itzel Guadalupe Núñez García, desde el ensayo y la poesía, respectivamente, nos dan a conocer los principales aportes de Woolf al mundo literario y social; por su parte, Anel Guerrero Rodríguez, Rosalba Anahí Rodríguez Haro y Alondra Rosales entablan conversación con sensaciones, personajes y problemáticas sociales que Virginia plasma en sus obras y que siguen siendo parte de nuestra realidad, como lo es también el sexismo en el lenguaje abordado por Alejandra Enríquez Gaytán.

Después, los poemas de Claudia Alonso Cuéllar, Verónica G. Arredondo, Brenda Ortiz Coss y Luisa Vera transportan a los lectores a extraordinarias imágenes donde la complicidad, el deseo, la posible traición, la soledad, la incompreensión, entre otros tópicos, develan a la mujer que, contra corriente, encuentra un lugar en la Historia, en su historia.

Continúa el diálogo con Woolf en los cuentos de Arlett Cancino Vázquez, Astrid Carrillo Garrido, Sara Margarita Esparza Ramírez, Vianey Guzmán, Sonia Ibarra Valdez y Azaret Zamudio, donde se pueden leer historias que descubren a otra Virginia, a la que se puede recrear por lo que se sabe de su vida; en estos textos hay un extraordinario flujo de conciencia, introspección, divagaciones, enfermedades mentales que no son enfermedades, muerte, suicidio y la incompreensión que queda ahogada en un río al sabernos inadaptados.

Para casi cerrar este número Norma Gutiérrez Hernández nos ofrece su perspectiva sobre el libro *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*, publicado en 2022, si bien nos pareciera que no está relacionado con Woolf, hay que recordar que una de las cosas por las que Virginia escribía, como humanista, era por la dignificación de las mujeres en su

época, dejando un precedente importante para los estudios de género. En este tenor, para hacernos conscientes de quiénes somos, Martha Edith Rocha Orozco presenta un ensayo sobre *Las olas*, donde se cuestiona nuestra existencia. Queda mucho por decir sobre Virginia y su obra, la recuperación de sus letras abre panoramas que el ojo común es incapaz de percibir. Por eso aquí también se incluye un texto póstumo de Woolf: «La muerte de la polilla», una traducción que realiza Antonio Sandoval Jasso, especialmente para este número.

Cierra esta maravillosa compilación el escrito de Marina Arjona, en él da su punto de vista sobre el maltrato en el que cotidianamente vivimos, nos demos o no cuenta de ello. Es la época del maltrato, dice Arjona, y nosotras creemos que la escritura y la lectura son herramientas indispensables para modificar las conductas violentas que nos impiden vivir en una patria equitativa y, sobre todo, pacífica.

El número 9 de *Redoma* se caracteriza por la hibridez de sus textos, diversidad woolfiana en la que se niegan significados monolíticos o dicotómicos para darle cabida la multiplicidad de voces que toda mujer guarda dentro de sí, que todas las mujeres guardamos en nuestra consciencia colectiva. Así el monólogo interior de Clarissa, mientras busca las flores para su fiesta, se prolonga al presente a través de la escritura de todas las mujeres aquí incluidas.

Sonia Ibarra Valdez
Arlett Cancino Vázquez
Mónica Muñoz Muñoz

Del escepticismo al entusiasmo. La literatura y la WWW: las primeras interacciones en el mundo hispanohablante (1996-2013)

María Isabel Terán Elizondo

Resumen

El presente ensayo intenta ser una cala en la interacción entre la literatura y la Internet, a partir de opiniones que fueron divulgadas a través de la propia red. El ejercicio abarca casi veinte años (1996-2013) y analiza y compara expresiones vertidas en blogs, programas de televisión, revistas especializadas, reseñas de eventos, reseñas de libros, páginas web, etcétera. La reflexión de este ensayo parte de la hipótesis de que si bien en principio pareciera que la relación inició con un rechazo, con el paso de los años se ha ido estrechando explorando múltiples posibilidades de interacción, aunque siguen quedando muchas dudas y cuestiones por resolver, como los derechos de autor, la viabilidad del libro impreso, etcétera.

Nadie puede poner en duda que en los últimos cincuenta años la WWW (*World Wide Web*) ha transformado el mundo y nuestra manera de comprenderlo y representarlo, quizá incluso de maneras que hasta hoy apenas vislumbramos. Por otro lado, la bibliografía que da cuenta de su origen, desarrollo, aplicaciones e implicaciones es tan amplia, variada y actualizada, que resulta inabarcable, aunque esta situación es hoy —para bien o para mal— lo común para la información existente sobre cualquier tema.

Tal y como sucede en muchas otras disciplinas o manifestaciones culturales, la literatura se ha ido adaptando a las circunstancias históricas y a los avances tecnológicos: primero pasó de la oralidad a la escritura, y después del manuscrito al impreso, y lo mismo sucedió con los géneros literarios. Por ejemplo, la epopeya le cedió su lugar a la novela en el siglo XVIII para adaptarse a las condiciones de un mundo ilustrado y en proceso de industrialización, y durante los siglos XIX y XX esta tuvo a su vez que reinventarse debido al desarrollo de la cámara fotográfica y el cine, que en una sola imagen o en una secuencia describían lo que a la novela le llevaba muchas palabras. Es así que la literatura se ha ido transformando, adaptándose a las circunstancias históricas y a la invención y desarrollo de nuevos medios de transmisión, por lo que no es extraño que en épocas más recientes haya explorado —al parecer con muy buena fortuna—, las posibilidades que le ofrece la Internet.

Para quien tiene cierta experiencia en navegar en la red es evidente la omnipresencia de la literatura, ya sea a través de los acervos de bibliotecas digitales, de los catálogos editoriales que ofrecen a la venta libros impresos y *e-books*, de páginas o blogs dedicados a la creación individual o colectiva, de bases de datos de revistas o *journals* que permiten la consulta —gratuita o a bajo costo— de artículos en formato .pdf, de revistas especializadas o de divulgación sobre obras literarias o crítica literaria en línea, de portales de acceso a recursos digitales para la enseñanza de las letras, o de redes sociales en las que cualquiera puede interactuar con escritores nóveles o consagrados, participar en salones de discusión o círculos de lectura tanto para eruditos como para aficionados, y encontrar información sobre actividades académicas o informales, congresos temáticos, novedades literarias, presentaciones de libros, etcétera.

Tanta es actualmente la información disponible que el propósito de este ensayo se limita a una pequeña cala: rastrear y comparar algunas opiniones sobre el impacto de las herramientas que ofrece la Internet a la literatura en los primeros años de esas interacciones, con el objetivo de averiguar si fueron positivas o negativas, y si han cambiado a través del tiempo. Para ello se eligieron al azar algunos artículos procedentes de distintos países hispanohablantes, publicados en la propia red en diferentes formatos, extensiones y estilos, los cuales fueron analizados en orden cronológico para hacer evidente la posible evolución de las ideas.

En 1996 el escritor Jorge Gómez Jiménez inició desde la ciudad de Cagua, en Venezuela, una aventura cibernética: crear *Letralia*, *Tierra de Letras*, la primera revista literaria electrónica en su país. Su intención era experimentar las posibilidades de divulgación de la literatura en la red, y su proyecto tuvo tan buenos resultados que la revista se mantiene vigente hasta hoy. Su contenido es variado y se organizó en sus primeros tiempos en secciones: una *Editorial* con opiniones sobre el entorno del escritor, *Anuncios* sobre novedades, eventos literarios y sitios *web* sobre literatura, *Noticias* del ambiente literario internacional y espacios dedicados a los

diferentes géneros como «Literatura en Internet» para recursos dedicados a la literatura, «Artículos y reportajes» para material periodístico, «El regreso del caracol» para las reseñas, y otros dedicados al teatro, la poesía, la narrativa y el ensayo.

Dos de los artículos de esta revista sirven de ejemplo para mostrar la diversificada presencia de la literatura en la red entre 1998 y 1999, tal y como era accesible desde una ciudad de la provincia venezolana: En «Las cinco mejores revistas literarias en Internet»¹ el editor reconoce el esfuerzo y la complejidad de editar una revista electrónica y propone las cinco que consideró las más destacadas en aquellos años, ya fuera por su diseño, contenido, formato o accesibilidad. De las cinco elegidas, tres estaban dedicadas al ensayo académico, contaban con *International Standard Serial Number* (Número Internacional Normalizado de Publicaciones Seriadas, por sus siglas, ISSN) y eran editadas por una institución educativa: *Casa del tiempo*² de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) de Ciudad de México, *Espéculo* de la Universidad Complutense de Madrid, e *InterLetras* de la Universidad de Zaragoza. Las otras dos eran misceláneas y dedicaban además un espacio a la creación literaria: la española *Casi nada* editada entre 1996 y 1999 por La biblioteca circular y la Asociación Iberoamericana de Editores Independientes, y la peruana *Ciberayllu*, a cargo de un grupo de escritores que la editaron entre 1996-2006 y 2007-2011. De las cinco, solo la primera ha demostrado lo acertado de su propuesta al continuar activa.

Por su parte, el artículo «La Guía Básica: 30 sitios indispensables»³ aporta a escritores y lectores información práctica sobre páginas relacionadas con algún aspecto de la literatura, organizándola por áreas de interés, aunque lamentablemente muchos de los sitios sugeridos ya no están activos. Por ejemplo para «Dónde iniciar una buena sesión de navegación» el artículo recomendaba *La biblioteca circular*, *La página del idioma español* y *La página de*

¹ *Letralia*, no. 47, 18 de mayo de 1998.

² *Casa del tiempo* (<https://casadeltiempo.uam.mx/>).

³ *Letralia*, no. 71, 17 de mayo de 1999.

la lengua española; para «Dónde aprender el oficio» el taller *En el Camino* y el *Cyber taller de Laura Cavo*; para «Dónde comunicarse con los colegas» las listas de correo homónimas *Literatura*, de la Universidad de Buenos Aires, de la Red Científica Peruana y del Grupo Planeta; para «Dónde mantenerse informado» la revista puertorriqueña *El Cuarto del Quenepón*, así como *MegaLibro* e *InfoEscen*; para «Dónde aprender sobre el idioma» los portales de la Real Academia Española, el Centro Virtual Cervantes, el *Vademécum de la Agencia de Noticias EFE* y *Cómo citar recursos electrónicos*; para «Dónde aprender a apreciar a los autores consagrados» la página *La BitBiblioteca* del periodista venezolano Roberto Hernández Montoya, la de *El autor de la semana* de Óscar Aguilera de la Universidad de Chile y la de *Reflexiones* de Priscilla Gac-Artigas; y para «Dónde publicar literatura», la página argentina *Poesía* y la de la editorial electrónica *La Intercontinental poética* para poesía, el *Proyecto Sherezade* para cuento, las revistas *Espéculo*, *Razón y palabra* y *Estigma* para ensayo, y *Ciberayll* y *Casi Nada* para otros géneros literarios.⁴

Ambos artículos son evidencia de que su editor, con una postura visionaria, entendió las ventajas que la red traería a la literatura e intentó compartir su postura con otros. Los textos son interesantes además porque muestran cómo el proyecto experimental de la revista *Letralia* fue un recurso innovador y útil para poner en contacto a escritores y lectores con la literatura en el ciber espacio y, como una ventana hacia un momento específico —pero no circunscrito a la particular situación del país desde donde se editaba la revista—, que permitía vislumbrar el panorama de las herramientas disponibles en la WWW y la forma en la que estaban siendo explotadas para la creación, la crítica y la divulgación literaria a finales de la última década del siglo pasado.

⁴ Si en 2014 algunas de estas páginas continuaban activas, en 2023 la mayoría fue desactivada. Anotamos aquí los links de las que continúan vigentes: *InfoEscena* (<http://www.infoescena.es>), *Real Academia Española* (<http://www.rae.es>), *Centro virtual Cervantes* (<http://cvc.cervantes.es>), *Cómo citar recursos electrónicos* (<http://www.ub.edu/biblio/citae-e.htm>), *Razón y palabra* (<http://www.razonypalabra.org.mx>).

Con una preocupación parecida, pero enfocada desde otra perspectiva, el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de Argentina, a través de su portal *educ.ar*, puso en marcha en 2000 un proyecto para «aplicar las tecnologías de la información y la comunicación» a la solución de problemas educativos del país, dirigido a ofrecer a los docentes de los niveles medio y medio superior recursos multimedia gratuitos en una colección de CDs. El número 17, titulado «Propuestas innovadoras para el aula», contiene módulos teóricos de diferentes disciplinas, entre ellas la literatura, donde a través de artículos se discute su relación con la Internet.

En «Literatura en Internet e Internet en la literatura: ¿un “matrimonio” condenado al fracaso?»,⁵ se exponen los argumentos de dos posturas. La primera, fundamentada en las ideas de Umberto Eco y Beatriz Serlo, parte de la idea de que los libros son insustituibles, por lo menos los literarios, por lo que se defiende que las destrezas tradicionales de lectura y escritura no pueden ser reemplazadas, sino que deben ser complementarias a las de navegar en la red, en la medida de que proveen de una preparación intelectual que asegura el mejor aprovechamiento de la información disponible en el ciberespacio. La postura contraria sostiene que los libros son prescindibles, pues la Internet se está convirtiendo en «una máquina engendradora de relatos», «un laboratorio de escritura y de ficción» como es evidente en obras como *La ansiedad. Novela trash* del escritor argentino Daniel Link, elaborada, a manera de un centón barroco, «a partir de mensajes de correo electrónico, chats y fragmentos de diversos textos literarios».

Lo sugerente de este artículo, además de que marca la pauta de la postura del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de Argentina de tomar partido por la propuesta que defiende la vigencia de lo tradicional, es que propone varios retos que la literatura y la WWW deberían explorar y resolver en los próximos años: la forma en la que

⁵ https://cdn.educ.ar/dinamico/UnidadHtml__get__eda-d25a2-bc0f-4204-b3d6-4a64d2b0f8d2/91757/91757/data/6c86ef3a-7a08-11e1-8397-ed15e3c494af/index.html#:~:text=%22Literatura%20en%20internet%20e%20internet,-sus%20opiniones%20sobre%20el%20tema.

los escritores utilizarían las herramientas de la Internet «para ensayar un nuevo modo de hacer literatura», la poética que subyacerá a estos nuevos productos literarios, el nuevo tipo de lector y las nuevas formas de recepción y los mecanismos mediante los cuales los profesores tendrían que acercar a sus estudiantes a los textos literarios.

En «Hipertexto: Internet y sus precursores»⁶ se analiza la historia, función e impacto del hipertexto, entendiendo este como la interconexión de varios textos posibilitando «múltiples entradas de lectura», y como la realización del sueño dadaísta de la creación literaria colectiva, en la medida de que «los links reordenan la estructura narrativa e introducen la posibilidad de que el lector pueda interactuar con el texto, transformarlo o traducirlo», como se hace hoy, por ejemplo, en los blogs o en libros interactivos.

El artículo reconoce que por moderno que nos parezca el hipertexto, es muy antiguo y a través del tiempo los escritores han ensayado diversas formas —ilusorias— de crear textos abiertos que exigen la participación y habilidad del lector, diluyendo con ello la función del autor. Entre otros ejemplos cita el de *Rayuela*, de Julio Cortázar, cuyos capítulos podían leerse en diferentes combinaciones de secuencias, aunque al final ofrecían un limitado número de lecturas.

El artículo reconoce las virtudes del hipertexto, pero finalmente se decanta por la postura tradicional, pues, siguiendo la opinión de Eco, supone que a diferencia de un libro interactivo en un CD, en donde el usuario podría cambiar la historia y los desenlaces, un libro impreso siempre tiene algo que no puede ser modificado, de lo que deduce que no está condenado a desaparecer, «Al menos no a causa de las estrategias y recursos tentadores que nos ofrece Internet».

Por su parte, en «Blogs: laboratorios de escritura, diarios íntimos y formadores de opinión»⁷ se reconocen las virtudes de este tipo de espacios para la intercomunicación y *feed back* entre el o los autores del sitio y sus seguidores, especialmente en

⁶ *Idem.*

⁷ *Idem.*

aquellos blogs que buscan ser «espacios experimentales», íntimos o públicos, en los que se ensaya con algún género literario, en creaciones individuales o colectivas, y en esos otros que buscan crear un sentimiento de identidad o comunidad; sin embargo, al igual que los artículos previos, este también se define por la postura tradicional, pues advierte sobre lo dudoso de la legitimidad y veracidad de las fuentes de la información que circula en la Internet.

Por último, en «Un futuro incierto»⁸ se deja abierta la posibilidad de que las cosas puedan cambiar y la tecnología adquiera la autoridad moral que se le sigue otorgando a los medios tradicionales, pues se admite, recordando a Walter Benjamin, que la naturaleza de los medios de producción no es ni buena ni perversa, sino que lo que hace la diferencia es el «uso que se les da». En este sentido, el artículo hace un recuento de las ventajas que la Internet ofrece para la producción literaria, como la difusión masiva y económica de la obra de los nuevos escritores que no tienen acceso a las grandes editoriales, y la posibilidad de escribir y editar textos en muy corto tiempo. La argumentación se cierra circularmente con un retorno al planteamiento del primer artículo: la red desarrolla las habilidades de escritura, lectura y producción textual y estas habilidades tradicionales permiten discernir mejor la información disponible, por tanto, ambas destrezas deben coexistir, pues son complementarias.

Como se puede ver, estos textos definen, a inicios del siglo XXI, lo que sería la postura oficial del estado argentino sobre la implementación de las herramientas electrónicas en la práctica docente, en la que se apuesta por lo que podría calificarse de una modernización *mesurada*.

Varios años después, en un contexto diferente, Joaquín Aguirre (2006), de la Universidad Complutense de Madrid, publicó el artículo «El fluido literario: Internet y la Literatura» en *Espéculo. Revista de estudios literarios*,⁹ precisamente una de las

⁸ *Idem.*

⁹ En una nota el autor reconoce que este artículo fue publicado primero en la revista digital peruana *El Hablador* (nº 1, Lima, Perú, 2003), y en la versión impresa de la revista *Literatura*, en su número titulado «Entre ceros y unos_», de la Pontificia

cinco mejores revistas elegidas por *Lettralia*. Aguirre se propone desmentir algunos prejuicios sobre la literatura y la Internet, entre ellos el de que son entidades irreconciliables, por representar, por un lado, la tradición cultural y, por el otro, la revolución tecnológica.

El primero de los supuestos que trata de desmentir es el de la discusión sobre la pervivencia del libro impreso. Para ello hace una distinción fundamental: en su opinión, el libro no representa, necesariamente, a la Literatura, ya que esta existía antes de la imprenta y, por lo tanto, el libro, según sus palabras, solo es «una forma histórica de empaquetar las palabras para hacerlas llegar a otros y para conservarlas», de modo que cumple la misma función que cualquier otro medio. La única diferencia que encuentra entre un CD y un libro impreso es la intermediación de un dispositivo lector para decodificar la información; y para ejemplificar su idea recuerda la novela *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury, donde la extinción de los libros impresos no impide su supervivencia, pues su contenido y valor cultural subsiste en el recuerdo de los lectores. En este sentido, considera que el debate sobre la pervivencia del libro tendría que trasladarse a otro terreno: los buenos y los malos, discusión que asume que en la actualidad no se lleva a cabo en el campo de la teoría o la crítica literaria, sino en el del mercado editorial, en función de la fluctuación entre mercado y consumo.

Lo anterior lo lleva a reflexionar sobre el siguiente supuesto que considera mal enfocado, el de que en la Internet «cualquiera puede escribir», afirmación que por un lado alude a la calidad de un escrito, pero, por otro, supone la transgresión de reglas no escritas sobre «quién o quiénes están en condiciones de publicar», las cuales considera que están determinadas por los sistemas de control de la escritura, conformados prácticamente desde la invención de la imprenta, que abarcan aspectos como la producción, distribución, consumo, clasificación y valoración de los libros.

El autor entiende el término «publicar» en sentido amplio, es decir, como «hacer pública» una obra literaria para ponerla en circulación entre los posibles lectores, y reconoce que Internet es el mejor escaparate, pues, liberada de la materialidad del libro como objeto, se convierte al mismo tiempo en imprenta, biblioteca y librería virtual mundial. Por tanto, admite que la transgresión de mucha de la literatura que circula en la Internet se da en varios niveles: por un lado porque la red la convierte en «un medio de *comunicación horizontal*» que no distingue entre productores (creadores) y receptores, y por el otro porque unifica en una sola persona las funciones de creador, editor y distribuidor, otorgándole un nuevo sentido a los conceptos de libertad de pensamiento, de expresión y de imprenta, antes condicionados por los medios económicos y tecnológicos disponibles en poder de intermediarios.

Para Aguirre, otro argumento a favor de la literatura en la red es que los procesos de producción cultural, con base en el principio de la mercadotecnia de que todo riesgo debe ser evitado, restringen la creación innovadora, espontánea o disidente, y la convierten en algo planificado, en *best sellers* por encargo que repiten estrategias de éxito dirigidas a cierto público consumidor, por lo que reducen las posibilidades de edición y circulación de obras que no se atienen a esos supuestos comerciales.

En su opinión, estas limitantes habrían propiciado, por un lado, que las pequeñas empresas que apuestan por obras innovadoras no puedan competir con las transnacionales que se basan en los índices de ventas y no en la calidad, pero, por el otro, la proliferación en la red «de editoriales, revistas, páginas de autores, foros de creación, etc. que son el reducto de la expresión personal», porque eliminan los intermediarios entre el autor y el lector.

Por supuesto, el autor reconoce que no todas las obras que circulan en la red tienen calidad como para ser consideradas Literatura, pero defiende su derecho a existir porque supone —quizá ingenuamente— que el veredicto sobre su valor literario lo determinará la historia, si se da el caso de que logren sobrevivir a la novedad o el olvido. En con-

Universidad Católica del Perú en 2005. Ahora solo se puede encontrar en el primer espacio donde se publicó: <<https://www.elhablador.com/internet.htm>>.

secuencia, considera que las barreras entre literatura impresa y en la red se irán diluyendo, en la medida de que un texto pase del papel al ciberespacio y viceversa, por lo que quizá esa diferenciación dejará de tener relevancia.

Por otro lado, aunque su postura está claramente a favor de la Internet, el autor no deja de reconocer algunas desventajas, la principal, la brecha tecnológica que conlleva una cultural. Para él, la red es una puerta de acceso a la cultura y un instrumento de creación, por lo que reconoce la importancia de las instituciones públicas para cerrarlas, al dar pie a una sociedad más «madura» y «responsable», «con menos barreras e impedimentos, con menos filtros y censuras».

El artículo es interesante porque enfoca el problema de la relación entre la literatura y la Internet desde una óptica muy optimista, aportando argumentos sencillos con el fin de mostrar que muchas de las opiniones negativas se basan, más que en argumentos, en prejuicios que denotan cierta ignorancia.

Dos años después la investigadora mexicana María del Carmen Fernández Galán (2008) publicó en un blog de creación colectiva, entre académico y literario, titulado *Ficcionario de teoría literaria*, el ensayo «El lector y el control del sentido: hipertexto y literatura»,¹⁰ que coincide con algunas ideas expresadas en los artículos anteriores. Por ejemplo, concuerda con Aguirre en diferenciar la literatura de sus medios de transmisión, en que a través del tiempo esta ha ido transformando esos medios adaptándose a las circunstancias de cada época, y en que es a los medios de producción y distribución editoriales a los que hay que achacar las limitantes sobre quién y cómo puede publicar. En cuanto al hipertexto, comparte con el artículo sobre el mismo tema ya reseñado que la idea del texto abierto es antigua, que fue muy socorrida en los siglos XIX y XX por autores como Lewis. G. Carroll, James Joyce, Jorge Luis Borges, etcétera, y que era una de las propuestas del dadaísmo.

Sin embargo, la propuesta de Fernández Galán

se enfoca en otro aspecto implícito en los hipertextos: la evolución literaria que fue marcando el paso del énfasis en el autor hacia el texto, y luego de este al lector, primero como «constructor de significaciones» y más adelante, precisamente en los hipertextos, como «coautor». La autora señala cómo en los hipertextos muchos de los límites que existieron en la literatura anterior se van diluyendo: autor/lector, textos/intertextos, géneros literarios/géneros discursivos, creación/crítica, arte/vida, ciencia/arte, realidad/ficción, etcétera; y también cómo, para interpretarlos, se tiene que recurrir a un metadiscurso teórico y crítico.

A partir de la diferenciación ya señalada de Eco en dos tipos de hipertextos: aquellos en los que se puede distinguir un autor que propone un itinerario de lecturas finitas, y esos otros donde los usuarios (en lugar de lectores) pueden continuar reescribiendo la historia como en *Gabriela infinita* del colombiano Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz, la autora va más allá al prever un escenario no contemplado en los artículos anteriores, pues propone que en los dos casos mencionados, ni los «lectores» ni los «usuarios» son completamente libres, en la medida en que solo son consumidores de «imágenes de libertad guiados por mapas del ciberespacio», pues no tienen, a diferencia de los *hackers* y los *crackers*, la posibilidad de penetrar en el verdadero «corazón de los textos», es decir, los códigos con los que están hechos los programas en los que se escriben, actuando en el límite «entre la creación cooperativa y el delito», recordando «que siempre hay censura». Como podemos ver, en este artículo la autora no se compromete, reseña los hechos y señala los límites, pero no se muestra ni a favor ni en contra de la literatura en la red.

Dos años después, el también mexicano Guillén Martínez (2010), alumno de la UNAM, se cuestiona el futuro de la literatura en Internet en el artículo «Literatura en la red ¿a dónde vamos?» publicada en *Cuadrivio. Hic et vbique, Revista digital de creación y crítica*.¹¹ El autor analiza la situación de la Literatura en la red a diez años de la masificación de la Internet en México y, al igual que

¹⁰ <<http://hiperficcionario.blogspot.com/2008/11/el-lector-y-el-control-del-sentido.html>>.

¹¹ <https://cuadrivio.net/p_32/>.

Aguirre, describe la transformación del mercado editorial y la controversia entre el libro impreso y el libro digital que divide a los lectores de uno y otro formato; y aunque Guillén se cuenta entre las filas de quienes prefieren la versión en papel, reconoce que esta preferencia se debe a una especie de fetiche por el libro como un objeto que puede ser poseído, atesorado, disfrutado, compartido, regalado, rayado o autografiado, etcétera.

El autor define la relación entre la Literatura y la Internet como de «amor y odio», aunque le reconoce más ventajas que desventajas. A su juicio, las editoriales y los escritores aprovechan sus páginas *web* personales y las redes sociales para hacerse presentes y, en el caso de las primeras, para vender sus productos. Los interesados en la literatura y la investigación literaria se han beneficiado de la posibilidad de adquirir fácilmente y a más bajo costo libros difíciles de conseguir en México, de encontrar sitios dedicados a escritores con muchos de sus trabajos, de acceder a textos y documentos mediante bibliotecas digitales como *Google Books*, *Project Gutenberg*, o las bases de datos de *journals*. Entre las desventajas señala el debate sobre los derechos de autor, el que algunos servicios tengan algún costo, el que a veces las obras disponibles no estén completas o que se requiere dominio del inglés para acceder a varios recursos.

En cuanto a las ventajas para los interesados en la creación, reconoce el blog como la mejor herramienta tanto para escritores noveles como consagrados, pues permite el *feed back* de los lectores. Supone que estos espacios virtuales están cumpliendo la función que antes tenían las academias o grupos literarios. Explica la acuñación del término «Bliteratura» para la literatura publicada en los blogs, aunque advierte que la diferencia entre un blog literario y uno amateur es que en los primeros no se publican textos inéditos. También considera aquí el incremento de revistas electrónicas donde se puede leer a noveles escritores cuyas obras llegan cada vez más a un gran número de lectores; y las redes sociales, los foros y los *wikis*, que permiten la difusión masiva e instantánea de información. Las desventajas que encuentra son que no toda la

literatura divulgada en los blogs tiene calidad, que muchas revistas no poseen ISSN ni el respaldo de alguna institución, y se encuentran en páginas de dudosa procedencia o calidad y cuya permanencia es la que determinará si sus propuestas se consolidan.

En cuanto a la crítica literaria, reconoce como una herramienta útil los suplementos culturales de los periódicos y las revistas que cobraron una dimensión distinta al ingresar al ciberespacio, pues dan lugar al debate y ofrecen a los lectores una «hemeroteca» con los números antiguos en formato .pdf. En conclusión, al igual que el editor de *Letralia* y Aguirre, Guillén se sumó a las filas de los entusiastas que ven en la red muchas oportunidades para la literatura.

En 2012, el periodista Óscar López, presentador del programa de la televisión española *Página 2*, preparó un programa especial sobre «Literatura e Internet»¹² en el que, mediante entrevistas en las que se relata la experiencia de escritores, editores, críticos y blogueros, se ofrece un panorama de cómo en «el mundo real» se ha aprovechado de la Internet para hablar de libros o publicarlos.

En el primer segmento, los escritores Alberto Vázquez Figueroa y Fernando Trujillo coinciden en sus experiencias favorables, el primero, compartiendo sus novelas gratuitamente con quien se las solicite a través de la red, a pesar de la oposición de sus editores, y el segundo, publicando sus obras en formato digital y ofreciéndolas a muy bajo costo a través de Amazon. Ambos señalan que las ventajas de sus decisiones son que sus obras llegan a un público al que un libro impreso no llegaría y que interactúan de manera directa con sus lectores. Los dos coinciden, además, en que el mundo editorial está en crisis, pues la Internet enfrenta los intereses de los editores (incrementar ventas) y de los escritores (conseguir más lectores).

En el segundo segmento dos editores expresan su opinión sobre las diferencias de publicar en papel y en formato digital: Cristina Fallarás de la editorial *Sigueleyendo.com* habla de cómo publican

¹² <<https://www.rtve.es/television/20120521/pagina-2-especial-literatura-internet/529921.shtml>>.

obras que no existen en papel y los venden a muy bajo costo a través de portales en todo el mundo. Reconoce que aunque tienen poco tiempo para leer manuscritos de gente que nunca ha publicado, sí apuestan por nuevos talentos y experiencias, pues el libro digital ha roto muchas fronteras y se pueden encontrar textos que incluyen fotos o *links* con música, transformando también el mundo editorial. Por su parte, Ernest Folch de *B de books* añade que la Internet permite descubrir nuevos talentos, aunque admite que muchos deberán pasar la prueba de calidad que es la supervivencia de sus obras. Ambos coinciden además en que los libros digitales favorecen la sensación de cercanía entre el autor y el lector, por la interacción que se puede dar entre ambos a través de páginas *web*, redes sociales, blogs o correo electrónico.

El siguiente fragmento, más extenso, explora las posibilidades de divulgación de la literatura en la red: las revistas digitales, los blogs, el *streaming* y las redes sociales: José A. Muñoz, editor de la *Revista de letras*, insiste en la importancia de la interacción directa entre autores, críticos y lectores, y opina que las editoriales se han percatado de la existencia de estos nuevos canales de comunicación para promocionar sus productos, de modo que tratan de tener más presencia en la red. Por su parte, Claudio López Lamadrid, Director del área de literatura de Random House Mondadori, habla de su experiencia con *El sindicato*, una red de blogs técnicos, de autores consagrados y de noveles escritores. Ambos reconocen que este recurso y las revistas digitales son una herramienta útil para difundir las novedades literarias en la red.

Por su parte, los blogueros Alberto Olmos (*Lector mal-herido*) y Luisgé Martín (*El infierno son los otros*) hablan de sus experiencias con sus respectivos blogs, de cómo son un complemento a su labor de escritores y generan seguidores, a los que no consideran lectores cautivos. Hablan de la sensación de libertad e inmediatez de la escritura en los blogs. Reconocen que las editoriales les están concediendo cada vez más importancia a la popularidad de un novel autor en las redes sociales o en los blogs como una determinante para publicarle,

pensando que tiene lectores cautivos, asunto que creen discutible. Ven los blogs como una herramienta de difusión de la literatura y creen que es una buena opción para el escritor consagrado, pero que tener un blog es una decisión personal. Desde otro contexto, Elena Blanco, del departamento de comunicaciones de la editorial Seix Barral, habla de la experiencia de incursionar en las redes sociales y el *streaming* para la promoción de sus productos, como la novela *Aire de Dylan* de Enrique Vila-Matas, y de la grata experiencia de saber que están llegando a sus consumidores a través de sus comentarios en Facebook o Twitter.

Por último, los escritores Rafael Reig y Antonio Orejudo hablan sobre sus experiencias en las redes sociales. El primero ve en Twitter un escarapate para el narcisismo de los escritores, pues pueden contabilizar a sus seguidores. Admite que lo usa para mantener una imagen pública, pero que esta herramienta en nada le ayuda a su creatividad. Antonio Orejudo entiende las redes sociales como una herramienta de trabajo para la promoción de sus obras y para estar cerca de sus lectores, y admite que le hubiera gustado que existiera un canal así antes para haber estado más cerca de sus escritores favoritos.

Como se puede constatar, este reportaje va en la misma línea que la revista *Letralia*, pues permite ver cómo los escritores y editores españoles incursionaron en la red y, al menos en todos los entrevistados, puede apreciarse el entusiasmo por las posibilidades que ofrece a la literatura.

En mayo de 2013, en el contexto del Festival de México, se llevó a cabo el Coloquio de Literatura «Nuevas escrituras, nuevas lecturas», en el que se discutió sobre la influencia de la Internet en los hábitos de escritura y lectura. Aprovechando el evento, la periodista Laura García Sandoval interrogó al narrador Mauricio Montiel, el novelista mexicano Enrique Serna y el dramaturgo suizo Peter Stamm, sobre lo benéfico de la relación entre literatura e Internet, sobre si consideraban que se leía y escribía «mejor que antes», sobre la manera en que en la actualidad se escribe y se lee en Internet y sobre si opinaban que era una herramienta provechosa.

En la reseña que publica de las entrevistas, escribe que Stamm opinó que Internet «es un medio, no un contenido» y que debía haber «un equilibrio»: «usar las redes sociales, no que ellas nos usen a nosotros». Afirma que los tres escritores coincidieron en que leían «artículos, revistas y periódicos en línea» pero que los libros los preferían impresos. Solo Serna admitió haber leído algunos libros digitales. En cuanto al proceso de escribir, señala que Stamm aseguró que «Internet es solo un medio para la palabra escrita», pero «no es una nueva literatura» y Serna «celebró que Internet quite poder a los monopolios del entretenimiento», pero agregó que «se debe humanizar esa terrible y maravillosa herramienta», pues puede ser «un arma liberadora cuando se sabe utilizar». Por su parte, Montiel afirmó que la red es más una «plataforma de escritura» pero «no de lectura» y que la utilizaba «como máquina de escribir», y manifestó su respeto al lenguaje que no es común en la Internet. Al final de la reseña de la entrevista, la periodista expresa su propia opinión al coincidir con los escritores en que el secreto de la literatura está «en la imaginación y talento del escritor» y que la Internet solo un medio eficaz pero «no una forma de escritura en sí».

En esta pequeña nota se hace evidente que los escritores fueron muy vagos en sus respuestas, ya fuera porque no quisieron profundizar en el tema o comprometerse, pero también quizá porque no tienen una idea muy clara de lo que es la Internet, ya que confundieron herramientas que corresponden a ella con las que son parte de los programas de procesamiento de textos. En cualquier caso, todos se mostraron tibios o francamente escépticos en cuanto a la utilidad de Internet para la literatura, e incluso sobre la transformación de esta por la red.

Por último, en 2013, Carlos Gamissans publica en *Culturamas. La revista de información cultural en Internet* una reseña del libro de cuentos de varios autores titulado *Tras la red*, editado en 2012 por la editorial española Sigueluyendo, de la que ya se habló más arriba, cuyo denominador común es Internet.

Gamissans comparte la opinión del prologuista del libro que cree que la Internet «ha transforma-

do la sociedad y el modo en que nos relacionamos con los demás», por lo que entiende que se explica que cada autor de los cuentos compendiados escoja «diferentes caminos, imágenes y recursos» para hablar de ella, aunque todos comparten «el lenguaje digital», experimentando con nuevas formas de comunicación. El libro, por tanto, no le parece novedoso en los temas, pero sí en que son adaptados a un contexto distinto: el de la vida actual en interacción con Internet.

En cuanto a su postura respecto a la relación entre la literatura y la Internet, el comentarista se muestra cauteloso: si por un lado acepta que la literatura debe explorar las nuevas herramientas que revolucionan el mundo y los procesos editoriales, que obligan a la reinvención, agradece a los jóvenes autores que «actualicen sus registros» para dirigirse a un nuevo tipo de lectores que quizá leerán los cuentos a través «de una pantalla», y ve en Internet un campo propicio para «el género del relato», poco valorado por las editoriales tradicionales; por otro reconoce una brecha generacional (de la cual él mismo quizá participa) que hace que los escritores de mayor edad vean «con recelo el cosmos digital».

Su postura escéptica se hace evidente en su opinión sobre el valor literario del libro que reseña, pues lo considera simplemente «un buen paso para aproximarse a esa dimensión digital de la literatura», pero le parece que esa literatura que habla de la red o se publica en la red aún no está «muy bien definida», aunque, para no parecer anacrónico, le vaticina «un horizonte prometedor». En otras palabras, para el reseñista la relación entre la literatura y la red es demasiado nueva como para que la teoría o las poéticas literarias les hayan otorgado un lugar específico, por lo que parece pensar que para tomar una postura habrá que esperar algún tiempo.

Reflexiones finales

Después de este recorrido por las opiniones de diferentes escritores, editores, académicos, periodistas y críticos procedentes de distintos países de habla hispana, podemos constatar que en los

primeras décadas del desarrollo de la WWW, la percepción de la relación entre la literatura y la Internet ha fluctuado para transitar desde el escepticismo y la desconfianza, hasta el entusiasmo y la aceptación.

En este recorrido ha resultado evidente que existen varios factores importantes que permitieron ese cambio, entre ellos la brecha generacional, pues los jóvenes y nóveles escritores de la última década del siglo XX y de la primera del XXI fueron los que se mostraron más receptivos y dispuestos a experimentar, mientras que los escritores o lectores de más edad, o tenían pocos conocimientos sobre la red o se mostraron escépticos, y prefirieron ser cautelosos para ofrecer una postura y argumentos, ya sea a favor o en contra, poco convincentes. Hay que reconocer, sin embargo, que algunos de los que aquí se muestran favorables a la literatura en la Internet empezaron abriendo camino cuando eran jóvenes y aún hoy siguen creyendo en las posibilidades de la red.

Por supuesto, también es claro que algunas herramientas que ofrece la red son mejor recibidas que otras, porque muchas siguen causando dudas y controversias, como los derechos de autor, la ética sobre lo que se escribe, la calidad literaria de las obras que circulan, la veracidad o validación de la información disponible, los criterios que definen la literatura, etcétera. Sin embargo, también es evidente lo mucho que se avanzó en los años aquí estudiados. De entonces a acá ha corrido mucha tinta, sin embargo valgan estas reflexiones como los primeros esbozos de la aun no escrita historia de la interacción entre la literatura y la Internet.

Fuentes

Aguirre Romero, Joaquín M^a. (2006). «El fluido literario: Internet y la Literatura», en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid en año X, no. 31, febrero de 2006, en <<http://WWW.ucm.es/info/especulo/numero31/fluido.html>>. (Consultado en junio de 2014). Fernández Galán, Carmen. (2008). «El lector y el control del sentido: hipertexto y literatura» en *Ficcionario de teoría literaria*. <http://hiperficcionario.blogspot>.

<http://WWW.culturamas.es/blog/2013/07/05/literatura-e-Internet-mas-conectadas-que-nunca/> (Consultado en junio de 2014). Flores Delgado, Janeth Gabriela. (2011). *Literatura e Internet: ¿naves en colisión o coincidencia?* Tesis de licenciatura en Letras, Universidad Autónoma de Zacatecas, agosto 2011, inédita. Gamissans, Carlos. (2013). Reseña al libro *Tras la red* (Sigue leyendo, 2012), de varios autores, *Culturamas. La revista de información cultural en Internet*, 07 de mayo de 2013. <http://WWW.culturamas.es/blog/2013/07/05/literatura-e-Internet-mas-conectadas-que-nunca/> (Consultado en junio de 2014). García Sandoval, Laura. (2013). Reseña a «La relación entre literatura...», *Blouinartinfo*, <http://mx.blouinartinfo.com/news/story/903122/nuevas-escrituras-nuevas-lecturas-la-relacion-entre-literatura> 15 de mayo de 2013. (Consultado en junio de 2014). Guillén Márquez, Joaquín. (2010). «Literatura en la red ¿a dónde vamos?», en *Cuadrivio. Hic et vbique, Revista digital de creación y crítica*, 1 de agosto de 2010, <http://cuadrivio.net/2010/08/clasicos-y-no-tan-clasicos-tropiezos-en-la-historia-de-una-interpretacion-ideal/>. (Consultado en junio de 2014). «Las cinco mejores revistas literarias en Internet». (1998). *Letralia. Tierra de Letras. Literatura en Internet. Los mejores recursos literarios de la red*, no, 47, 18 de mayo de 1998, Cagua, estado Aragua, Venezuela. <http://www.letralia.com/47/litin047.htm>. (Consultado en junio de 2014). «La guía básica; 30 sitios indispensables». (1999). *Letralia. Tierra de Letras. Literatura en Internet. Los mejores recursos literarios de la red*, no, 70, 17 de mayo de 1999, Cagua, estado Aragua, Venezuela. <http://www.letralia.com/70/litin070.htm>. (Consultado en junio de 2014). «Literatura en Internet e Internet en la literatura: ¿un “matrimonio” condenado al fracaso?». (2003). En *Propuestas innovadoras para el aula*, CD17, EDUCAR, Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de Argentina, 2006. Consultado en http://coleccion.educ.ar/coleccion/CD17/contenidos/mt/literatura/literatura/literatura_e_Internet.html. López, Óscar. (2012). «Literatura e Internet», página 2 TVE, 05 de ayo de 2012, <http://www.rtve.es/television/20120521/pagina-2---especial-literatura-Internet/529921.shtml>. (Consultado en junio de 2014).

Virginia Woolf: hacia la construcción de un modelo teórico para el análisis y la crítica literaria femenina

Cynthia García Bañuelos

Para poder escribir novelas la mujer debe tener dinero y un cuarto propio, y eso, como verán, deja sin resolver el gran problema de la verdadera naturaleza de la mujer y la verdadera naturaleza de la novela.
Virginia Woolf, *Un cuarto propio*

I

A principios del siglo XX, Virginia Woolf¹ publica *Un cuarto propio*,² un ensayo que se construye a partir de la invitación que Woolf recibe para dirigirse a la comunidad de estudiantes de Oxford, una de las más antiguas y prestigiosas universidades de Inglaterra. La reflexión realizada por la escritora la conduce más allá de lo que ella misma se planteaba en un inicio: una conferencia de literatura. La introspección que Woolf realiza sobre las mujeres y su trabajo en el ámbito literario la llevan a escribir un texto que abrirá, por mucho tiempo y hasta nuestros días, la importancia de que una mujer cuente con un espacio propio que va ligado con la idea de libertad y autonomía.

El «espacio propio» del que Woolf habla se convierte en una de las más significativas metáforas utilizadas en el contexto actual para referirse a la importancia de que una mujer posea las condiciones materiales necesarias para llevar a cabo una labor de creación y desarrollo personal. De este modo, el «espacio propio» representa el lugar y el tiempo con el que una mujer debe contar para lograr su autorrealización y es, por lo tanto, un símbolo de independencia.

El texto de Woolf guía la reflexión más allá de lo que la frase «un cuarto propio» enuncia,

¹ Adeline Virginia Woolf, mejor conocida como Virginia Woolf, es una escritora británica, autora de novelas, cuentos, obras teatrales, ensayos entre otras obras literarias; se le considera una de las figuras más destacadas del modernismo anglosajón del siglo XX y del feminismo internacional. Woolf fue elemento importante de la sociedad literaria de Londres durante del periodo de entreguerras. Sus novelas más famosas son *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927), *Orlando: una biografía* (1928), *Las olas* (1931).

² *Un cuarto propio* es escrito en 1929 y está inspirado en las dos conferencias dictadas por la autora en el otoño de 1928 en la Sociedad Literaria de Newnham College y en la Odtta en Cambridge. En aquellos años, ambas instituciones eran solo para mujeres. Girton fue el primero en recibir mujeres en Cambridge, de hecho, se fundó para eso pero, en la actualidad es mixto; Newnham sigue siendo solamente para mujeres.

la imagen que utiliza la autora se refiere a la necesidad de emancipación y la reivindicación de los derechos de igualdad y propiedad de la mujer, además de la exigencia a la intimidad y la vida privada. La autora considera que cuando la mujer asume su vida como propia e ignora las conveniencias sociales del orden patriarcal en el que ha sido educada, entonces será constructora de su realidad. Una realidad alejada de los estereotipos definidos por el modelo antiguo que determina que la mujer debe estar confinada al espacio doméstico para cumplir el rol de madre, esposa o hija, siempre sujeta al deseo masculino.

La metáfora de esta frase busca incitar a la elaboración de un pensamiento propio, la búsqueda de la realización. Es un llamado para hacer a un lado la sumisión y llevar a cabo los deseos más íntimos de realización y libertad:

La escritura femenina comienza la búsqueda de un cuerpo propio y se interna en un lenguaje capaz de nombrar y expresar sus deseos, de participar en el proceso de reconocerse y revelarse en el cuarto propio por el que propugnaba Virginia Woolf. *Un cuarto propio*, un cuerpo propio, un deseo propio.³

Un «espacio propio» es en sí un llamado para transgredir los límites de la estricta sociedad en la que la mujer está inmersa y considera que esta reconvencción consiste en la realización de un viaje interior que le permita a la mujer descubrirse a sí misma para lograr su libertad. Este descubrimiento consiste en asumir su realidad, aceptarla y vivirla. Por lo tanto, cada mujer será creadora de su propia geografía de vida, ya sea en la esfera pública o privada, en el lugar en que se encuentre y lleve a cabo la realización de sus deseos y la satisfacción de su interioridad, la mujer será creadora de su espacio (el cuarto propio) y de la emancipación que este le confiere.

En su obra literaria y ensayística es posible observar cómo esta ideología se mantuvo y evolucionó de forma consistente, conduciendo a sus lectores a una postura crítica en torno a la forma preconcebida de lo que debe ser la experiencia desde el

punto de vista masculino, misma que se representa en el conocido modelo victoriano de «El ángel del hogar», poema de Coventry Patmore publicado en 1854, y en el que se exalta la figura de la mujer como modelo de la domesticidad en el hogar y, por tanto, para la época, en la imagen ideal del deber ser femenino:

El hombre debe ser halagado, es el halago
el placer de la mujer: en el golfo
de sus dolientes necesidades
ella se arroja, se precipita.⁴

Es este deber ser, expuesto en el poema, el ejemplo que Woolf retoma para señalar la construcción ideológica de lo que deberá ser, de acuerdo al modelo patriarcal, el espacio ideal de la mujer: el hogar/espacio de confinamiento/prisión donde ella cumple con la caracterización ideal de la mujer sublimada, siempre y cuando se mantenga en el espacio que se le ha delimitado y, por lo tanto, será la representación ideal del estereotipo femenino concebido por el imaginario masculino y desde el cual se le excluye del espacio público en el que se concibe el quehacer intelectual y la creación literaria.

De acuerdo con Woolf, la mayor limitante para que una mujer sea escritora son los cánones impuestos, los mismos que la mantienen aislada en la esfera de lo privado al subrayar como imposible la incompatibilidad de una vida pública con la íntima que debe ser prioritaria para la mujer: «El ángel del hogar». En *Un cuarto propio*, la autora se expone en una amplia reflexión en torno a la definición del espacio público y el espacio privado y en la forma en la que la mujer se conduce en uno y en otro de acuerdo a los modelos pre establecidos, pero también acorde a su libertad y cómo en la búsqueda de esta la mujer se apropia y construye sus propios espacios a partir de actividades cotidianas que le permiten ejercer su autonomía, postura que Woolf recupera en su obra literaria al construir personajes que en ocasiones se apropian y en otras construyen espacios propios al llevar a cabo actividades de su libre elección para satisfacer sus necesidades y de-

³ Argentina Rodríguez, «El cuarto de Virginia Woolf», p. 65.

⁴ Coventry Patmore, citado por Argentina Rodríguez, *ibidem*.

seos y, de esta forma, construir el «cuarto propio» que les conferirá la libertad y la realización personal, por lo tanto, rompen y trasgreden el estereotipo que socialmente se les ha otorgado.

II

El estudio de la escritura femenina nos ha permitido observar como esta, en algunos casos, gira alrededor de la forma en que la mujer construye su propia subjetividad reflejada prácticamente en el mundo ordinario de su diario acontecer. Tanto en la proyección imaginaria del deber ser de una vida ideal, donde la emancipación es el logro de la libertad figurativamente representada por diversos tipos de viajes imaginarios y reales, como en la posesión de los espacios a partir de la apropiación y la construcción simbólica de los mismos.

Estos viajes y espacios propios son los elementos de los cuales los personajes femeninos parten para crear sus propias geografías y habitaciones con recuerdos, ensoñaciones y añoranzas que la estructura patriarcal ha buscado ignorar y silenciar, pero a los cuales la literatura ha resguardado y con oportunidad les ha conferido la inmanencia del tiempo para trascender, ser leídos, reflexionados y finalmente expuestos para ser fuente importante de crítica, análisis y reflexión que coadyuven en lo inmediato del contexto a continuar la discusión en torno a la marginación y la opresión femenina.

En el estudio actual de la literatura que implica la crítica, la perspectiva de género nos ha permitido centrarnos en los aspectos más sutiles del discurso literario que lo definen como escritura femenina, y retomando la reflexión que Virginia Woolf realiza sobre el estado y las necesidades de la mujer marginada y oprimida por un sistema social patriarcal, podemos revisar literaturas de diferentes autoras, considerando específicamente la forma en que los personajes femeninos rompen con los esquemas y estereotipos que la sociedad les impone, transgrediendo el lugar mismo que las oprime, al llevar a cabo actividades de su libre elección para satisfacer sus necesidades y deseos, y, de esta forma, construir el «cuarto propio» que les conferirá la libertad y la realización personal.

Virginia Woolf y su literatura son referencia obligada en cualquier estudio que de literatura escrita por mujeres se trate, pues en ella se encuentran los elementos precisos para establecer las categorías y conceptos necesarios en el estudio de las femineidades. Y desde luego, al hablar del espacio femenino y la resignificación de la identidad femenina solo puede ser la habitación propia de Woolf el marco teórico que conduzca al estudio y reconocimiento de los espacios construidos y apropiados por las mujeres en el proceso de autorreconocimiento. *Un cuarto propio* es para la crítica literaria femenina referencia importante a considerar, pues es a partir de este texto que se discierne el concepto de espacio femenino presente en la literatura femenina contemporánea.

En la literatura escrita por mujeres encontramos de forma constante personajes femeninos que habitan los espacios que las constriñen bajo las normas establecidas y se apropian de ellos desde la vivencia íntima de su existencia cotidiana, realizando actividades en las que manifiestan sus intereses y afectos, por lo que es el espacio propio para la construcción simbólica de su habitación propia en la que ejercen con libertad su vocación y obtienen una resignificación de su identidad femenina, así como su estado de completud.

En la actualidad, para la crítica literaria femenina el estudio del espacio literario ha adquirido notable importancia, pues ha dejado de ser solo el escenario en el que ocurren las acciones para convertirse en un espacio verbal más, es decir: «el espacio de la literatura es una construcción mental derivada de las imágenes que suscitan las palabras».⁵ Por lo mismo, el espacio puede ser entendido como un ente que de forma simbólica da a conocer a los personajes desde aspectos como la psicología, sociología, biología y antropología.

El ser humano está determinado por el contexto en el que se encuentra inmerso, por lo tanto, será un reflejo del mismo. De este modo, el concepto de «habitación propia» de Woolf es en sí mismo un espacio, pues más allá de los límites estructurales que

⁵ Ximena Picallo y Silvia Araújo, *Espacio y literatura: cómo se trabaja el espacio en la teoría literaria*, párr. 1.

este posea, es el lugar desde el cual un individuo, en este caso una mujer, establece relaciones socio-espaciales consigo misma, con los otros y con la sociedad. De igual modo, el cuerpo en sí mismo es un espacio, puesto que puede ser entendido como el espacio que alberga al individuo; este se comprende como un conjunto de ideas intelectuales y sociales que se encuentran albergadas por un ente físico de ciertas características que corresponde a la entidad corpórea, es decir, el espacio del cuerpo.

En la obra de Virginia Woolf encontramos elementos precisos para establecer las categorías y conceptos necesarios en el estudio de las femineidades, por lo que podemos concluir que el concepto de una habitación propia construido en el texto del mismo nombre nos permite desde la crítica literaria elaborar un modelo teórico a partir del cual se reflexione la construcción del espacio femenino como una representación de la emancipación femenina y la trasgresión de los esquemas, modelos y estereotipos establecidos desde el canon patriarcal.

Fuentes

Amorós, Celia, *Feminismo, igualdad y diferencia*, PUEG-UNAM, México D. F., 1994. Arriaga Flores, Mercedes, et al., *La imagen de la mujer y su proyección en la Literatura, la Sociedad y la Historia*, Arcibel, Sevilla, 2010. Fe, Marina (coord.), *Otramente: Lectura y escritura feministas*, FCE, México D. F., 1999. Guerra, Lucía, *Mujer y escritura. Fundamentos teóricos de la crítica feminista*, UNAM, México D. F., 2007. McDowell, Linda, *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*, Cátedra, Madrid, 1999. Óscar Muñoz, Willy, *Polifonía de la marginalidad. La narrativa de escritoras Latinoamericanas*, Cuarto Propio, Santiago, 1999. Rodríguez, Argentina (coordinadora), *Escribir como mujer. Ensayos sobre la obra de Virginia Woolf*, Centro de Investigaciones y Estudios de Género/UNAM, Ciudad de México, 2014. Sabaté Martínez, Ana, «Mujer, geografía y feminismo», en *Anales de la Geografía de la Universidad Complutense*, Madrid, Universidad Complutense, núm. 4, Madrid, 1984, pp. 37-53. Segarra, Martha y Àngels Carabí, *Feminismo y crítica literaria*, Barcelona, Icaria, 2000. Woolf, Virginia, *Un cuarto propio*, Colofón, México, 2015. Picallo, Ximena y Silvia Araújo, *Espacio y literatura: cómo se trabaja el espacio en la teoría literaria*. Argentina, Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, s. f. Recuperado de: <https://www.academia.edu/36922311/ESPACIO_Y_LITERATURA_C%C3%93MO_SE_TRABAJA_EL_ESPACIO_EN_LA_TEOR%C3%93ADA_LITERARIA>, consultado el 19 de mayo de 2023.

La alegoría de los espejos

Katia Angélica de Loera Villagrana

Hallábame en una de mis cafeterías más recurrentes a eso de las seis de la tarde, rodeaba el borde de la taza con mis dedos, me incliné un poco y vi mi reflejo en el café. Tomé el libro de Virginia, que se hallaba cavilando a orillas de un río, me pregunté: ¿será que Virginia conocía la profundidad de los espejos al grado de ahogarse en el suyo?

Los reflectores en la antigüedad eran de materiales obtenidos directamente de la naturaleza, tales como la obsidiana pulida o vidrios recubiertos de plata, donde se reflejaban de forma nítida las personas. Siguiendo con esta última formación de los espejos, puedo llegar a entender las profundidades en las que se sumergió Virginia, y lo que en realidad implicaba hablar de ellos. Desde mi punto de vista, para ella era más complejo y hondo de lo que podríamos entender en sus obras.

Al congeniar con mi querida Virginia, tuve la idea de que los espejos son una alegoría aplicada a las mujeres, porque durante muchos siglos hemos sido usadas como reflejos para engrandecer la imagen del hombre, o al menos eso se relata en *Una habitación propia*. Con lo que no contaban los hombres era que las mujeres un día entenderían la fragilidad del espejo, y que podrían romperlo; es decir, al disminuir paulatinamente el tamaño de la silueta que proyectan los espejos, quedaría un diminuto hombrecillo asustado de la deconstrucción que sufre dicho objeto, por ende, giraría 180 grados hasta reflejar el poder que tiene el espejo mismo.

En palabras de Virginia: «Las mujeres han sido espejos dotados del mágico y delicioso poder de reflejar una silueta del hombre de tamaño doble del natural». Realmente qué tan grande es un hombre que requiere pisar y minimizar a su igual para sentirse poderoso y supremo. Aunque las mujeres hemos venido en los últimos años rompiendo con el patrón impuesto durante milenios —fabricar mediante las exigencias sociales reflectores funcionales y meramente ornamentales—, hoy en día nos falta mucho por romper, ya que, lamentablemente, aún existen muchas mujeres atrapadas en el dechado.

Debo decir que me asombra la cantidad creciente de formas que las mujeres han encontrado para liberarse del espejo, algunas en su atrevimiento de querer ser escuchadas se dieron cuenta de que, en su afán de seguir ejerciendo opresión y control sobre el espejo, los hombres son capaces de convertirse en las bestias más violentas y temibles: así lo sufrieron en carne propia las más de 146 obreras que alzaron la voz el 25 de marzo de 1911, cuando en el intento de ser escuchadas murieron calcinadas en una fábrica textil en Nueva York. Así

como este hecho, hay innumerables ejemplos y, tristemente, muchos más antiguos, como el caso de Hipatia, quien siendo la directora de la biblioteca de Alejandría, una mujer altamente preparada, fue brutalmente golpeada, violada y asesinada por fanáticos cristianos, tachada de ser bruja y hereje.

O, si no les gusta ir tan atrás en la historia, recordemos que en 2012 una joven musulmana de quince años, quien deseaba que más niñas como ella tuvieran la oportunidad de recibir educación, a sabiendas que sus actividades de lucha por los derechos de las mujeres eran lo más riesgoso que se puede ver en su cultura, fue atacada en un intento de asesinato con un arma de fuego. Afortunadamente sobrevivió y hoy es referente de la lucha feminista a nivel mundial.

Si bien hemos citado un par de ejemplos de violencia física contra las mujeres, también pueden verse casos donde se ha usado una alta manipulación para perpetrar el reflejo que los hombres quieren ver en el espejo. Tal y como fue el caso de mi querida Elena Garro, quien por poco, debido a la manipulación de Paz, quema su obra más importante. Aunque Octavio logró el cometido de que el manuscrito fuese arrojado al fuego, su sobrino se percató de la terrible equivocación que Elena acababa de cometer y rescató el manuscrito de las llamas. Ella no estaba a la orilla de un río, estaba a la orilla del fuego a punto de quemar su preciado texto *Los recuerdos del porvenir*. ¿Se imaginan que ella no hubiera roto su espejo? Nunca habríamos leído esa maravillosa obra y no existiría hoy un premio «Xavier Villaurrutia» de 1963 a nombre de Elena.

Aterrizando, el espejo primigenio fue el agua misma, ya sea un lago, una laguna, o el río Ouse, teniendo tanto el poder de reflejarnos en ella como de matarnos. Cuando alguien arroja una piedra al agua, o peor aún, se llena los bolsillos de piedras, esta se perturba e inmediatamente la piedra se hunde, quedando en el fondo por siempre. Lo mismo pasa con las ideas impuestas por la sociedad: te perturban, te modifican, te alteran y eventualmente se hunden en tu mente. Pero, a diferencia de esta alegoría, nosotras mismas podemos sacar esa piedra (ideas impuestas por la sociedad que se sumergen en tu mente) de nuestros pensamientos y lograr evitar lo que Virginia no pudo: romper el espejo en lugar de ahogarse en él. Nuestro rol ancestral está cambiando, nos estamos deconstruyendo porque ya entendimos que podemos hacerlo: romper con la alegoría de los espejos.

Cuando veas tu espejo, recuerda con atención las palabras de Virginia: «La imagen del espejo tiene una importancia suprema, porque carga la vitalidad, estimula el sistema nervioso. Suprimidla y puede que el hombre muera». Regresando a mi reflejo en el café, me gusta pensar que cada gota de agua, o cada vez que tengo la oportunidad de verme en cualquier superficie, una parte de Virginia está escondida en alguna partícula de todo lo que pueda considerarse un espejo, empujando a que cada vez más y más mujeres puedan romper sus propios espejos.

Anatomía de un reflejo

Citlalli Luna Quintana

Para las Quintana

He vuelto a tomar la pluma para reinventarme. Desde que tengo memoria, dejé que otros construyeran mi habitación propia: levantaron muros altos para que no viera el horizonte; pintaron las paredes para ocultar las imperfecciones, los defectos garrafales, las malformaciones del carácter; colocaron los cuadros que se supone representan los momentos más felices de mi vida; eligieron los muebles que mejor se adaptaban a lo que yo debería ser. Me dijeron qué debía escribir, cómo se lograba la independencia; me dieron una lista estricta de pasos a seguir para ser libre. Y yo no dije nada. Me quedé callada porque no sabía que tenía voz propia.

Entonces me dejé hacer: vestir, calzar, maquillar, escribir. «Cruza la pierna», «la falda está muy corta», «párate derecha», «ve a misa», decían. Pero ellos, los otros, nunca pensaron que el espejo grande que me dieron para maquillarme los labios, para arreglarme el cabello y para ajustar mis ropas a la moral en turno, iba a servir para observarme. Para observarme de verdad: desnuda, con moretones y asimetría en el cuerpo, con los pechos más abajo, con el vello púbico encrespado, sin maquillaje y con el cabello suelto. No sabían que el espejo iba a servir para verme sonreír, para mirarme hecha un ovillo por la ansiedad, para odiar mi cuerpo, para observarme llorando, para gritarme, para explorarme, para conocerme, para desdibujarme, para reinventarme.

Es difícil vivir en un mundo en el que ya hay un adjetivo para cada una: «la buena esposa», «la chismosa», «la mocha», «la que aguanta al marido», «la buena madre», «la amargada», «la dejada», «la que abortó», «la solterona», «la puta». Ahora, parada desnuda frente al espejo, busco una señal en mi cuerpo que me diga cuál va a ser mi epíteto ¿cómo se lo gana una? ¿Quién lleva el registro de cuántas veces fui a misa? ¿Quién el de los hombres con los que me he acostado? ¿Dónde reclama una estos calificativos que provienen del ocio ajeno?

No veo en mis hombros, en mi espalda, en mis manos, en mis muslos, una señal que me diga con qué adjetivo voy a ser calificada. Es triste darse cuenta cómo nuestras genealogías tienen usos bien definidos: «Ella es inteligente, como su papá y su abuelo»; «Ella es puta, como su mamá y su abuela». El poder de la palabra una vez más condena o salva nuestra existencia, la determina y, en muchas ocasiones, la limita. Así que, cuando me veo en el espejo y busco esa señal, me preocupa no nada más el adjetivo con el que los otros van a definir mi

vida, sino también la de mis hijas y mis nietas y las mujeres de mi familia.

Lo que más me gusta de mirarme desnuda al espejo es que puedo desdibujarme para conocerme y reconocermme. He dejado de recordar a Flaubert cuando miro mis pies pequeños y de arco pronunciado. Ahora pienso en el dolor que me causan los tacones que tanto amo y que estilizan mi figura, y en las veces que he sangrado por llevar unos zapatos que me cortan los talones, pero combinan a la perfección con mi vestido. Nos han enseñado que el dolor a veces es inevitable para vernos perfectas y así, hasta en las cosas más sencillas como caminar, hemos normalizado el dolor de nuestro cuerpo, siempre y cuando «valga la pena» y una «se vea bonita». Cuando miro mis pies también pienso en los pasos errados que he dado y en lo mucho que cuesta decidir tomar otro camino o desandarlos porque este duele mucho y, sobre todo, porque mis pies también cargan el peso de las críticas por volver hacia atrás. Al ver mis pies también pienso en las largas y rápidas caminatas que hace mi madre, recuerdo a mis tías eligiendo zapatos, a mi prima aprendiendo a andar en tacones, a mi sobrina pequeña buscando tenis blancos para estar a la moda; también imagino a mi abuela descalza, por el simple gusto de sentir la tierra caliente debajo de ella, caminando en el lejano rancho donde creció.

Cuando veo mis piernas recuerdo que la ingenuidad de hace años me permitía dotar a mis personajes femeninos con «piernas largas como un evangelio» como una extensión de la metáfora hacia mí misma. Creía en la sacralidad de las piernas no nada más como fruto estético de la penitencia que representa el dolor provocado por los tacones, sino como un vehículo de seducción que conducía al orgasmo; un camino que se debía recorrer con la lengua o las yemas para llegar al Paraíso. Ahora, consciente de la comparación, reflexiono sobre el peregrinaje y las historias de derrotas contenidas en los evangelios y pienso que, después de todo, también mis piernas son vehículo de guerras perdidas y caminos que, en muchas ocasiones, no han llegado a ningún lado.

Cuando miro mi vagina pienso en que, de algu-

na u otra forma, siempre nos han enseñado que es un albergue de placer masculino y un espacio vedado para nosotras: «no te toques», «no te mires», «lo importante es que él disfrute». ¿Cuántas mujeres hemos tenido sexo sin acercarnos siquiera al orgasmo? ¿Hasta qué punto el «egoísmo sexual» es válido? ¿Es cierta aquella frase de «una es responsable de sus propios orgasmos»? Sentada frente al espejo abro mis piernas, pero no con la ingenuidad pueril de antaño que prometía a algún enamorado el Paraíso y la imposibilidad del olvido, sino que las abro para mirar y tocar mis labios, sus pliegues, sus honduras. Contemplo mi vagina para explorarme, para conocerme, para saber qué es lo que me gusta y qué grados de placer puede darme mi propio cuerpo.

Después observo mi vientre, quizá la parte de mi cuerpo que he tratado con mas crueldad. Desde que tengo memoria he buscado la perfección (otro arquetipo por desechar), pero con mi cuerpo siempre he sido más dura y he buscado a toda costa, sin lograrlo, que mi abdomen sea plano; eso me ha dejado cicatrices que detesto y que, de alguna forma, se han convertido en la manera en que mi cuerpo me recuerda cuántas veces lo intenté y cuántas veces he fracasado. Pienso en el lenguaje con el que mi cuerpo me habla y en los innumerables sufrimientos que le hago para dejar de ser yo, buscando mi reflejo en la imaginación ajena. El cuerpo también nos habla: nos reclama las infamias que le hacemos por una imagen que quizá ni siquiera valga la pena en tanto que es idealizada y no refleja lo que somos o lo que podemos ser.

Cuando miro mis pechos pienso en que es una de mis partes favoritas del cuerpo; pero aprendí a la mala a mantenerlos escondidos o a enseñar su forma discretamente porque me han tocado, pellizcado y me han dicho barbaridades por la calle. Nos han enseñado que, si a una la acosan, es porque traíamos la falda muy corta o el escote muy pronunciado y que, en todo caso, nos lo merecemos por vestirnos como putas. Una tiene dos opciones: lucir las partes de su cuerpo y lidiar con los incordios ciudadanos o vestirse con ropas más o menos holgadas para no sufrir en el día a día.

Cuando miro mis manos inmediatamente pienso en dos personas: en mi madre y en mi abuela. Pese a que muchas personas siempre comentan el parecido entre mi madre y yo, más allá del cabello, yo pasé años sin reconocirme en ella; sin embargo, tiempo después de que yo viviera en otra ciudad, una tarde fumaba en el balcón y al terminar me puse crema en las manos. Inmediatamente, como un golpe contra el asfalto, vino a mí el olor de las manos de mi madre mezcladas con crema y cigarro; entonces recordé todas aquellas tardes que ella fumaba en su habitación, en la oficina leyendo el periódico, en la sala tomando café y platicando con mis tías. El olor de sus manos me hizo reconocermene en ella, entonces me asumí como una extensión de ella, como una parte externa de ella y por fin me percaté de nuestro parecido, de nuestras cosas en común y de nuestras historias paralelas. En cuanto a mi abuela, pensar en sus manos siempre me recuerda los días en que llegaba de la escuela y ella preparaba la comida, picaba carne, verduras, etcétera; pero, sobre todo, recuerdo sus uñas largas, gruesas, hermosas. Y creo que la única razón por la que yo me arreglo las uñas es porque a mi abuela le van a gustar: cuando llego a casa después de muchos meses sin verla, le doy un abrazo y un beso y le enseño mis uñas. Con el paso de los años y la lejanía de las mujeres de mi familia, se hacen más visibles los lazos que, sin saberlo, están tejidos entre nosotras.

Cuando miro mi cara para completar mi reflejo, no puedo evitar el recuerdo de todas las mujeres de mi familia: mi abuela, mi madre, mis tías, mis primas y mi sobrina. Y pienso que, aún cuando utilizo este espejo para reflejarme, para conocerme, para reinventarme, también sirve para ver el reflejo de todas sus historias como parte de la mía y cómo esos fragmentos de ellas también están en mi cuerpo, en mi reflejo, en mi historia.

Nuestra familia es matriarcal. Para mí eso significa que toda mi vida he estado rodeada de mujeres extraordinarias que han luchado cada día: por hacerse un lugar en el mundo, por combatir a sus propios demonios. Han tenido que reconstruirse ellas solas y a nosotras (sus hijas y yo) nos han enseñado que, a pesar de todo, siempre hay que seguir adelante. Nosotras, por supuesto, haremos lo mismo con nuestras sobrinas y nuestras hijas, reconociendo la genealogía a la que pertenecemos.

Nos han dado una habitación propia, es cierto, pero depende ahora de nosotras redecorarla y hacerla nuestra: reflejarnos en ella, reconstruirnos en ella, teniendo en cuenta cada uno de los pilares que han permitido que sea nuestra.

Nominalización: después del yo, recomponer el mundo: Flush

Mónica Muñoz Muñoz

En una conferencia sobre Virginia Woolf, su mejor amigo y admirador F. M. Forster pronunció unas palabras que muy bien podrían servir de epitafio: «Nuestra deuda hacia ella, en parte, es ésta: nos recuerda la importancia de las sensaciones en un mundo que practica la brutalidad mientras recomienda los ideales».

Sergio Pitol

Miss Barret exclamó cierta vez, después de una mañana de trabajo intenso: «¡Escribir, escribir, escribir!» Quizá pensara: después de todo, ¿lo dicen todo las palabras?, ¿pueden las palabras expresar algo? ¿No destruirán, por el contrario, los símbolos demasiados sutiles para ellas?

Virginia Woolf

En 1933 Virginia Woolf publicó *Flush*, una novela breve, escrita a manera de biografía, que ha traído a mi mente las teorías del origen del lenguaje. En algún momento de la evolución los seres humanos desarrollamos el lenguaje *doblemente* articulado porque mientras somos capaces de utilizar el aparato fonador, encadenamos significados; frente a otras especies, la humanidad articula en un mismo instante voz y mente. Las palabras no son solo ruido, son significados, existen en un plano material y, por supuesto, en uno interno, el mismo que la teoría literaria ha llamado monólogo interior y que, desde mis bases, prefiero nombrar *autocomunicación*. La palabra está ahí para explicarnos el mundo exterior, para pensar, para guardar nuestras deducciones secretas acerca de los acontecimientos.

La genial creatividad de Virginia Woolf concibió la explicación del mundo desde el manejo de la lengua interna por parte de Flush, una pequeña spaniel cuyos días se ordenan o se trastocan por las decisiones de Miss Barrett, su dueña. A los humanos nos gusta saber que lo que nos distingue de los demás animales se encuentra en nuestro cerebro, como dice Sverker Johansson, «nos es muy fácil tomarnos como vara de medir y tomarnos como la norma, de manera que todo ser distinto se nos antoja inferior».¹ A través de *Flush*, la literatura nos

¹ Sverker Johansson, *En busca del origen del lenguaje*, 2021.

permite pensar distinto. Experimentar lo que podría ser la conciencia del mejor amigo o amiga, el compañero de casa que ha entendido perfectamente aquello de amarse los unos a las otras, nuestra mascota perruna.

Así que este texto parte de la gramática, la misma que comienza a manifestarse con oraciones completas en torno a los tres años del individuo y de cuya reflexión los procesos creativos suelen alejarse. Sin embargo, es la producción de palabras lo que define la comunicación humana, en casi todos los paradigmas lingüísticos los análisis transitan en los formantes: las palabras, vistas como objetos y acciones, sustantivos o nombres y verbos, frases o sintagmas nominales y verbales.

En las primeras líneas de *Flush*, Virginia Woolf especula sobre el origen de la palabra, el nombre o sustantivo, 'spaniel'. Se trata de una táctica más allá de atrapar (o rechazar) al lector. El nombre mismo viene de un proceso de sustantivación. Los adjetivos lo acompañan y pronto se convierten en sustantivos. Es el origen de los apellidos, provenientes del lugar, del padre, del apodo o de las más diversas procedencias modales.

No hago aquí un análisis morfosintáctico, más porque se trata de una obra escrita en inglés y que, por lo general, leemos a partir de su traducción. El nombre da esencia a la persona o al objeto, pero qué tiene que ver la nominalización en la marca de primer tercio del siglo XX, después que Woolf, Proust y Joyce habían puesto al frente de la mejor narrativa el *yo*. Y, peor, cómo leer una obra que regresaba a la nominalización 'Flush', 'spaniel', del *yo* al animal, del pensamiento a la vida de un perro.

¿Decadencia o culminación?

Flush (1933) es un libro que algunos críticos de Virginia Woolf han considerado transgénero, por ubicarse entre géneros literarios. En tal categoría están también *Orlando* (1928) y *Roger Fry* (1940). En su momento, la autora llegó a acompañarlos de la frase «una biografía», lo que no siempre se ha conservado en las traducciones puesto que no necesariamente correspondían a tal género, sin embargo,

en todos los casos debe agradecerse la prosa de alta factura de la autora.

En *Flush*² se puede encontrar el contenido biográfico en torno al perro spaniel, propiedad de la poeta Elizabeth Barret, cuya vida se vislumbra, mas nunca se desarrolla, sobre todo en lo relativo a su especificidad: una escritora inglesa importantísima de la primera mitad del siglo XIX. Y *Orlando* es tal vez el libro que uno se resistiría más a leer como biografía, porque el par de vidas que cuenta hunde a quien lo lee en un mundo novelesco, donde lo demás importa poco. La biografía ha tenido periodos de opacidad, ahora vivimos una nueva oleada de interés, rearmada con enfoques teóricos y técnicas narrativas que pudieran llevar de nueva cuenta a esa parte de la producción woolfiana, en detrimento de la novela.

En 1933 Virginia Woolf había logrado una obra verdaderamente revolucionaria en el terreno de la novela (un motivo más de por qué no es relevante ver *Orlando* como una biografía). En solo seis años se había puesto a la altura de Marcel Proust y James Joyce (su obra arranca en 1915 con *Fin de viaje*, dos después de *Por el camino de Swann* y siete antes de *Ulises*) y, en algunos aspectos había renovado y aportado nuevos elementos para la narrativa de ese tiempo: bástenos con decir que además

² «Para entonces ya había aparecido *Flush*, que es la novela que, en parte, desencadena la arremetida desde las páginas de *Granta*. En esta obra, de carácter pretendidamente menor, se narran las experiencias del spaniel de la escritora Elizabeth Barret Browning. Es el mundo visto por un yo muy especial, un animal. Para esta novela el modelo era *Pinka*, un cocker que Vita le había regalado tiempo atrás. Se trata de una obra con un agudo sentido del humor, que tiene mucho de parodia y a la vez de homenaje, a la literatura popular, a esa literatura menor tan vilipendiada por la crítica. Ya se ha reseñado que Virginia Woolf abominaba de esa distinción entre *high* y *low literature*. Entre otras cosas porque no es fácil discernir cuál es cuál, ya que la realidad, ella lo ha demostrado con sus libros, ni es única ni es verdadera. Y los juicios, incluso algunos juicios morales, tampoco tiene por qué ser inmutables. Por este carácter expreso de obra menor, *Flush* ha sido despreciada por la crítica y por los autores de manuales, tan amante de la catalogación, pero no por ello deja de tener un alto valor literario, pero sobre todo moral. Y el mundo retratado por un perro, no se puede negar que no deja de ser un punto de vista interesante», Jesús Rubio, *Virginia Woolf*, p. 139.

del pensamiento que se narra a sí mismo, está la voz y la presencia de las mujeres como acción, no como reacción transliteraria. En Proust la voz femenina se supedita al *yo* Marcel. El monólogo de la señora Bloom es un brillante apéndice de la vida del marido. Con Woolf se despliega un universo femenino complejo y plusirignificativo, con *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927), *Orlando* (1928), *Las olas* (1931) y una reflexión que las generaciones posteriores han hecho suya y refuncionalizado de acuerdo a sus ópticas: *Una habitación propia* (1929).

Bajo la crítica que Virginia Woolf hace de sus mayores yace una insinuación implícita de que la novela inglesa está en disputa. Ella sabía que la ficción inglesa, como la representan Jane Austen o Trollope, había perseguido tratar personaje y escena en sus más amplias relaciones temporales, en un variado escenario de acontecimientos. Por un lado, aceptó esta tradición y, en verdad, vio en la obra de Jane Austen la novela inglesa realizada con más éxito. Pero al mismo tiempo Jane Austen representó para ella el clímax de ese método, el punto más allá del que la novela inglesa no podría sin la infusión de nuevas técnicas. La agudeza de «Mr. Bennet and Mrs. Brown» no oculta la búsqueda de Virginia Woolf por una forma por medio de la cual podría comunicar simultáneamente un cuadro de vida y costumbres y una imagen correspondiente de la mente.³

Desde las últimas décadas del siglo XIX se venía gestando una nueva consideración del *yo*, el cual peleaba por hablar. No solo la narrativa, la literatura, agotaba su omnisciencia o sufría el personaje a costa de la dictadura del determinismo naturalista, también la filosofía y la psicología hacían lo propio, a través del contradictorio Nietzsche o a través del no menos polémico Freud.

En un trabajo reciente emprendido en coautoría con Alejandro García,⁴ he podido hablar de un gran

³ Ralph Freedman, *La novela lírica. Hermann Hesse, André Gide, Virginia Woolf*, pp. 242-243.

⁴ «El *yo* joyceano no es un héroe de gran envergadura, es un

arco de liberación de la conciencia del yo a través de Proust, Joyce y Woolf, al cual también pertenece la poesía de Ramón López Velarde, duro despejador de la épica revolucionaria, pero también de la épica burguesa que convirtió la violencia y su ejercicio en materia literaria. Lo podemos ver lo mismo en elogios de conquista que en viajes de aventuras que en lo material representaron la depredación de grandes partes del mundo.

Se suele ubicar a *Flush* en un periodo de discreción en los productos narrativos de la escritora Woolf, cuando no de auténtico agotamiento. 1933 no es mal año para reconsiderar la oportunidad de la indirecta, discretísima, historia de un perro. Habrá todavía por allí quien sostenga que es el periodo de mayor alejamiento, de espaldas a la realidad brutal que se empezaba a vivir.

Conviene asomarse a esta pequeña obra para volver después a este punto.

¿Nominalización o por una nueva biografía?

Flush da una explicación acerca del nombre o sustantivo spaniel. El primero que tendría que ver con la voz cartaginesa *span*: conejo. Al ver el territorio lleno de conejos le pusieron Hispania y al perro que casaba conejos le apodaron *spaniel*. Nombre derivado del lugar o del oficio, no ha logrado consenso y se ha abierto camino la acepción que indica que el origen es vasco, con la palabra España, «frontera»,

hombre de la calle, es un vendedor por las callejas de Dublín (tampoco es Londres) que tiene una gran necesidad de cocinar unos riñones de res para almorzar y después piensa en las grandes ganas que tiene de defecar. Su contraparte, casi siempre olvidada, la señora Bloom piensa largamente, digamos que de manera más espiritual, durante la noche, en sus necesidades sexuales, en sus líos amorosos y en los de su marido que al fin llega con el olor de la calle y de lo ajeno.

»El *yo* proustiano no es una figura de mayor tamaño que Bloom. En su origen el pensamiento habla a partir de una madalena que ha sido tocada por el té y despierta la evocación de su infancia, incluyendo, en la primera entrega, el recuerdo de su sufrimiento porque mamá no sube, atendiendo visitas, a darle el beso de las buenas noches. O porque viene a su memoria el sufrimiento de Swann ante los extravíos amorosos de su amada», Mónica Muñoz Muñoz y Alejandro García, ««La suave Patria»: otro camino de una pasión: el *yo*», inédito.

«límite», que lleva a Hispania y al inglés Spain. El origen sería puramente locativo: el spaniel es el perro español o procedente de tal lugar. Como en su momento se dijo de un tal señor Del Río que vivía junto al Duero. O el Martínez que terminó en Martín o de aquel famoso Zapatero. Para los amantes de apodos tendríamos que decir que *spaniel*, español, «de España», tiene una acepción diferente que significa «peñascoso», «tortuoso» y que se llamó a estos animalitos *spaniel* por tener características contrarias.

En realidad he empezado un paso adelante. Regreso. *Spaniel* funciona de origen como un adjetivo o un modificador indirecto, en la terminología de cierta gramática estructural, del núcleo *perro*: perro spaniel. También se puede aposicionar: perro, spaniel, Flush. Es un proceso de sustantivación de común a propio: perro Flush. Así que *Flush* es la biografía de un perro.

Unas páginas adelante, Woolf explica el lugar de los perros en la sociedad inglesa. No solo describe lo gratuito que es buscar orígenes fijos en ciertas palabras (la larga lucha entre naturalismo y convencionalismo en la relación palabra-objeto o palabra-referente), sino que nos explica el peso de los objetos o, en este caso, los seres vivos referidos. La presencia de los spaniel es registrada en País de Gales ya a mediados del siglo IX y en el siguiente ocupan un lugar de gran importancia y reputación.

Sir Philip Sidney atestigua que en la época de la reina Isabel existía una aristocracia entre los canes, «[...] los galgos, los *spaniels* y los sabuesos vienen a ser, entre los perros: los primeros, como lores, los segundos Caballeros, y los últimos, como terratenientes». Esto lo escribió Sir Philip Sidney en *La Arcadia*.⁵

Flush, el personaje, nació allá por 1842, descendiente de la estirpe de los spaniel cocker, con un patrimonio de raza de siglos, vive sus primeros meses en «Three Mile Cross», una casita de campo cercana a Reading, dentro de una familia de humanos de apellido Midford o Mitford, venida a menos. Miss Mitford se niega a vender al cachorro, rechaza una muy sólida oferta de compra, que bien

podiera llegar a quince libras, teniendo en cuenta que por el padre de Flush ofrecieron veinte. Prefiere regalarlo a Miss Elizabeth Barret: «una amiga que se pasa los meses de verano acostada en su dormitorio de la calle Wimpole, a una amiga que es, nada menos, la primera poetisa de Inglaterra, la brillante, la desventurada[...]».⁶

La vida de Flush transcurre a los pies de una mujer enferma, acostado el spaniel cerca de Barret, a quien nunca conoceremos —en su esencia— como escritora, puesto que aquí de lo que se trata es de estar al tanto de los avatares del perro, en la penumbra, rodeado de olores a medicina, asistiendo a las visitas del padre y el hermano y, muy ocasionalmente, de salidas a la calle en el regazo de su dueña.

Flush sentirá los pasos de su ama inicial que se alejan y establecerá un nuevo nexos con la habitación propia de Barret.

En la siguiente etapa el spaniel siente la transformación de su humana. Un visitante, Mrs. Browning, opera el cambio o por lo menos es la presencia que permite al perro percibir una frontera y una invasión: se trata del pretendiente de Miss Barret. A partir del hombre, el cuerpo enfermo parece encontrar un movimiento diferente, exteriorizado, que prende las alarmas de Flush.

En la línea biográfica, en 1847 Flush transforma sus días debido a la relación formal entre Miss Barret y Mrs. Browning, el invasor de amores entre ama y mascota. Se mudan a Italia, viven años de entusiasmo épico, de liberación, que llevan a la pareja a contemplar desde el balcón el festejo de los italianos ante una victoria dentro de sus procesos de independencia. El mundo oscuro e íntimo de Flush casi se invierte hasta que debe explicarse la reproducción humana a partir de un nuevo miembro en la familia.

Durante los años y lugares compartidos, la conexión entre Flush y su dueña provoca la mímesis, el encuentro completo entre dos de distintas especies:

La cara de Mistress Browning, con su boca ancha, sus grandes ojos y espesos rizos, seguía te-

⁵ Virginia Woolf, *Flush*, p. 23.

⁶ *Ibidem*, p. 30.

niendo un extraño parecido con la de él. Ambos rostros parecían proceder del mismo molde y haberse desdoblado después, casi como si cada uno completase lo que estaba latente en el otro. Pero ella era una mujer; él, un perro[...].⁷

He escrito ya sobre la nominalización que Virginia Woolf hace al principio de la obra. Es un proceso de origen, de búsqueda de blasones o simplemente de avanzar en el camino del ser, previo paso por la objetivación. También lo es convertir lo modal o lo adjetivo en sustantivo. Son procesos como los gentilicios, los patronímicos, o los que se expresan mediante expresiones modales o que arrancan del apodo, por parecido o por oposición o por enaltecimiento o por degradación.

Yo y Nominalización: re-nombrar el mundo

En torno a Flush, Woolf juega con significaciones para darle relevancia. Una vez que el sustantivo se torna concreto, se procede a las significaciones más abstractas, a sus cualidades. Woolf construye desde abajo al personaje, lo hace visible y valioso dentro del texto y jamás se aleja a la tradicional biografía de los humanos.

El primer elemento de respeto a su biografiado es tratar de enunciar o nominar en un lenguaje posible para el perro. La perspectiva desde la que se ubica la narración siempre es baja, como si fuera la visión posible para Flush. Es una decisión todavía difícil, porque puede verse como una mera impostura, pero el esfuerzo es notable y lo realiza una de las prosistas más importantes del siglo XX:

Una sutilísima mezcla de los olores más variados le hacía vibrar las aletas de la nariz: áspero olor a tierra, aromas suaves de las flores, inclasificables fragancias de hojas y zarzas, olores acres al cruzar la carretera, el picante olor que sentía cuando entraban en el campo de habas. Pero de pronto traía el viento unos efluvios más intensos, más lacerantes que todos los demás, unos efluvios que le arañaban el cerebro hasta remover mil instintos en él y dar suelta a un millón

de recuerdos: el olor a liebre y a zorro. Entonces se lanzaba como una exhalación. Olvidaba a su ama; se olvidaba de todo el género humano.⁸

Algunos narradores de ciencia ficción no tendrían dicha consideración con el lector y las lectoras comunes, simplemente dejarían hablar a los animales y a las cosas. Pero Virginia Woolf se encarga de concretar y abstraer, desde lo que podría ser la mirada canina, desde lo que Flush sentiría, y que ella, la escritora, interpretaría y construiría como mensaje.

Así que hay un proceso de concreción y abstracción, propio de todo lenguaje articulado, que tiene como fuente la mirada y actitud animal. Hay, por supuesto, un contrato de veridicción o de verosimilitud entre emisor y receptor, de allí que la biografía resulte un artificio y acerque la obra a la novela.

Dentro de este proceso de lo concreto a lo abstracto, insisto en que se da siempre en lo lingüístico (el hecho mental incluso lo acerca más a la abstracción que a la concreción, pero los procesos mentales también tienen una parte concreta y material). Flush arranca de una vida con lo inmediato, donde las sensaciones pasan por su cuerpo y todo es novedoso, pero el cambio de escenario y luz, de postura, de la mujer enhiesta a la mujer acostada, producen algo nuevo en la mente del perro ante lo que debe actuar: quedarse a los pies de su nueva dueña. Actuar levemente diferente cuando ella sale, pasar de la manta al regazo. Algo se trastorna cuando la mujer pasa de la enfermedad a cierta efervescencia o actividad, algo que la levanta. Flush lo siente y lo ve como amenaza. Un ligero ataque al invasor le da un registro de lo que viene. Hasta aquí el encierro.

La salida a Italia, al parecer separados todavía Barret y Browning, es un contacto con lo abierto y un regreso a la luz. También es un no retorno a los años previos. Hay movilidad, hay vida en la persona humana, actividad. Hay ruido y festejo en las calles. Habrá descendencia. También habrá lugar para el reposo en este nuevo estado de cosas para Flush.

⁷ *Ibidem*, p. 140.

⁸ *Ibidem*, p. 28.

El ruido callejero era ensordecedor. Todo el mundo parecía estar gritando al mismo tiempo. En vez del consistente y soporífero zumbido de Londres, había aquí tal tableteo y gritería, un tintinear y una vocería, un restallar de látigos y tañer de campanillas.⁹

Los últimos años le permiten al spaniel Flush contratar etapas y experiencias, relacionar sensaciones, el mundo ha sido incorporado a su vida. Al nombrar, ha dado existencia, significación a cada uno de sus actos. También Flush ha nominalizado el mundo. Vida, muerte, amor, renovación, descendencia, madurez, han estado en contacto con él.

Más allá del perro y de su biografía, queda la experiencia del lector, de nosotras sus lectoras. Allí también la nominalización es importante. Virginia Woolf desarrolla su novela en la década de los cuarenta del siglo XIX, principalmente en Inglaterra y en Italia. Virginia Woolf se quita la vida en 1941 y publica *Flush* en 1933. A un mundo ordenado y jerarquizado tanto en lo humano como en lo animal, el inglés, Woolf introduce al mundo convulsionado de la Italia en una de sus fases independentistas.

Pero esa Italia se despliega al futuro (al tiempo de la escritura y a los años que Woolf no podrá vivir) y al pasado (la renacentista Florencia, probable modelo de una sociedad distinta). Al nominalizar el mundo de Flush, Woolf elide su tiempo histórico y otro que no vivió pero que dio a la literatura y a la idea del hombre numerosos horizontes. La Italia del 33 (del XX) es la Italia de Mussolini, pero al norte se afilan aún más los cuchillos del totalitarismo y la carnicería humana. La Italia de Dante, de Petrarca, de Boccaccio, la Italia del humanismo. También, la idea de un mundo diferente, posible, que arranque desde la reapreciación y resignificación de los animales.¹⁰

⁹ *Ibidem*, p. 103.

¹⁰ Virginia Woolf siempre usa recursos indirectos. Al biografarse a Flush elide hacerlo con Elizabeth Barret, pero la relación está allí al alcance de la curiosidad de quien la lea. Mucho más cautelosa es con las referencias históricas. La ubicación de Flush es el siglo XIX, entre la consolidación del Imperio Británico con sus reglas rígidas y las luchas de independencia de Italia, todavía

Virginia Woolf hace hablar al pensamiento, resignifica y redignifica al *yo*, sobre todo al *yo* femenino. Ese *yo* que había avanzado en el siglo XIX entre guerras de conquista y de colonialismo. Se educaba al *yo* en la música y en la disciplina del cuerpo, para que fuera eficiente en la guerra y en la producción. La épica era el canto de la violencia, fuera de los poderosos o de los desposeídos. Woolf y sus compañeros de ruta rescatan a ese *yo* maltrecho, a esa *yo* maltrecha, cotidiana, temerosa, solitaria y abandonada por el poder para convertirla, para convertirlo, regresando a la abstracción masculina, en el protagonista de sus obras.

Podría ser contradictorio que si Woolf llevó al centro de la narrativa al *yo*, se desbarrancara hacia el final de su vida por un melodramático guiño a los animales, tal vez convenga pensar que su narrativa no corresponde al *yo* de sus contemporáneos, sino al *yo* en femenino, el que se educó en la empatía y la comprensión. Hoy nadie dudaría del poder comunicativo de los animales, aunque la palabra, aunque la gramática y la teoría lingüística estén ausentes.

Temáticamente *Flush* es paradójica, por un lado construye una genealogía entre los perros, una división similar a la que rige el mundo de los hombres y, obviamente, dictada por los hombres, en este caso particular por los británicos. Sin embargo el perro llega a estar más cerca de los objetos que de los humanos a la hora de los privilegios: «Pero vender a Flush... Ni pensar en ello. Pertenecía a ese reducida clase de objetos a los que no puede relacionarse con la idea de dinero».¹¹

El otro lado de la paradoja es que ese aparente escape de la realidad, esa reproducción de un orden

dividida. Harold Bloom dice algo parecido a propósito de otra de sus novelas: «*Entre actos* también es, de alguna manera cautivadoramente indirecta una novela de guerra. Inglaterra está siendo bombardeada por los nazis pero Woolf no se permite ninguna referencia directa. Tampoco se permite sugerencias impresionistas acerca del contexto más amplio que hace que su espectáculo pueblerino sea a la vez sombrío e hilarante. Obligándose a insistir en un modo impresionista, nos lleva de nuevo hacia la percepción de que nosotros somos las palabras», Harold, Bloom, *Genios*, p. 410.

¹¹ Virginia Woolf, *Flush*, p. 30.

jerárquico dominante es parte de una representación de palabras y quien la realiza ha llevado al *yo* a un estado de reconocimiento y revaloración justo después de que el mundo se ha dedicado a matarse, así sea entre dos bandos. El *yo* está en gran parte muerto cuando Virginia Woolf lo hace hablar, lo hace verter su pensamiento. Después de eso el *yo* es otro, el nombre o sustantivo debe ser renombrado y estar dispuesto a un nuevo lugar en la sociedad humana y sus productos. Después de revisar el *yo*, vienen los animales y la naturaleza.

Volviendo a la cuestión gramatical, el *yo* es un pronombre, un sustituto del sustantivo, una máscara. Es además deíctico, lo que le da una identidad escurridiza. Pero el *yo* nombra, se nombra, se llena de pensamientos, actividades que lo hacen ser e instaurar su identidad antes perdida. Después de nominalizarse el *yo* o quien lo habita puede renombrar el mundo, recomponer la vida y el lugar de los tres reinos. Por eso el nominalizar no puede ser por decreto, porque tiene que estar relacionado con un mundo que exige se le renombre como única manera de volver a empezar.

El futuro le ha dado la razón a Woolf. Solo con esa recomposición del mundo del hombre, empezando por su mente y sus categorías, es posible su redención. La carnicería que empezaba en 1933 parece negar a Woolf, solo confirma la necesidad. Los nazis quisieron renombrar el mundo y casi lo destruyeron, la resistencia no pudo contenerlos y fue incapaz de generar algo realmente refundado después del fin de la guerra.

Las olas es la novela donde se radicaliza la presencia de un *yo* múltiple, *Flush* da la voz a los animales y *La habitación propia* es ese texto sabio donde todas las dimensiones se conjugan para la vida de una mujer, el *yo* femenino: tener un espacio propio, un territorio donde fluya la libertad; tener un sustento económico que me permite disfrutar esa libertad irrenunciable. Las dos son complementarias. Y una tercera que habla de la coherencia: la lucha en el territorio y en lo que hace posible la autonomía. Virginia Woolf siempre entendió que su mejor aportación estaba dentro de la literatura,

que su lucha por ser era desde su oficio.¹² Lo dice de manera clara y brillante Tamara Tenenbaum:

Aunque haya pasado a la historia como texto feminista, *Una habitación propia* es antes que nada un ensayo de crítica literaria, y uno que se siente muy urgente (eso tiene, sobre todo, de texto feminista, aunque la urgencia no refiera solo a la conquista de derechos); ese espíritu, esa pregunta incómoda por la época, es lo que más me llamó la atención en esta relectura que estoy haciendo para traducirlo. No recordaba, por ejemplo, que hablaba tanto sobre las consecuencias de la Primera Guerra Mundial, sobre el sentimiento de habitar el después del fin del mundo. Igual que Adorno después del Holocausto, Virginia Woolf se pregunta si la guerra no habrá acabado con la poesía, e incluso con el romance; igual que otra gente se lo preguntó después de la caída de la URSS o del Muro de Berlín, o de las torres Gemelas, o de la pandemia. Nunca deja de sorprenderme el hecho sencillo y desnudo de que es como dijo Dickens, todos los tiempos son el mejor de los tiempos y el peor de los tiempos, todos sentimos que vivimos el post y el pre del peor apocalipsis de todos, una era sin esperanzas en la que todo lo bello se ha terminado.¹³

Nominalizar es la tarea, pronominalizar también, devolver el ser a palabras y objetos, a la mente y a los seres vivos. Nominalizar es reordenar ese mundo que, Woolf no lo vería, solo lo escondería como fondo de la vida de un spaniel, Flush, se pondría a prueba entre 1939 y 1945 mediante las armas y entre 1952 y 1989 combinando armas y violencias alternas.

Más allá de una coyuntura de expresiones ecologistas, de una reyerta más de ideologías, la nominalización (pronombre y sustantivo) que Virginia Woolf propone es una refundación del lenguaje y una redefinición de la distancia o cercanía entre nosotros, entre nosotras, y otras especies.

¹² «Sus admiradoras feministas la exaltan por ser la profetisa de *Una habitación propia*, olvidando a veces que ella quería esa habitación para leer y escribir», Harold Bloom, *Genios*, p. 405.

¹³ Tamara Tenenbaum, «Habitando mi época».

Fuentes

Bloom, Harold, *Genios*, Anagrama, Barcelona, 2002. Freedman, Ralph, *La novela lírica. Hermann Hesse, André Gide, Virginia Woolf*, Barral, Barcelona, 1971. Muñoz Muñoz, Mónica y Alejandro García, «“La suave Patria”: otro camino de una pasión: el yo», inédito. Sverker, Johansson, *En busca del origen del lenguaje*, Ariel, Barcelona, 2021. Tenenbaum, Tamara, *El Diario*, 7 de mayo de 2023, versión digital: “Habitando mi época”. <https://www.eldiarioar.com/opinion/habitando-epoca_129_10182031.html>. Jesús Rubio, *Virginia Woolf*, Madrid, Perymat, 2005. Woolf, Virginia, *Flush*, Madrid, Salvat, 1982. Woolf, Virginia, *Horas en una biblioteca*, Planeta, Seix Barral, Austral, México, 2019.

Ouse, 1941

Lorena Muro Chávez

Cuánto he deseado la lluvia en el frío rostro de la noche inmortal... el terciopelo húmedo de lirios cayendo hacia los ojos del río helado, una voz que murmura el sepulcro desvelado entre duelos interminables y lóbregos vacíos.

Eres la llama que alivia el tedio de mis ocultos delirios somníferos, un refugio en la penumbra efímera donde creció el canto de mi alma, y acaso dejaría que tus labios tocaran las auroras violáceas en el ocaso del tiempo inmutable.

Tan solo permanece un aliento vivo de la eternidad esperando narcisos en primavera, guardando el espíritu en la psique de mi abandono. Fantasma cautivos en la inquieta oscuridad de mi memoria, desprendiendo olas que danzan sin temor al cuerpo inerte. Un antídoto secreto observando solitarias violetas desde el centro del bosque salvaje, donde florece la belleza intacta de sus alas con la brisa del océano femenino.

Me quedaré en la habitación propia que el jardín de mis reflejos creó desde las sombras. En la metamorfosis que torna en profundas rebeliones el dócil miedo de mi infancia. Escaparé del páramo sembrado en el pecho de un ave enjaulada, sintiendo el rocío diáfano de pétalos cristalinos al tocar la libertad recóndita, y el perpetuo abismo de mi alma volará hacia los confines áureos del pacífico horizonte.

Lágrimas de guerra

Eugenia Nájera Verástegui

*Cierre con llave sus bibliotecas si quiere,
pero no hay puerta, no hay cerrojo,
no hay candado que usted pueda ponerle
a la libertad de mi mente.
Un cuarto propio, Virginia Woolf*

Ya no podía concentrarme para escribir más. *Las olas* me arrastraban. No había guía; *Al faro* estaba apagado. Cuando llegaba la noche tenía miedo de que «el horror» me atrapase hasta en mis sueños. Estaba desorientada, tirada en el piso, todo el edificio se cimbraba. Se escuchaban explosiones. Al salir, la gente trataba de huir con algunas pertenencias. Traté de correr, aunque no podía, fallaba mi equilibrio. Mis manos temblaban, aún y estando abrigada el frío era insoportable. En el exterior todo era caos: heridos, ancianos, madres con sus hijos envueltos en sangre, susurros, llantos, personas que agonizaban y gritos desgarradores.

Muerte, esa palabra retumbaba en mi cabeza como un eco que martillaba mi ser. Una voz me decía que había escapado de la lista. Aun así, la muerte se volvió mi acompañante. A veces algo cálido inundaba mi corazón: Vida. Sin embargo, también seguía ahí el miedo. Luz y Oscuridad. Muerte y Vida se enfrentaban en una noche sin fin y yo estaba ahí, entre dos guerras. ¿Por qué? No comprendía por qué ocurría toda esta destrucción. Un fuerte dolor de cabeza llegó, fue tan intenso que caí de rodillas. Un nuevo bombardeo hizo añicos los vidrios, todo se llenó de humo y terror. Esta no era mi guerra. Mi pecho dolía. Me desmayé.

En vez de despertar, vino un sueño: recorría las calles, caminé entre el lodo, había boquetes, casas destruidas, una pequeña niña de caireles que portaba lo que debió ser un hermoso vestido de holanes con encajes, estaba ensangrentada y sucia, lloraba abrazada a su mascota muerta. Los daños no solo eran materiales, el verdadero daño era el causado en el alma de familias rotas. En el aire ya no se percibía la fragancia de las flores. Miedo, eso era lo que el viento traía consigo y nos envolvía.

Todo fue causado por la atroz desigualdad en el poder, por la ambición de unos cuantos hombres con ardientes deseos de ser falsos héroes de guerra. Humanos que perdieron su humanidad. Cenizas de destrucción y muerte. A esto se redujo todo.

A unos metros de distancia, en medio de aquel lugar desolador, encontré anémonas rojas,

azules y moradas. Me recordaron el estampado de un vestido de mi madre. También me evocaron a mi jardín... mi pequeño huerto... mi hogar ya destruido. Entonces, un estruendo seguido de un resplandor cegó mis ojos. Cuando pude volver a ver estaba en una recámara. Había despertado. Unos pájaros revolotearon y se posaron en la ventana, con sus picos acomodaban sus plumas. La luz y la brisa matutina primaveral hoy era muy distinta a los días de antaño.

Mi mano izquierda estaba sobre mi pecho con una de aquellas flores que vi en el sueño y de mis ojos brotaron miles de lágrimas. Una más de las constantes jaquecas y pesadillas desde el bombardeo. En el mundo ya no había sol, todo estaba oscuro, quebrado y roto. ¿De qué nos sirve escapar de la muerte, si somos cadáveres andantes? Me levanté y me puse botas y abrigo. El miedo seguía abrazándome. Me senté en la mesa junto a la ventana. Los susurros han regresado. Busqué unas hojas, sobres y comencé a escribir. Las rocas son muy pesadas. Ya he terminado las cartas. Esta mañana iré a dar un paseo y las piedras serán mi compañía.

Breve historia y aportaciones de Virginia

Dulce María García Mireles

Adeline Virginia Stephen, mejor conocida como Virginia Woolf, es una escritora que nació en Londres el 25 de enero de 1882. Hija del reconocido escritor Leslie Stephen y de Julia Prinsep Jackson, convivió con sus medios hermanos, producto de los matrimonios anteriores de sus padres. Gracias a que su familia pertenecía a una clase media-alta, desde joven llevó clases particulares. Influenciada por la trayectoria literaria de su padre, decide dedicar su vida a las letras.

En 1912 contrae nupcias con el adinerado economista Leonard S. Woolf. La unión de estos dos personajes importantes trajo consigo la creación de Hogarth Press, editorial registrada en el año 1917 y en cuyo sello fueron impresas grandes obras de la época. Con la editorial a su disposición, Virginia se abre paso para buscar colegas y aliados en el camino de la literatura y al poco tiempo publica sus primeras novelas y cuentos, como: *Kew gardens* (1919), *Monday or tuesday* (1921), *El cuarto de Jacob* (1922), *The new dress* (1924), *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927), *Orlando* (1928), *Una habitación propia* (1929), *Las olas* (1931) y así sucesivamente hasta completar una extensa variedad de libros.

Según Rebeca García Nieto, la vida de la autora fue atormentada por su terrible enfermedad mental, el trastorno bipolar. La manera en que se suicidó tiene significados profundos, trágicos y tristes. Al parecer estaba todo bien pensado, su muerte sucedió justo cuando terminó su obra *Entre actos*, luego de escribir su carta de suicidio y finalmente introducirse en un río con su abrigo lleno de piedras y así darle fin a su tormentoso padecimiento. Las posibles causas del trastorno son la muerte de sus padres cuando ella aún no llegaba a la etapa de la adolescencia y la tristeza de no ser una hija deseada. La enfermedad fue avanzando libremente, ya que para su época no había un medicamento para tratar la bipolaridad.

Al momento de publicar sus primeras obras, Virginia es identificada por su peculiar e interesante forma de escribir; estas cualidades la llevaron a hacer una de las mayores exponentes de la literatura del siglo XX. Sobre las características de sus obras, García Nieto explica:

Ha sido objeto de múltiples tesis doctorales debido a su capacidad de introspección y su habilidad para escrutar minuciosamente sus pensamientos. Además, su estado mental está ampliamente documentado a través de sus diarios y obras de ficción, lo que la hace atractiva a los ojos de psicólogos y psiquiatras.¹

¹ Rebeca García Nieto, «Virginia Woolf: Caso Clínico».

En su familia se respiraba un aroma de envidia, esto a causa de la rivalidad de las hermanas. Virginia acudió a la fantasía como un medio para escapar de la realidad. A la temprana edad de trece años, tuvo su primer episodio depresivo a causa de la muerte de su madre y en 1904 su padre murió. Gracias a que su esposo llevó registro de los comportamientos poco comunes de Virginia, se concluyó que padecía de trastorno bipolar.

García Nieto también habla sobre los personajes principales que comparten una especie de monólogo interior en la conversación del yo con el yo mismo en las obras:

La técnica empleada por Woolf es una variante de la «corriente de conciencia» popularizada por James Joyce o William Faulkner (*El ruido y la furia*). En el ámbito de la psicología el término fue introducido por William James.²

El día 28 de marzo de año 1941, en la ciudad de Lewes, los ojos de la autora se cerraron para siempre. Woolf no solo será recordada por sus grandes novelas, sino también por sus reseñas, diarios, artículos culturales y algunas hojas sueltas que estaban guardadas para la posteridad. El encargado de recopilar y de dar a conocer esas producciones fue Leonard S. Woolf, su esposo. Álvaro Guillén comenta:

La cuestión de la biografía y de sus posibilidades artísticas ocupa una posición central dentro de *Horas en una biblioteca* y de la obra woolfiana en general. No es sorprendente que, aparte de los retratos biográficos, se incluyan ensayos como *El arte de la biografía o La nueva biografía*, en los que se urge a renovar la forma en que explicamos a las personas y a abandonar la visión materialista de la vida para así llegar a una biografía basada en lo privado, en los momentos decisivos que marcan a las personas y forjan su personalidad.³

El simple hecho de que la autora naciera en los úl-

timos años del siglo XIX y muriera en la mitad del siglo XX hace imaginar todos los acontecimientos históricos que pasaron durante ese periodo; uno de los más importantes fue la Segunda Guerra Mundial, y para las personas que vivieron durante esta etapa no fue fácil ver a toda una nación desplomarse de manera literal y figurativa. También Virginia supo de los acontecimientos que pasaban en otras partes del mundo, sucesos como el triunfo del socialismo en Rusia (1917), el psicoanálisis (1896), el descubrimiento de la insulina (1923), el hundimiento del Titanic (1912), entre otros.

Por otro lado, una situación extraña para los hombres en los siglos anteriores (XIX y XX) fue el acto de permitir a las mujeres hacer actividades que les brindaran placer, como lo son dejarlas vestirse conforme a su estado de ánimo, estudiar, dedicarse a actividades recreativas, explorar su sexualidad, votar, postularse en algún partido político, etcétera. Bertha Rivera hace hincapié sobre este tema, explicando que

En tiempos de Virginia Woolf las mujeres no podían votar, un hecho que va más allá de la acción de meter una papeleta en una urna, que no pudieran votar significa que su opinión ni contaba ni importaba. Por eso la defensa de este derecho se convirtió en una batalla fundamental en el camino de la mujer hacia una igualdad legal que no llegaría hasta avanzado ya el siglo XX.⁴

Las mujeres pioneras en exigir derechos al Estado lucharon con valentía y suma resistencia, sobrevivieron actos atroces como su desaparición por culpa de los hombres en altos niveles de poder, asimismo, eran llamadas de manera despectiva. Aun poniendo en riesgo sus vidas, siguieron adelante hasta que sus deseos se volvieron realidad. Sus actos de valentía seguirán siendo recordados porque contribuyeron a que las mujeres hagamos las actividades que aspiremos.

Luchar por un trato digno nunca fue ni será trabajo fácil, por ello, con la ayuda de la investigación

² Rebeca García Nieto, Virginia Woolf: Caso Clínico.

³ Rebeca García Nieto, Virginia Woolf: Caso Clínico.

⁴ Berta Rivera, «10 Hechos históricos, y algunos inventos más, acontecidos en tiempos de Virginia Woolf».

de Antía Castedo, hay que recordar las actividades prohibidas para las mujeres hace un siglo. En aquel tiempo, algunas exigencias eran: una señorita debía vestirse con ropa sobria, en caso de romper esta regla eran llamadas vulgares o provocativas; no podían administrar sus bienes en el matrimonio, los hombres eran los encargados de llevar el dinero al hogar, no tenían derecho a abortar con libertad (tema que es vigente en pleno siglo XXI, porque no en todas partes del mundo hay recursos para un aborto libre de dolor y de críticas hacia la mujer) y por supuesto el derecho al voto para la mujer no existía.

A pesar de que el voto era una acción benéfica para las mujeres, este no fue permitido de manera simultánea, sino que fue conforme lo permitían los gobernantes de cada país, así lo sostienen Antía Castedo: el voto femenino fue permitido por primera vez para todas las mujeres en Nueva Zelanda en 1893, Reino Unido lo hizo en 1918, aunque solo para mujeres de más de treinta años y que cumplieran (ellas o su marido) ciertos requisitos de propiedad. El primer país donde pudieron votar las mujeres en la región fue Uruguay, en julio de 1927; siguió Ecuador, en 1929, y se convirtió en el primer país latinoamericano en consagrar en la ley el voto femenino, aunque solo para las mujeres alfabetizadas mayores de veintiún años.

Nuestra autora es de las primeras mujeres que a inicio del siglo XX cuestionó el papel de la mujer en la sociedad, dudó del sistema patriarcal y juzgó los estereotipos. Virginia se pregunta ¿por qué las mujeres no estudian? ¿Por qué no cuentan con un estatus de autoridad como los que tienen los hombres? ¿Por qué se le niega a la mujer el derecho a escribir? Todas estos cuestionamientos y otros más son respondidos en su importante obra *Una habitación propia*.

El corto y profundo ensayo de Virginia Woolf, en ciento cincuenta y cinco páginas (varía según la edición) habla de las actividades que puede o no realizar una mujer. Esta obra se toma como referente de la vida de una joven que vive en los principios del siglo XX. La protagonista de la historia (o ensayo) es una señorita que estudia en una universidad de gran estatus, el nombre de la intérpre-

te es omitido por la autora: «[...] llamadme Mary Beton, Mary Seton, Mary Carmichael o cualquier nombre que os guste, no tiene la mayor importancia».⁵ No nombrar a un personaje hace que algunas lectoras se sientan más identificadas. La protagonista es una chica que es fan de examinar la razón de los acontecimientos que la rodean, al ser una mujer afortunada de ir a la escuela, se cuestiona el por qué no dejan que más mujeres tengan la oportunidad de estudiar. Como temas centrales de la obra se sitúa la gran pregunta ¿por qué las damas necesitamos un lugar tranquilo, cómodo y propio para escribir? Concluye que una mujer necesita una habitación propia y dinero para escribir de una manera inspirada, tranquila e independiente. Virginia le da el poder a cada protagonista de sus novelas. La ausencia de un trato digno a la mujer trae como consecuencia que las mujeres piensen, analicen y se liberen de las cadenas de una sociedad conservadora.

Las publicaciones de Virginia, especialmente su ensayo *Una habitación propia*, fueron y son una ráfaga de luz en el despertar de mujeres que aún no descubren esa visión feminista que necesitamos en nuestra vida diaria. En *Una habitación propia* podemos destacar muchos temas importantes, sin embargo, la emancipación de la mujer es el central.

No fue fácil conseguir el derecho a votar o el de exigir educación para las mujeres que se manifiestaban en las calles, pero fue justo y necesario pasar de pedir atribuciones a exigir derechos para todas las mujeres. El hecho de que las mujeres votaran fue el primer paso para que se llenaran de valor y exigieran un trato digno, como ir a escuela, decidir su futuro y otros roles que les den libertad y felicidad.

A pesar de que grandes autoras como Virginia Woolf, Simone de Beauvoir, Ursula K. Le Guin, Sylvia Plath y poetas como Erica Jong, Anne Sexton, Marge Piercy, Denis Levertov y Diana Wakoski inspiraran a muchas mujeres a liberarse de los estereotipos del patriarcado, nuestro trabajo de exigir no termina aún, hoy en día se puede ver en los noticieros o en las redes sociales cómo diaria-

⁵ Virginia Woolf, *Una habitación propia*, p. 11.

mente se cumplen injusticias como acoso, agresión sexual, agresión verbal e incluso feminicidios a mujeres de todas las edades. Como mujeres no nos queda más camino que buscar justicia y arrancarle al gobierno nuestros derechos.

Fuentes

Castedo, Antía, «7 cosas que las mujeres no podían hacer hace 100 años», *BBC News*, 2016. Recuperado de: <<https://www.bbc.com/mundo/noticias-38007110>>. Fernandez, Tomás y Elena Tamaro, «Bibliografía de Virginia Woolf», *Bibliografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*, Barcelona, 2004. Recuperado de: <<https://www.biografiasyvidas.com/biografia/w/woolf.htm>>. García Nieto, Rebeca, «Virginia Woolf: Caso Clínico», *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, octubre-diciembre 2004, n. 92. Recuperado de: <http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-57352004000400005>. Guillén, Álvaro, «Más allá de lector común», *InfoLibre*, 7 de octubre de 2016. Recuperado de: <https://www.infolibre.es/noticias/los_diablos_azules/2016/10/07/virginia_woolf_mas_alla_del_lector_comun_55856_1821.html>. Rivera, Berta. «10 Hechos históricos, y algunos inventos más, acontecidos en tiempos de Virginia Woolf», *Beisbook*, 13 de enero de 2018. Recuperado de: <<https://beisbook.com/must-know/historia-facts/10-hechos-historicos-y-algunos-inventos-mas-acontecidos-en-tiempos-de-virginia-woolf-1301107/>>. Woolf, Virginia, *Una habitación propia*. Madrid. Austral. 2016.

A Virginia Woolf

Itzel Guadalupe Núñez García

Ojos con pupila de papiros en blanco,
aguardan la esperanza,
una mano amiga que trace la historia liberadora
por lo pronto solo contienen lágrimas.
Esperan la habitación propia
y un pan que dure mil años
para apaciguar a los demonios internos
que hasta ahora solo se alimentan del ruido propio.
No hay espacio para el pensamiento fructífero
ni fuerzas para la lucha.
¿Decepcionados?
Hay ojos que se prohíben cristalizarse
soñando con las palabras de quien aman,
maullidos de gatos, ladridos de perros.
Los mantiene a flote un único anhelo:
algún día escribir donde las olas rompan.
Por lo pronto el silencio. La mirada analítica.
La vida de las historias que siguen sin contarse;
dan vueltas pero no se plasman,
esperan una mano amiga que trace la historia liberadora.

Alambique

Antes de que se enfríe el té del pensamiento. Una carta a Clarissa Dalloway

Anel Guerrero Rodríguez

Sí, Clarissa, ya irías tú por las flores. Te pediría ranúnculos para mí, pero eso es irrelevante. Las flores eran la excusa, igual que lo era tu fiesta, para algo más. Pobre Clarissa, pero no porque no tengas dinero, sino porque todos nos atormentamos, y ni tú te escapas de eso. En el camino entre tú y las flores, camino corto en ese Londres de principios del siglo XX hay, sin embargo, espacio para el abismo, para las dudas. El pasado, la memoria, las preocupaciones, tanto, en fin, que para cuando vuelves a casa y encuentras a Peter Walsh, y hablan, y se juzgan mutuamente ya has visto, sentido y pensado, a tal grado que acaso es imperioso regresar para entenderte (¿Era eso, Virginia?, ¿eso del punto en la cabeza?, ¿por eso Peter piensa esas cosas de Clarissa y ella lo sabe al grado de creerlas un poco y, a su vez, él lee en su cara los juicios que hace y por eso se enoja así?).

Siento, Clarissa, que te alejas de ser la señora Dalloway, que por momentos te desconoces, y me pregunto, ¿será así el ser mujer? Porque reconozco el sentimiento. Sabes qué vestidos debes ponerte e intuyes lo que la gente piensa de ti al entrar en una habitación tan solo con echar un vistazo rápido. Sabes, por una mezcla de adivinanza y educación tácita, qué se espera de ti, y eso, claro, debía ser más marcado en tu sociedad, Clarissa. El voto femenino estaba, después de todo, en su más tierna infancia; la guerra, que había dejado a esos hombres en el limbo, como fue el caso de Septimus Warren Smith, esa misma guerra exigía cosas de las mujeres que yo hoy no sería capaz de entender del todo; exigía actuar con naturalidad, levantar el ánimo, trabajar, austeridad, apoyar a esposos, hijos, hermanos y padres. Por eso te alejabas en ocasiones de ti misma y te extrañaban cosas como tu pelo... y, ¿quién te dijo aquello? Aquello, que seguro ha pensado alguien de mí, y por eso se me grabó tanto... ¡mojigata!, eso era. Pero, ¿quién fue?

Dime, Clarissa ¿cómo no iban a juzgarte así de insensible si tú vas y eliges a Richard? A Richard Dalloway ni más ni menos, que ahí donde lo ves, tan serio, con el sentido del deber más cercano a un perro que a un hombre con pasiones, se las arregló para que fueras Clarissa Dalloway, sabes que eres *La Señora Dalloway*, esa que dijo que compraría las flores. ¿Entiendes lo que trato de decir, Clarissa? Desde la comodidad de mi siglo muero por decirte que debiste huir al campo con Sally Seton, antes de que ese granjero (¿era granjero? Vivía en el campo con Sally, eso recuerdo) hecho a sí mismo y a quien de cualquier forma despreciarías,

lo hiciera. Debiste salvar a Sally Seton de ser Lady Rosseter, Clarissa. ¿Para qué ibas a desgastarte entre Peter Walsh que tan te desprecia por cambiar que lo aborreces y tan te adora que lo invitas a tu fiesta? ¿Para qué con Richard, si tu hija Elizabeth iba a preferirlo a él sobre tus comentarios sobre su vestimenta y su actitud, sobre esa fiesta a la que tú misma le perdiste el sentido y el gusto? Solo estoy especulando, no lo tomes a pecho. En el fondo te entiendo.

Reflexiono eso, Clarissa, que te entiendo. Es mitad de los veintes del siglo pasado, hubo una guerra y como si no suficientes cristianos se hubiese llevado, también los sobrevivientes quedaron en ese limbo entre la vida y la muerte. Aún así me pregunto por qué te enoja que mencionen la muerte de Septimus, joven al que no conocías (y al que, sin embargo, te pareces tanto al pensar en la muerte), solo porque lo dijeron en tu fiesta. ¿Qué cosa, dime, evades queriendo ser el centro de atención hasta contra un hombre que se acaba de lanzar de la ventana, acechado como lo estaba por la guerra, olvidándose de Rezia, que, pobre ella también, dejó Italia por el solemne soldado inglés a quien ya no le quedaba mente para vivir? Rezia sin Italia, ya no era ella; tú sin Sally, no eras tú y de ella solo te quedaba el recuerdo del testimonio de ese beso robado que ninguno de ustedes creyó, pese a que el acusado era igualmente despreciado por Peter, por Richard y por ti.

Y fue Peter, ya me acuerdo, el que te dijo moji-gata, fría e insensible. ¡Y aún lo quieres! Entiendo, el corazón quiere lo que quiere y, en tu defensa, lo dijo porque lo dejaste sin el placer de ser Clarissa Walsh. Pero dime, y sé honesta, si Peter hubiera tenido el dinero de Richard, ¿lo habrías elegido con todo y su carácter demoníaco? Ay, Clarissa, ni digo nada, mejor. Me alivia que mínimo Richard es tan solemne que te deja un poco en paz, eso se lo concedo.

Pienso también en ese odio que dices sentir por la señorita Kilman, mujer pobre (y ella sí pobre de verdad) y titubeo si acaso será envidia. Está educada y sabes que tú no, que ella sí, e instruye a tu hija y, bueno, ella tampoco te considera santa de

su devoción, porque, opina, tu frivolidad está mal y quieres hacer de Elizabeth otra tú, pero yo creo que es cuestión de entenderse, Clarissa. Mira, te consuelo. En este, mi siglo, puedes tener vestidos bonitos y puedes ir a la biblioteca. Sí, puedes ir a la biblioteca con un vestido bonito. Puede que Elizabeth igual que yo viera lo absurdo de tu silenciosa disputa con Kilman y tal vez se propuso abrir una biblioteca a la que solo se entra con vestidos bonitos.

Es decir, Clarissa, que el mundo es grande y no eres el centro. Eres el centro, cuando mucho, del tuyo. Y así cada quien del suyo, según las percepciones individuales, que son tan solo eso, Clarissa, percepciones. El centro es tu fiesta, pero solo porque la enmarca el libro. Mañana, y lo sabes, cuando el servicio doméstico siga recogiendo copas y platos, cuando escribas la correspondencia y mires por la ventana, abstraída, como hacen todos los de tu clase en Londres, antes, después o durante el té de las cinco, habrá que enredarse y desenredarse de nuevo la cabeza, tirar del hilo rezando (¡por Dios!) para que no se venga la madeja entera.

Ay, espérate, déjame escribir, chingado (Sí es cierto, Virginia, eso de la habitación propia, porque entre que me hablan y me dicen algo que ahora no recuerdo, algo que no oí bien sobre la canela y ponerle azúcar o sobre arrimar no sé qué a la mesa, se me fue la idea y ya no supe si era una buena idea o si de todas formas la iba a desechar; pero, en todo caso, lo que me genera impotencia es que ya no estará en mí la elección de si vale o no la pena el pensamiento, sino que se fue y se enfrió como se me va a enfriar la canela).

Clarissa, yo te entiendo, a mí también se me escurren los pensamientos, te lo repito: es como si en el camino de la cabeza a la tinta sobre el papel se abriera un surco del tamaño del universo, como si el dolor de muñeca fuera, de repente, igual de importante que el flujo de conciencia, o el modernismo, o cualquiera que sea el tema que quería tratar antes de que mil temas más se hicieran urgentes, antes de que la mente fuera ruido y recordara que no llené la jarra de agua, que debí anotar las correcciones (comentarios, sí, comentarios) de hoy

en clase, de que me preguntara si el desayuno de mañana será hecho por mí o comprado o recordar poner la alarma o recordar que debo levantarme antes de la alarma, pero comerme ahora la gomita de melatonina para no despertar a las cuatro con la mente corriendo a mil con estas ideas que me abordan desde ahora y que, pensándolo bien, ni ideas son. Son trozos de vida, creo, que se me cuelan por los sentidos, que se me atorán en la memoria y conforme se juntan unos se liberan otros y ahí estoy hablando del almuerzo (de mi almuerzo) en vez de escribir algo sobre ti, Clarissa. Algo, lo que sea que fuera ese pensamiento que o se me fue o nunca existió y mezclarlo con mi tiempo, pensar algo valioso y enseñar algo valioso y no desear con ansias irme a dormir.

Sé, sin embargo, Clarissa, que estas cosas te tienen sin cuidado. Y mientras lady Bruton... ¿qué? Ah, no me manden mensajes, estoy en medio de esto con Clarissa. Sí, ya: mientras lady Bruton pensaba en la guerra y en el imperio, en el *Times* y en cómo ordenar sus ideas para enviárselas al *Times* (siempre con el respaldo de algún hombre de mente racional, como ella piensa), tú, Clarissa, pensabas en tu fiesta, en los invitados, en las no invitadas que Richard te haría invitar y, por supuesto, en Sally Seton.

No te estoy reprochando, Clarissa. Dudo que fueras creada para ser reprochada. Eres una mujer y te gusta hacer fiestas: es lo que sabes hacer, tú lo has pensado, no yo. No te reprocho, de nuevo, y sería simplista hacer ese comentario de cómo mujeres como la señorita Kilman, lady Bruton, tu hija

o esa adoración tuya de juventud que es ahora lady Rosseter sean mejores que tú por no entenderte. No, no es eso, Clarissa. Todas ustedes son distintas y piensan cosas distintas. Se abstraen, creen, juzgan y se ven de formas diferentes, pero, Clarissa, lo cierto es que todas ustedes son mujeres y es una maravilla que hayan sido confeccionadas desde el nombre hasta su más profundo pensamiento por una mujer convencida de la necesidad de que las mujeres escribieran y que lo hicieran sobre sí mismas. Ahondarse, quiero decir, en un vistazo propio, una clase de abrazo que fuera honesto, femenino, sí, pero universal. Que las hiciera distintas, que las usara para señalar ese punto en la nuca de los hombres que, bien dice ella, ellos jamás verán por sí mismos. Y que lo que las uniera fuera más profundo que un vínculo aparente, que sus relaciones fueran como la vida: enredada, entropía, más fruto de la casualidad que del orden de los hechos. Que sus pensamientos se conectaran de tal forma que la línea que separaba los tuyos de los ajenos se redujera apenas a un par de palabras, que esa mezcla recordara que no hay centro, Clarissa, solo tiempo e ideas que se unen, a veces, por cosas como tu fiesta.

Ahora que sabes cómo me siento, esperando no haberte causado un desaire, recuerdo que la principal razón por la que te escribo es para agradecer tu cordial invitación y confirmar mi asistencia a tu fiesta. Ahí estaré, Clarissa. Con mi mejor vestido y quizás con un libro bajo el brazo. Ah, y tenlo por seguro: no olvidaré admirar las flores que fuiste a comprar.

Develar un misterio, la sobrevida del olvido. Un acercamiento a la muerte en *Las olas*, de Virginia Woolf

Rosalba Anahí Rodríguez Haro

*He de partir
no más inercia bajo el sol
no más sangre anonadada
no más fila para morir.*

Alejandra Pizarnik, «La última inocencia»

La muerte pereció tantas veces que poco a poco se nos ha olvidado que está ida. Ida en los mares, serpenteantes de tanto arrullo; ida en la frente de las nubes, nublada todavía por el sueño; ida en el viento, persiguiendo un destino que aún no ha sido imaginado. Sin embargo, me pertenece tanto... Y no la veo, pero he muerto tantas veces que siento el sabor de su respiración debajo de mi lengua, ahí donde habitan las palabras. Y no la veo... ¿Es que me ve ella? A mí, que corro en la oscuridad buscando alivio. A mí, que divago en el límite de las palabras y araña, casi desde la urgencia, el sentido de la verdad —verdad que no es mía ni de nadie, verdad inventada por la sed—.

Ayer morí, todavía no recuerdo cómo. Se devuelven imágenes a mí, como si acaso yo fuera la cuna, el vientre y origen de sus partículas, e invocan al olvido. Siempre mío —y de todos, y de todas—. Pero antes de mi muerte, la única que no se esfuma todavía, existieron tantos olvidos primeros. La mente ha sido buena conmigo, me ha redimido de culpas, de heridas, de sangres ajenas que me pertenecen desde la punta de los dedos al límite de la vista —viva todavía—. Viva y mía.

He de morir de nuevo para no recordar el ayer que me tocó los huesos con una fina pluma, pluma del aire y del doloroso tiempo, que me arrancó las astillas suavemente para llevarlas a la tierra, casi como alimento de fantasmas y palomas. Alimento muerto —y vivo, siempre todavía—. Yo que morí y que sigo aquí, transparente y asqueada, cada vez más débil, con menos carne en mis propios huesos. Rasposa, raspada. Yo que morí y que sigo aquí, te conocí a ti, que cargas en tus labios un adiós impronunciable, sobrecargado de palabras suavemente plantadas en tus dientes, y me dices que el olvido está en la tierra, mecido aún por manos niñas. Y yo te creo. Le creo a tus labios, al agua de tu boca, y me siento más aquí que en el reverso del espejo: parte olvidada (olvidada por los ojos, casa de los muertos).

Pero me pregunto, cada que se hace de noche y te vas, cuántas muertes han de habitar el pasado para que sea olvido. Ansiosa del final, ansiosa del precipicio que me impide, más como muro que suelo alto, continuar. ¿O es más bien que los olvidos habitan la muerte hasta que, sobre todo, es muerte (oscuridad sin

cambio)? Me pregunto, voraz ahora, cuántos olvidos son suficientes para que sea el último y que no me recuerden.

Sé que hay cientos de vidas que se reúnen en mi piel cada que respiro. Son sobrevidas. Lanzadas a mí como si acaso las estuviera exigiendo (ansiosa, de nuevo), pero yo no tengo palabras para pedir, ni siquiera para ver en lo que continúa imágenes desconocidas. Después se me incrustan sobreolvidos, uno dentro de otro, cargados de perpetuidad. ¡Y yo que estoy vacía! Ayer morí. Perennemente muero y estoy vacía.

I. Primer olvido

Virginia Woolf (1882-1941) publica en 1931 *Las olas*, la última obra que sería tocada por sus manos, pues muere diez años después, y pese a que hubo una obra póstuma, críticas y críticos de la literatura enmarcan *Las olas* como su carta autorreferencial. Contiene seis monólogos que, aunque permanezcan internos a lo largo de la historia, se entrecruzan entre sí. Casi como si se pensaran para ser escuchados —y no—.

Entre los personajes, Rhoda es la voz palpitante, prolongada de Virginia. Rhoda, dueña de los océanos que surcan su mente, dueña de las hojas amarillentas de los árboles grabados en su piel y, aun encima de los paisajes que se anidan en su voz, carente de rostro. Muda. Escondida en la superficie. *Mis olvidos son los tuyos, Rhoda. Estos que se entregan a las dos sin merecerlos siquiera. Mis muertes son las tuyas, veloces, incendiadas, crujientes para quien las pisa.*

Antes de su última muerte, vivió muchas otras llamadas olvido, tantas que permanecieron cerca, atadas todas juntas; y, sin embargo, nadie las vio. La primera de ellas surgió cuando Percival, silencioso actante que, aunque no participe de manera directa en los soliloquios, es nombrado: renombrado por los otros. Pero muere, porque todo debe morir antes para que después muera el Yo.

Por fin ahora voy a poder entregarme, librarme a mi dolor. Ahora me entregaré toda entera a mi deseo, continuamente reprimido, de perderme, de ser consumida. Galoparemos juntos a lo largo de las colinas desiertas donde la golondrina sumerge sus alas en estanques sombríos y

donde se alzan las columnas solitarias. En medio de la ola que se precipita sobre la ribera, en medio de la ola que esparce su blanca espuma sobre las orillas más perdidas de la tierra, arrojo estas violetas, mi ofrenda a Percival [...].¹

Vladimir Jankélévitch (1903-1985), filósofo francés, escribe que la muerte en segunda persona es nuestra muerte propia.² Es interesante pensar en la posibilidad de que todas las muertes que vivimos, y no son nuestras, nos pertenecen, pero más interesante aún pensar que la del Yo no es del todo nuestra, sino de los otros, aquellos que se quedan para presenciar la omisión de una voz que antes fue, pero ahora no. Entonces, si no nos pertenecemos en nuestra propia muerte, no nos hemos de pertenecer nunca. *Para mí no habrá silencio, porque el oído se habrá ido antes.* Mientras tanto, mientras las muertes de otros acontecen como sucedió la de Percival, una parte nuestra se muere en la primera experiencia. Y sucede el primer olvido. El olvido de la presencia conjunta, de las palabras ahora perecederas, del Yo compartido.

Pero el primer olvido no sucede a la par de la primera muerte, pues están los recuerdos. Es una pausa, largo sosiego decidido para que no se desprenda el vaho de la última ola. Hay que articular el recuerdo por necesidad, llamarlo por su nombre, por su rostro. Sin embargo, cuando la representación se formula desde la palabra, esta también muere. *Todo está hecho para fenecer.* Lo dice Jankélévitch: «Cuando se consiente en llamar las cosas por su nombre, el riesgo se llama muerte».³ *Te pronuncio para devolverle tu sentido a la vida*, y, sin embargo, en el espacio del acto la palabra perece (la palabra y el sentido auténtico); la muerte consigue una nueva muerte: un nuevo olvido. Y el sobreolvido se alarga, casi como si se pudiera estirar el mar con las manos de la boca —el mar que es tanto—.

Entonces entrevemos nuestra muerte cada que el sobreolvido acaece. Nos sometemos pasivamente a la noche porque ya todo tiene nombre —y mientras tanto, todo sucumbe—. No muere Percival,

¹ Virginia Woolf, *Las olas*, p. 76.

² Vladimir Jankélévitch, *Pensar la muerte*.

³ *Ibidem*, p. 24.

lo hace Rhoda y sus palabras, pues ella todavía no puede morir. Así que entrevé. Ve por las pestañas cerradas de la noche que el día continúa, aquel que después se va —y se olvida—. Entrevé lo que se apaga: una vida que es suya, aunque no le pertenezca.

II. Admitir la nada

Sucede después, para Rhoda y para tantas, tantos sin rostro, que la invisibilidad es un consecuente de la falta de imagen. Entonces llega la nada a partir de no sentirse percibida. El ser incorpóreo es el resultado de un olvido precedente y el rasgo ulterior es no ser tocada por el amor (espejo sin piel, sin fondo más que el mismo viento).

Jacques Derrida (1930-2004), filósofo francés, manifiesta que a través de la finitud del hombre y la mujer puede surgir la infinitud del amor, esto es: personificando el concepto abstracto, carnificándolo para amar así al otro, aquel que es infinito desde nuestra impresión.⁴ Comprender, así pues, la finitud del Ser por conducto del amor, confiere la certeza de la perennidad del Ser a partir de la falta-de, no obstante, desde el apego a la ternura se genera una sobrevida, y sin ella, quizá, un sobreolvido más: «¿A quién daré todo esto que fluye dentro de mí a través de mi cuerpo tibio y poroso? Voy a hacer una guirnalda con más flores para ofrendársela... ¡Oh!, ¿a quién?».⁵

Si entendemos, entonces, el sobreolvido como la continuación-de uno primero, quizá podría nombrarse sobremuerte. Es un misterio todavía. Sin embargo, en esta aproximación al olvido último, el Ser admite la nada. En admitir la falta, la imposibilidad, incluso, se admite la nada (infinita carencia y olvido). A su vez, Jankélévitch nos habla sobre otra forma de admitir la nada: «La muerte exige el sentido de la vida, ya que si debo morir y es la nada —si yo admito la nada—, entonces no voy a ninguna parte».⁶ Estaríamos hablando, como si acaso se pudiera, de una sobrenada. Quiero decir: la primera nada le pertenece a la ausencia de amor —enten-

damos la palabra no como necesidad-de, sino como una imposibilidad de finitud— y la segunda, esta que concibe la muerte como nada y, como consecuencia, la vida como principio de la nada.

Por lo tanto, hay que reapropiarse de la muerte. Quizá, aprehenderla como una experiencia anticipada, pues, si la muerte nos revela la nada y la vida es insignificante por la misma razón, entonces la vida pertenece al principio de la nada, pues nos esboza el segundo origen: en la reapropiación anticipamos la muerte (admitir y anticipar, quizá...). *He de esperar de la nada un soplo para saber que existe.*

III. Otro olvido

Rhoda es responsable de la muerte del otro. No lo es porque ella se revele como autora, sino porque, desde el aprender-a-ver-a-aquel o el percibir-a-aquel que obligan los vínculos, la muerte del otro es responsabilidad de quien le ve. *Te veo y existes; si te vas y te recuerdo, existes desde mi pensamiento. Todo lo que hay en mi mente es para ti, para tu significancia en el mundo; sin embargo, mueres. Mueres porque te veo.*

Ahora, es sustancial nombrar que la muerte del Yo, la muerte de Rhoda, sucederá, después de tantos sobreolvidos, por la responsabilidad de los otros. Esto es a partir del segundo que la percibe, aun después de haber sido nada todo el tiempo. Lévinas dice, a través de Derrida, que

[...] la responsabilidad no es ante todo la responsabilidad de mí mismo por mí mismo, que la mismidad del mí mismo se instaure a partir del otro, como si fuera segunda respecto a él, viniendo a sí misma como responsable y mortal desde mi responsabilidad ante otro, por la muerte de otro y ante ella.⁷

Sugerir que el otro es responsable de nuestra presencia está claro, el problema reside en el no-ver, el cual construye un puente inalcanzado por la reciprocidad. Rhoda ve a los otros, se sobreolvida a través de la pérdida, sobremuere antes de morir. *Eres vista y no. Te mueves y te tocan, ¿pero te han de sentir realmente? Te sientes olvidada y te olvidan, pero*

⁴ Jacques Derrida, *Dar la muerte*.

⁵ Virginia Woolf, *op. cit.*, p. 29.

⁶ Jankélévitch, *op. cit.*, p. 47.

⁷ Jacques Derrida, *op. cit.*, p. 58.

te ven, insuficiente desde tu piel. La sobrevida es solo consecuencia de la continuidad, continuidad que le corresponde a los otros, pues por ellos es. *No soy responsable de mí, pero sí de ti —y muero en el acto—.*

IV. La muerte

Luego, el deseo. La extensión del olvido develando la nada, próxima siempre, grillo eterno en los umbrales. Después de responsabilizar a la vista de la presencia del otro, al alma de la muerte del otro, empieza un olvido; pues somos, entonces —Rhoda es, entonces—, causantes de la muerte del otro. *Desde mi voz te creo; te desvaneces cuando me callo.* Luego, la mirada del otro, del que se queda, se extiende por encima de los pastos, pero no nos toca. Hay una invisibilización tan propia como consecuente de una falta-de, así pues, se crea una nueva intención de olvido:

Ya no toco nada: no veo nada. Podríamos caer y reposar sobre las olas. El mar golpeará en mis oídos. Los pétalos blancos se oscurecerán al contacto del agua marina. Flotarán por un instante y después se hundirán. Seré arrollada por una ola, otra me llevará sobre sus hombros. Todo se derrumba como una catarata gigantesca en la que me siento disolver.⁸

Han sido ya dos abandonos penetrantes. Rhoda devuelve su falta de rostro a una nada todavía no desconocida, la que termina en el inconsciente después. *¿Has de llegar a fundirte con el sol, tú sin rostro, tú sin luz? ¿Has de esconderte en el fondo de la tierra hasta que del lodo nazca un mar? ¿Cuánto te ha costado regresar al origen?*

En la *Historia de la eternidad*, Jorge Luis Borges hace referencia al libro de las *Enéadas* de Plotinio, quien nos dice que la materia es en sí misma irreal: «es una mera y hueca pasividad que recibe las formas universales como las recibiría un espejo; éstas la agitan y la pueblan sin alterarla».⁹ Rhoda ha sido, en todo caso, el espejo inmóvil de la naturaleza. En ella fluyen las olas de un río que, sin embar-

go, ha muerto desde hace tanto. Es entonces que, desde su pasividad como forma nimia del mundo, se condensa en lo que en su consumación es la nada. Rhoda es el cristal de una vida de ausencia, poblada y agitada tantas veces por la falta. Pausada, quizá. Dice también Plotinio sobre la materia: «Su plenitud es precisamente la de un espejo, que simula estar lleno y está vacío; es un fantasma que ni siquiera desaparece, porque no tiene ni la capacidad de cesar».¹⁰

Entonces, sobreviene un deseo. Si en la vida no hay espacio para la suficiencia, en la muerte está la suspensión del todo —del todo que es la nada. Esto surge a través de la locura, concepto utilizado a su vez por Derrida en *Dar (el) tiempo*: es el querer estar en otro sitio cuando se está en uno propio («(“las doce a las catorce horas”)».¹¹ *Ayer morí, todavía no recuerdo cómo, pero sigo aquí.* Y desde esta locura, desde la imposibilidad de estar-en una distinta nada, se sobreviene un nuevo olvido. *Me olvido, acaso, de que estoy aquí y de que permanezco allá. ¿Dónde nací otra vez?* Es un olvido dado y deseado, «¿Cómo se puede, sin locura, desear el olvido de lo que habrá sido? ¿Cómo desear el olvido?».¹² Ya no se trata solo de desear olvidar los sobreolvidos efectuados, sino también los que habrían sido. Es, pues, el todo del olvido. Luego, la fuga. El suicidio. *¿Dónde nací otra vez?*

V. Develar la muerte

La muerte no es un secreto. La muerte es un misterio. Está aquí, nadando suavemente en las palabras, en las voces, en la vista. Está en el día, a la luz de la inocencia; pero no hay forma de tenerla-sin-tenerla. La muerte no es un secreto. Es la consecuencia de un misterio. *Todo tiene el sentido del ocultamiento. También tú, Rhoda, por ser misterio y consecuencia de la vida.* Y la muerte tiene, sobre todo, en su inicio como vida, desdoblamientos: el olvido primero, el segundo que se promulga como sobreolvido y todos los que le continúan. Sin embargo, hay siem-

⁸ Woolf, *op. cit.*, p. 94.

⁹ Jorge Luis Borges, *Historia de la eternidad*, p. 23.

¹⁰ *Idem.*

¹¹ Jacques Derrida, *Dar (el) tiempo*, p. 42.

¹² *Ibidem*, pp. 42-43.

pre uno último, desprovisto de esperanza, de consecuencia. No es la muerte, porque al final, después de la muerte está el recuerdo, la *sobrerresponsabilidad* del que se queda: ya no es la primera responsabilidad, la de la vida, la que le pertenece al percibir-al-otro, —a-la-otra—; es la responsabilidad como extensión del recuerdo. Deshacer el recuerdo significa deshacerse de la vida: deshacerse, incluso, de la muerte. Es la inconsecuencia de lo continuo.

Todavía morí. No recuerdo cómo.

Fuentes

Borges, Jorge Luis, *Historia de la eternidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1974. Derrida, Jacques, *Dar (el) tiempo*, Paidós, Barcelona, 1995. Derrida, Jacques, *Dar la muerte*, Paidós Barcelona, 2006. Jankélévitch, Vladimir, *Pensar la muerte*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 2006. Pizarnk, Alejandra, *Poesía completa*. Debolsillo, Ciudad de México, 2018. Woolf, Virginia, *Las olas*, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Santiago, 1940. Recuperado de: http://biblio3.url.edu.gt/Libros/2011/las_olas.pdf

Caída

Alondra Rosales Gómez

Yo me caí en la vuelta de la esquina
y di una vuelta para quedar boca arriba
el cielo estaba azul y el señor de la camioneta, burlón
Aprendo todos los días que las heridas no se tocan
sobre todo, las que todavía palpitan
y no sanan bajo la ropa
Por lo general
«Yo vuelo sin alas»
pero suelo tropezarme cuando algo me da miedo
sea el tiempo
los saltamontes
los fantasmas
o el repentino encender de una camioneta en la esquina
El miedo palpita bajo la ropa
mi rodilla todavía no cicatriza
palpita la costra que no puedo rascar
porque a modo de regla
he optado por no tocar mis heridas
y cómo caigo

Conciencia lingüística y sexismo en el alumnado de la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas»

Alejandra Enríquez Gaytán

<http://orcid.org/0000-0001-6552-3150>

Resumen

El presente trabajo es una investigación sociolingüística que demuestra la falta de conciencia del sexismo lingüístico de los sujetos de estudio que pertenecen a las diferentes áreas académicas (Humanidades, Ciencias de la Salud, Ciencias Sociales e Ingenierías) en la Universidad Autónoma de Zacatecas «Francisco García Salinas» (UAZ). Los resultados, análisis e interpretación de los datos adquiridos de dichos individuos comprueban que, a pesar de encontrarse en un nivel educativo superior y pertenecer a una generación que aboga por la equidad de género, la reproducción y perpetuación del orden simbólico masculino persevera en la lengua y sus usos.

Palabras clave

Variación lingüística y extralingüística, Conciencia lingüística, Feminismo, Sexismo, Androcentrismo, Duales aparentes, Ergónimos, Paradoja de la doxa, Violencia simbólica

Introducción

El vínculo entre lo lingüístico y lo social ha sido estudiado desde la segunda mitad del siglo XX por la sociolingüística, pues el estudio de la lengua tomando en cuenta las variables sociales permite comprender mejor los sociolectos. Conforme se amplían los estudios lingüísticos se enriquece la visión de la lengua gracias a variables como la edad, la profesión, el nivel de estudios, el sexo/género. La lengua es un compendio de signos en las mentes de los miembros de una comunidad y en los productos culturales lingüísticos que se han conformado a partir de las tradiciones, las costumbres, las visiones hegemónicas, etcétera.

Aunque los vocablos *sexo* y *género* tienen una connotación diferente en áreas del conocimiento como la antropología, la sociología, la filosofía o, incluso, la biología, autores canóni-

cos como Humberto López Morales (2008) y Francisco Moreno Fernández (2009) explican que en la tradición sociolingüística no existe tal diferencia; en este trabajo, por coherencia entre los objetivos y la teoría, se hará referencia a la variable de *sexo/género* solo como *género*.

El binomio lengua y género ha sido fundamental en los estudios de la sociolingüística, pues es indiscutible la influencia que tienen los factores extralingüísticos y fenómenos como el androcen-trismo. Es innegable que la lengua es una plataforma de cultura desde el momento en que los hablantes son seres sociales construidos por la misma; los actos lingüísticos son producto del ideario cultural y de las diferentes microculturas a las que los individuos pertenecen, como se mostrará a lo largo de esta investigación.

El presente trabajo de análisis sociolingüístico tiene como objeto de estudio la conciencia del sexismo lingüístico de sujetos de las diferentes áreas académicas (Humanidades, Ciencias de la Salud, Ciencias Sociales e Ingenierías) en la UAZ. La conciencia lingüística se refiere al nivel de conocimiento que los hablantes poseen sobre la configuración lingüística de su propio tejido social,¹ en este caso, enfocado en saber hasta qué punto los hablantes son conscientes del uso o rasgos del sexismo lingüístico presentes en la lengua.

Esta investigación sociolingüística de lengua y género se centra en la preocupación que surge de la relación entre esos dos factores y las implicaciones sociales que conllevan en la construcción de significados en las palabras léxicas. Este trabajo no se enfoca en palabras gramaticales debido a que carecen de significado, solo proporcionan información gramatical, como lo son las conjunciones, artículos, pronombres y preposiciones; en cambio los verbos, adjetivos y sustantivos sí tienen un significado propio y, por ende, son palabras léxicas.

Se realizó un análisis sociolingüístico sobre el sexismo en la lengua que es una de las varias formas de la discriminación de género, en su mayoría en contra de las mujeres. Desde la década de los setenta se comenzaron los estudios sobre la lengua

y el género, la relación entre ambos es, de alguna manera, innegable, sin embargo, también es controversial. En esta investigación se sostiene que la concepción acerca de que la gramática no tiene ideología es discutible porque el hablante es un ser social que en consecuencia tiene un ideario que le han transmitido.

Hipótesis

El alumnado de las licenciaturas de la UAZ no es consciente del sexismo lingüístico en los niveles de la lengua léxico y semántico a pesar de que se encuentra en un nivel educativo superior y pertenece a una generación en la que la lucha por la equidad de género es común; continúa inmerso en cultura androcéntrica.

Objetivos

- Demostrar la necesidad de una lingüística con perspectiva feminista, pues se ha ignorado la relación entre la lengua y el género por las academias de la lengua por mucho tiempo.
- Contribuir a los estudios de lengua y género producidos en la Unidad Académica de Letras.
- Reflexionar hasta qué punto la lingüística con perspectiva feminista podría contribuir a hacer consciente al hablante del sexismo en la lengua y el sistema patriarcal en el que se encuentra.

Corpus

La muestra fue conformada por informantes que hacían estudios en la licenciatura durante el 2019 en la UAZ. Estos sujetos pertenecían a las unidades académicas de Psicología, Medicina Humana, Derecho e Ingeniería. En total se tomaron 120 muestras, 60 de mujeres y 60 de hombres; 30 de cada licenciatura. Se eligió a estos hablantes porque cursaban los dos últimos años de estudios universitarios, además, de acuerdo a los teóricos de

¹ Francisco García Marcos, *Sociolingüística*, p. 87.

la sociolingüística² cumplen con la edad propicia para el análisis de las variables sociales en sus actos lingüísticos.

Metodología

Para el análisis sociolingüístico se elaboró un instrumento de investigación escrito, formado por dos secciones cuantitativas con sustantivos que pertenecen a los *duales aparentes* o *pares asimétricos* y los *ergónimos* o *agentivos*. Dicho instrumento está organizado de la manera a continuación descrita. Los informantes capturaron nombre, edad, género, universidad, unidad académica, semestre, nivel de escolaridad de la madre y nivel de escolaridad del padre.

La primera parte consisten en oraciones en las que el sujeto de estudio seleccionó una opción entre los *duales aparentes* y *ergónimos*. La instrucción fue la siguiente: «Completa los espacios en blanco con alguna de las siguientes palabras: *promiscuo, la enfermera, solterón, la médica, el médico, solterona, señorita, el enfermero, señorito, promiscua*».

En la segunda sección las personas escogieron únicamente *agentivos* o *ergónimo*; la consigna fue «Elige y encierra el término que te parezca correcto»; estas eran las opciones: *oficiala/oficial, juez/jueza, primera ministra/ primer ministro, árbitro/ mujer árbitra/ árbitra, gerenta/gerente, gobernante/ gobernanta, ingeniera/ ingeniero, mujer policía/ policía*. Al final de la aplicación del instrumento de estudio se vaciaron todos los datos cuantitativos, convertidos en gráficas, para poder analizarlos de acuerdo al marco teórico.

Sexismo lingüístico

El marco teórico que se utilizó parte de las siguientes consideraciones y autores. En la lengua hay variación porque esta es usada por los hablantes que pertenecen a microculturas, grupos sociales, etcétera. Una *variable lingüística* «es el elemento,

rasgo o unidad lingüística que se puede manifestar de modos diversos en la lengua, es un conjunto de manifestaciones de un mismo elemento».³ La variable lingüística es la realización que los hablantes hacen de la lengua para expresar los mismos elementos de diferente manera. La variante es cada una de las manifestaciones o expresiones de una variable. Como se dijo anteriormente, la variación en la lengua se puede dar por factores lingüísticos, sociales o por ambos al mismo tiempo.

La variación en la lengua se manifiesta en los niveles fonético-fonológico, gramatical (morfología y sintaxis), léxico y pragmático discursivo. En la variable léxica «se intenta explicar el uso alternante de unas formas léxicas —normalmente sustantivos, verbos o adjetivos— en unas condiciones lingüísticas y extralingüísticas determinadas».⁴ La variable léxica tiene como objetivo abordar por qué razón el hablante decide usar formas léxicas por encima de otras y cuál podría ser la causa, además de encontrar si hay relación con condiciones lingüísticas y extralingüísticas.

En el presente artículo solo se toma en cuenta la variable extralingüística de *nivel de instrucción*, aunque hay otras variables como la de *profesión, sexo/género* y *edad*. La variable de *nivel de instrucción*, se considera, puede ser un factor que determine el habla y la lengua de una persona porque en algunos casos asistir o no a la primaria, secundaria, preparatoria, universidad o posgrado muestra una diferencia lingüística.⁵

El término *ergónimo* o *agentivo* se refiere a la profesión o el oficio con la que se nombra a alguien. Los estudios de lengua y género en relación con el término *ergónimo* buscan la igualdad de tratamiento entre mujeres y hombres respecto al acceso a la profesión u oficio. En algunas comunidades de habla se han encontrado dificultades para la feminización de las palabras como *jefe* porque es cargo de prestigio, es decir, hay detrás una resistencia ideológica y no lingüística para la feminización.⁶

² De acuerdo con Humberto López Morales en *Sociolingüística* y Francisco Moreno Fernández en *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*.

³ Francisco Moreno, *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, p. 21.

⁴ *Ibidem*, p. 32.

⁵ *Ibidem*, pp. 61-63.

⁶ Mercedes Bengoechea, *Lengua y género*, pp. 47-49.

La denominación del puesto de trabajo, cargo o título profesional debe corresponder a la identidad de la persona que lo emplea y, más importante aún, señala la existencia del prestigio que los sustantivos masculinos poseen frente a los femeninos en el ámbito laboral. Este fenómeno lingüístico sucede porque en la sociedad existen ciertas actividades y espacios designados para cada género, mujer y hombre, es decir, los roles de género determinarían la flexión de los *agentivos* con base en el prestigio del trabajo realizado, por ello

[...] este comportamiento restringido ya resulta significativo en cuanto que parece remitimos a la posibilidad de que la clasificación lingüística y cognitiva de la realidad pueda originarse en término de la experiencia humana y no sólo sea cuestión formal.⁷

Los cargos ocupacionales en inglés, por ejemplo, adquirieron una terminación, ‘-esse’, ‘-ette’, que originalmente se utiliza para indicar una copia o algo más pequeño del objeto original, no es coincidencia que las actrices angloparlantes hayan comenzado a llamarse a sí mismas *actor* en lugar de *actress*.

En el español, la estrecha asociación que la comunidad hablante del español ha establecido entre género gramatical y sexo explica la tendencia desde hace siglos a diferenciar por desinencia los cargos, los títulos profesionales y las ocupaciones según el sexo. Consecuentemente, basándonos en que la asociación entre el sexo del referente y ciertas marcas formales diferenciadas contribuye a impedir los procesos de ocultación o encubrimiento de la mujer, la pregunta fundamental que se hicieron los feminismos es por qué no se ha producido la flexión del género regular precisamente en tales *agentivos*.⁸

La respuesta a la pregunta de los feminismos se encuentra en un patrón general en contra de la feminización de las profesiones estereotípicamente masculinas y prestigiosas al contrario de las que no son calificadas, es decir, los cargos ‘pa-

nadero’/‘panadera’ no han tenido problemas con la flexión en contraste con ‘juez’/‘jueza’ o ‘médico’/‘médica’ debido a que las mujeres históricamente han sido relegadas de esos puestos cualificados.

Al mismo tiempo se ha presentado la resistencia a la masculinización de puestos que no tienen prestigio social y, por lo general, han sido desempeñados por mujeres como ‘amo de casa’; en todo caso se crean nuevos para designar a los varones en esas áreas, por ejemplo: ‘auxiliar de vuelo’ en lugar de lo que sería la flexión de género regular ‘azafato’. La necesidad de adquisición de prestigio al sustantivo masculino se hace evidente desde el momento en que no se modifica la palabra en femenino, sino que se crea una nueva con el fin de mostrar superioridad.

Además, la creación de locuciones como ‘mujer árbitro’ son cuestionables porque se respaldan en la justificación clásica ‘los hombres siempre han ejercido esta profesión’ para no feminizar los *ergónimos*. Si fuese de esta manera, se habrían masculinizado términos femeninos con ‘varón’, fenómeno que no ha ocurrido, no existen las expresiones ‘varón azafata’, ‘varón partera’, ‘varón modista’ o ‘varón ama de casa’, por tanto, la razón del origen de ‘mujer árbitro’ no reside en que el espacio semántico de la profesión está ocupado por quien ha monopolizado el cargo.

El motivo de su aparición es el androcentrismo, que para este caso consiste en creer que las profesiones son prominentemente masculinas y se articule la diferencia como subordinante, la etiqueta no les corresponde, las mujeres solo ocupan los puestos porque se les ha permitido de manera temporal o por condescendencia del grupo dominante llevarlo a cabo, por ello en vez de ‘árbitra’ se usa ‘mujer árbitro’ para marcar la diferencia y que permanezca el término masculino indiscutible.⁹

Por último, las formas masculinas con artículos femeninos ‘la juez’, ‘la árbitro’, ‘la oficial’, ‘la gerente’, ‘la primer ministro’, ‘la fiscal’, ‘la médico’ por nombrar algunas que han sido estudiadas revelando que dentro de los factores lingüísticos

⁷ *Ibidem*, p. 21

⁸ *Ibidem*, p. 48.

⁹ *Ibidem*, pp. 47-53.

que interviene el rechazo a la feminización serían la falta de eufonía y habito, y la existencia de vocablos ocupados por un objeto, ‘jardinera’; un arte o técnica, ‘música’ que crearía ambigüedad entre los hablantes. Aunque estos argumentos pueden parecer legítimos, los términos masculinos polisémicos como ‘joyero’, ‘frutero’ comprueban con su carencia de oposición que la anfibología no es motivo para descartar el uso femenino (fiscala) y proponer otra denominación (la fiscal), es por ello que «puede deducirse, por tanto, que la resistencia hacia la feminización (o el reconocimiento de la presencia femenina en ciertas ocupaciones) puede tener una raíz ideológica y no lingüística».¹⁰

Siguiendo con la misma línea de pensamiento, Bengoechea¹¹ y García¹² llaman a los sustantivos y adjetivos que no comparten la misma carga semántica al feminizarse *duales aparentes* o *pares asimétricos* porque este tipo de palabras no concuerda con el significado cultural de su pareja. El sustantivo y los adjetivos femeninos adquieren valores —según funcionen en la oración o frase— peyorativos o degradantes a la mujer; contrario a lo que sucede con los sustantivos en masculino, que no sufren discriminación. El hablante mediante la cultura en que se desenvuelve les da significado positivo o negativo por eso es que los *pares asimétricos* como ‘zorra’ y ‘zorro’ no tienen la misma carga semántica; representan el papel de la ideología en la lengua.

La representación verbal de las mujeres y hombres tiene como un rasgo propio la asimetría ya que la frecuencia de la aparición de fenómenos verbales que sexualizan y degradan a la mujer no es fruto del sistema de la lengua, sino de un constructo socio histórico y cultural que con el tiempo se ha vuelto hegemónico.

El presente artículo se concentra también en los *duales aparentes* o *pares asimétricos* que son resultado de los fenómenos lingüísticos de la degradación semántica de los términos femeninos frente a los masculinos y la existencia de términos de cortesía distintos para hombres y mujeres.

El primer fenómeno se ejemplifica con adjetivos como ‘aventurera’ y ‘aventurero’, la carga semántica de la primera palabra es negativa porque se utiliza para denominar a una mujer que no sigue las reglas patriarcales de la sexualidad, en cambio, la masculina tiene un sentido positivo, se relaciona con aventura, buscar nuevos horizontes y viajar, no está presente esa recriminación por el comportamiento sexual.

En otras palabras, estos *duales aparentes* son pares de palabras en masculino y femenino, en teoría *simétricos*, pero cuyas realizaciones han adquirido valores negativos o peyorativos que en muchas ocasiones resaltan una supuesta sexualidad promiscua o mercenaria como: ‘zorro’/‘zorra’, ‘aventurero’/‘aventurera’, ‘gobernante’/‘gobernanta’, entre otros.

El segundo fenómeno es la existencia de términos de cortesía distintos para hombres y mujeres, por ejemplo, el caso de ‘señorita’ y ‘señora’ definidos por el estatus civil, la edad o su vida sexual en comparación con ‘señor’ en donde ninguno de esos aspectos es tomado en cuenta para referirse a los varones; por ello, el uso de ‘señorito’ en la vida cotidiana es casi inexistente.¹³ Los hombres no son definidos por su relación con las mujeres, no importa si están casados, divorciados, son adultos o iniciaron su vida sexual, la disparidad se encuentra en los sustantivos y adjetivos femeninos.

Existen varias hipótesis sobre las causas de los *duales aparentes*. El empeoramiento semántico puede ser indicativo de un cambio social producido histórica y culturalmente producido por diferentes y no por la lengua misma. Ullman (como se citó en Bengoechea)¹⁴ formuló una hipótesis en la que se plantea la idea de que cualquier palabra es susceptible de obtener un significado negativo si es asociado con un concepto ‘contaminado’, es decir, si se emplea como eufemismo o se vincula con prejuicios hacia el significado.

El primer factor encontrado es la asociación entre ‘la prostitución’ que es el concepto ‘contaminado’ y los términos ‘mujer’ y ‘chica’ usados en asociaciones que funcionan como eufemismos, por

¹⁰ *Ibidem*, p. 59.

¹¹ *Ibidem*, pp. 40-47.

¹² Álvaro García, ¿Es sexista la lengua española?, pp. 26-32

¹³ Mercedes Bengoechea, *op. cit.*, p. 40.

¹⁴ *Ibidem*, p. 44.

ejemplo: ‘la chica fácil’, ‘los hombres en la guerra extrañan el vino y las mujeres’.

La deficiente valoración social, el detrimento hacia la mujer, es una de las principales razones de que existan los *pares asimétricos* ya que las mujeres han sido históricamente seres malvados que invitan a la corrupción y perversión, es por ello que los *duales aparentes*, al igual que el resto del léxico, reflejan la cosmovisión androcéntrica de la cultura. Los diccionarios juegan un gran papel porque proveen una densa red semántica en la que la perspectiva sexista, estereotípica y dicotómica de lo femenino y masculino queda asentada. El Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) en su edición de 1992 tenía como definiciones de ‘sexo débil’ y ‘sexo fuerte’ a las mujeres y los hombres.¹⁵

Asimismo, se argumenta que otro de los motivos para la creación de disfemismos para mujeres es que estos se conservan y originan en grupos de hombres heterosexuales, pueden ser en los bares, en equipos deportivos, etcétera; es así como el empeoramiento semántico de los pares asimétricos contribuye a mantener los estereotipos que los integrantes —hombres— tienen de quienes no forman parte del grupo —mujeres—. Es en estos círculos masculinos donde el significado de dichas palabras se alienta y admite para fortalecer el propio grupo al mismo tiempo que su uso señala pertenencia.¹⁶

Estos son solo algunos de los fenómenos lingüísticos en donde el androcentrismo es latente y refleja el ideario del hablante, así como la sociedad en la que este individuo se encuentra y vive. No puede sostenerse la idea de que la estructura de la lengua y su uso derivan exclusivamente de la lingüística mecánica; no se pueden ignorar los factores extralingüísticos como la *violencia simbólica* ejercida a través de la lengua.

La violencia simbólica y la paradoja de la doxa

Bourdieu, en *La dominación masculina* (2018), habla de la *paradoja de la doxa*; el término hace referencia al orden establecido con sus derechos, abusos, rela-

ciones de dominación, privilegios e injusticias que se respeta *grosso modo*; no se presentan transgresiones o subversiones frente a él, se perpetúa con facilidad dejando de lado incidentes históricos y, más importante aún, las condiciones de existencia intolerables que a menudo pueden parecer como aceptables por no decir naturales.

Este orden paradójicamente aceptado del que habla el sociólogo, en este caso, es la dominación masculina que ha sido consecuencia de lo que él llama *violencia simbólica*

[...] amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento.¹⁷

La dominación es ejercida en nombre de un principio simbólico reconocido y admitido por el dominado y el dominador, puede ser un estilo de vida – una manera de comportarse, hablar o pensar –, en muchas ocasiones una característica distintiva, estigma o emblema imprevisible y arbitrario como el color de la piel, un idioma o manera de modularlo.

Bourdieu explica que la separación social de los sexos pareciera estar en el ‘orden de las cosas’, expresión que se usa para hacer referencia a lo normal y natural, hasta el momento de ser inevitable debido a que se presenta en un tiempo, en su estado objetivo, en el mundo social, en los objetos o cosas: *las casas* está incorporado en los hábitos y cuerpos de sus agentes que funcionan como sistemas de esquemas de percepciones y de pensamiento de acción. Esta experiencia dóxica comprende el mundo social y sus divisiones arbitrarias, por ejemplo, la de entre los sexos vista como natural provocando la total afirmación de legitimidad.

La fuerza del orden masculino se descubre en el hecho de que prescinde de cualquier justificación: la visión androcéntrica se impone como neutra y no siente la necesidad de enunciarse en unos discursos capaces de legitimarla. El orden social funciona

¹⁵ *Ibidem*, p. 61-66.

¹⁶ *Ibidem*, p. 40-47.

¹⁷ Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, p. 12.

como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya: es la división sexual del trabajo, distribución muy estricta de las actividades asignadas a cada uno de los dos sexos, de su espacio, su momento, sus instrumentos; es la estructura del espacio, con la oposición entre el lugar de reunión o el mercado, reservados a los hombres, y la casa, reservada a las mujeres, o en el interior de esta, entre la parte masculina, como el del hogar, y la parte femenina, como el establo, el agua y los vegetales; es la estructura del tiempo, jornada, año, agrario, ciclo de vida, con los momentos de ruptura, masculinos, y los largos periodos de gestación, femeninos.¹⁸

La paradoja consiste en que son las diferencias anatómicas del cuerpo femenino y masculino que, al ser construidas y percibidas acorde a los esquemas prácticos de la visión androcéntrica, se transforman en el garante incuestionable de significaciones y de valores que concuerdan con los principios de esa óptica de mundo. Las necesidades de reproducción biológica no determinan la organización simbólica de la división sexual del trabajo y social sino una construcción social arbitraria de lo biológico de los cuerpos femeninos y masculinos, de sus funciones, costumbres, de la reproducción biológica, que proporciona un fundamento supuestamente natural a la visión androcéntrica de la separación de la actividad sexual y del trabajo y, progresivamente, de todo el cosmos.¹⁹

Es así como las divisiones constitutivas del orden social y de las relaciones sociales de explotación y dominación establecidas entre los sexos se inscriben en dos tipos de hábitos distintos reducidos a los masculino y lo femenino que clasifican todas las cosas del mundo y las prácticas. La esfera de lo público les corresponde a los hombres, están situados en el campo de lo exterior, de lo oficial, del derecho, de lo público, lo discontinuo, lo alto, realizan los actos que marcan rupturas en el curso normal de la vida como la labranza, la caza, la guerra. En cambio, a las mujeres se les adjudica la esfera de lo privado, se encuentran situadas en el

campo de lo interno, de abajo, de lo continuo y se les confieren los trabajos domésticos, considerados invisibles, ocultos, privados y vergonzosos como el cuidado de los niños, niñas y animales, pero también las tareas exteriores asignadas por motivos míticos, es decir, las relacionadas con la madera, el agua, la leche, lo verde, la hierba, por ejemplo la jardinería y escardadura.²⁰

Asimismo, el investigador no pretende afirmar que las estructuras de dominación son ahistóricas, sino que intenta establecer que son «el producto de un trabajo continuado (histórico por tanto) de reproducción». ²¹ En el que coadyuvan tanto los hombres con armas de violencia simbólica y física como las instituciones: Familia, Escuela, Estado e Iglesia.

La dominación se logra mediante el método donde los dominados aplican a las relaciones de esta unas categorías erigidas desde la cosmovisión de los dominadores, haciendo que parezcan de esa forma naturales, sin una justificación firme. En consecuencia, esto puede llevar a un tipo de auto-denigración o autodepreciación sistemáticas, en especial, en la imagen de la mujer.

La dominación masculina les ha hecho tener a las mujeres una imagen propia desvalorizada en todos los aspectos, no solo en el físico cuando sienten que sus cuerpos son inadecuados al momento de no cumplir con los cánones de belleza sino también en el ámbito laboral cuando se y las desprecian por trabajos que no tienen prestigio social solo por realizarlas ellas, tales como el ser ama de casa o desistir de estudiar una profesión porque ha sido histórica y culturalmente ejercida por hombres.

La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, imaginarla o para imaginarse a sí mismo o, mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de la dominación esa relación parezca natural.²²

¹⁸ *Ibidem*, p. 22.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 19-27.

²⁰ *Ibidem*, p. 45.

²¹ *Ibidem*, p. 50.

²² *Ibidem*, p. 51.

Es decir, lo anterior concreta cuando se considera que los esquemas que pone en práctica el dominado para percibir y apreciar a los dominadores —femenino/masculino, alto/bajo, negro/blanco— son el resultado de la asimilación de las clasificaciones de la dominación, naturalizadas, indiscutibles, de las que su ser social es el producto. Además, están presentes los actos de reconocimiento y conocimiento prácticos de los límites entre los dominados y dominadores que provoca el poder simbólico, donde los dominados a veces sin saberlo y otras a pesar de ello contribuyen a su propia dominación al permitir implícitamente esa frontera infligida, adoptan la forma de pasiones y sentimientos: el respeto, admiración, amor, etcétera, o de emociones corporales: humillación, timidez, ansiedad, culpabilidad, vergüenza que pueden traducirse en visibles como el rubor, torpeza e ira, todas ellas maneras de someterse a la opinión y visión del dominante a pesar del conflicto interior y desacuerdo con uno mismo.²³

Un ejemplo de estos esquemas de percepción y valoración en la lengua sería el rechazo de la feminización de los *agentivos* o *ergónimos* por parte de las mujeres ya que algunas saben que el prestigio social y lingüístico lo tienen los términos en masculino por la dicotomía del mundo privado y público, por eso prefieren que las llamen ‘médico’ o ‘juez’ en lugar de ‘médica’ o ‘jueza’. Las academias de la lengua y los hombres niegan esa misma razón al público, se rehúsan a ella porque para ellos el *género gramatical no marcado*, masculino, comprende a todas y todos, mujeres y hombres, sin necesidad de una justificación sólida y eficiente porque está decidido así en la dominación masculina.

Es importante señalar que para Bourdieu²⁴ creer que la violencia simbólica se puede vencer exclusivamente con la conciencia y la voluntad es ilusorio debido a que las condiciones y los efectos están inscritos en lo más íntimo de los cuerpos bajo forma de disposiciones, por ejemplo, en las relaciones de parentesco donde está presente el *deber de*, en ocasiones confundido con la entrega afectiva o

el respeto; las inclinaciones del cuerpo socializado se explican y viven en la lógica del sentimiento, son duraderas, sobreviven a la desaparición de sus condiciones de producción.

En otras palabras, aunque sean revocadas las prohibiciones que se han puesto por el orden masculino éstas siguen subsistiendo en los dominadores y dominados, los primeros sabiendo que todavía su papel social está intacto mientras que los segundos se excluyen de forma voluntaria de ellos. Un ejemplo de ello es la paulatina integración de las mujeres a las profesiones en el área de las ciencias exactas que han sido ejercidas en su mayoría por los hombres a lo largo de la historia y, cuando lo hacen, se presenta una resistencia a la feminización de los términos profesionales porque se tiene que seguir marcando la división que hay entre los sexos de algún modo.

[...] cuando las presiones externas son abolidas y las libertades formales —derecho al voto, derecho a la educación, acceso a todas las profesiones, incluidas las políticas— se ha adquirido, la autoexclusión y la «vocación» (que «actúa» tanto de manera negativa como positiva) acuden a tomar el relevo de la exclusión expresa.²⁵

Es imperativo dejar claro que la suposición de atribuirle a la mujer la responsabilidad de su propia opresión cuando adopta los comportamientos de sumisión infligidos por la dominación masculina son infundados, pues son consecuencia de los efectos de las estructuras *objetivas* de ese orden impuesto incluso cuando las mujeres ayudan —dándose cuenta o no— a su reproducción.

Por ese motivo, la conversión de conciencias y voluntades no es suficiente para la revolución simbólica que reclama el movimiento feminista porque el fundamento de la violencia simbólica mora en las inclinaciones modeladas por las estructuras de dominación que las crean no en las conciencias engañadas de los sujetos que bastaría con ilustrar, para lograr el objetivo de la revolución, es decir, la ruptura de la relación de complicidad que las víctimas confieren a los dominadores es imprescindible de la

²³ *Ibidem*, pp. 50-51.

²⁴ *Idem*.

²⁵ *Ibidem*, p. 56.

transformación radical de las condiciones sociales de producción de las inclinaciones que llevan a los dominados a adoptar sobre ellos mismos y los dominadores un punto de vista idéntico al de estos últimos.²⁶ La abolición tanto de las estructuras como del orden masculino es necesaria para lograr un cambio, para obtener la reivindicación simbólica de las mujeres y con ello gozar de la libertad real que se ha negado en todos los aspectos de una forma u otra.

La postura de las academias

Al demeritar las relaciones entre lengua, estructura social y pensamiento y defender únicamente las estructuras lingüísticas como elementos formales con una historia propia, ajena a la de la sociedad, la Real Academia Española (RAE) se ha postulado en contra del reconocimiento de la lengua como una plataforma cultural, por ende, impera la visión androcéntrica en ella, a pesar de las diferentes investigaciones sociolingüísticas que la develan.

Los miembros de la academia, lingüistas externos a ella, traductores y maestros de lengua firmaron un comunicado que se encuentra en la página en línea oficial de la RAE²⁷ representados por la voz de Ignacio Bosque, un lingüista español reconocido y miembro de la academia; en el manifiesto los firmantes se oponen a las 'guías del lenguaje inclusivo' que comenzaron a repartirse en las oficinas y escuelas de España, cabe señalar que hoy las guías están presentes en cualquier institución pública de prestigio como en las dependencias del Gobierno de México y las universidades públicas.

Bosque²⁸ concluye en el boletín con la idea de que no deben forzarse las estructuras lingüísticas para que constituyan un reflejo en la realidad o impulsar políticas normativas que separen el lenguaje oficial del real o ahondar en etimologías fosilizadas para no caer en el sexismo lingüístico.

La postura de la RAE frente a lenguaje inclusivo se considera controversial, ya que no fue hasta

²⁶ *Ibidem*, p. 58.

²⁷ https://www.rae.es/sites/default/files/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_de_la_mujer_0.pdf

²⁸ Ignacio Bosque, «Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer», p. 17.

2020, con la publicación del informe, que la Academia expresó su postura desde un documento oficial. Antes, en 2012, como se mencionó antes, Bosque, miembro de la RAE, y otros lingüistas habían declarado su resistencia y oposición a las propuestas de las guías para el uso no sexista del lenguaje.

El *Informe de la Real Academia Española sobre el lenguaje inclusivo y cuestiones conexas* (2020) no tiene una postura abierta al lenguaje inclusivo. El informe contiene una nota introductoria en la que deja clara su razón de elaboración, qué temas desglasa en sus apartados, su definición del lenguaje incluyente y cómo se aplica o podría aplicar a la Carta Magna de España, así como una recopilación de cambios en el Diccionario de la Lengua Española (DLE) a lo largo de los años y de respuestas de cuestión de género proporcionadas por la Academia en la red social de Twitter.

El boletín y el informe coinciden en la postura presentada debido a que expresan que se ven obligados como institución a tocar el tema del lenguaje incluyente por cuestiones gubernamentales y/o sociales, es decir, no por interés ni iniciativa propia. Ejemplo de ello es que en el *Informe de la Real Academia Española sobre el lenguaje inclusivo y cuestiones conexas* (2020) se declara en varias ocasiones que el motivo de su realización incide únicamente en la petición de la entonces vicepresidenta de España, Carmen Calvo, quien le pide a la Academia una revisión sobre el buen uso del lenguaje inclusivo en la Carta Magna de aquel país.

Se repite en el dossier de varias maneras que «La Vicepresidenta del Gobierno ha solicitado un estudio de la Real Academia Española sobre el buen uso del lenguaje inclusivo en nuestra Carta Magna».²⁹ Dicha reiteración se interpreta como resistencia al lenguaje inclusivo, pues la Academia no pretendía elaborar un documento, guía o manual con un uso incluyente y no sexista de la lengua española en ningún momento.

Aunque el *Informe de la Real Academia Española sobre el lenguaje inclusivo y cuestiones conexas* (RAE, 2020) muestra pruebas del cambio de las definicio-

²⁹ Real Academia Española, *Informe de la Real Academia Española sobre el lenguaje inclusivo y cuestiones conexas*, p. 5.

nes sexistas o androcéntricas en el DLE y un estudio sobre el uso del lenguaje inclusivo en la Carta Magna de España no se tiene que perder de vista el subtexto de que su realización no fue para la divulgación ni proposición de alternativas del uso del lenguaje inclusivo sino una solicitud gubernamental a la que no pudieron negarse.

Análisis de los resultados

Al principio de esta investigación se explicó que fueron 120 personas las que conformaron el instrumento de estudio. La hipótesis del presente trabajo es que el alumnado de las licenciaturas de la UAZ no es consciente del sexismo lingüístico en los niveles de la lengua léxico y semántico a pesar de que se encuentra en un nivel educativo superior y pertenece a una generación en la que la lucha por la equidad de género es común; continúa inmerso en cultura androcéntrica. A continuación, se verán los resultados generales de la aplicación del instrumento de estudio y posteriormente su interpretación.

Resultados de la primera parte del instrumento

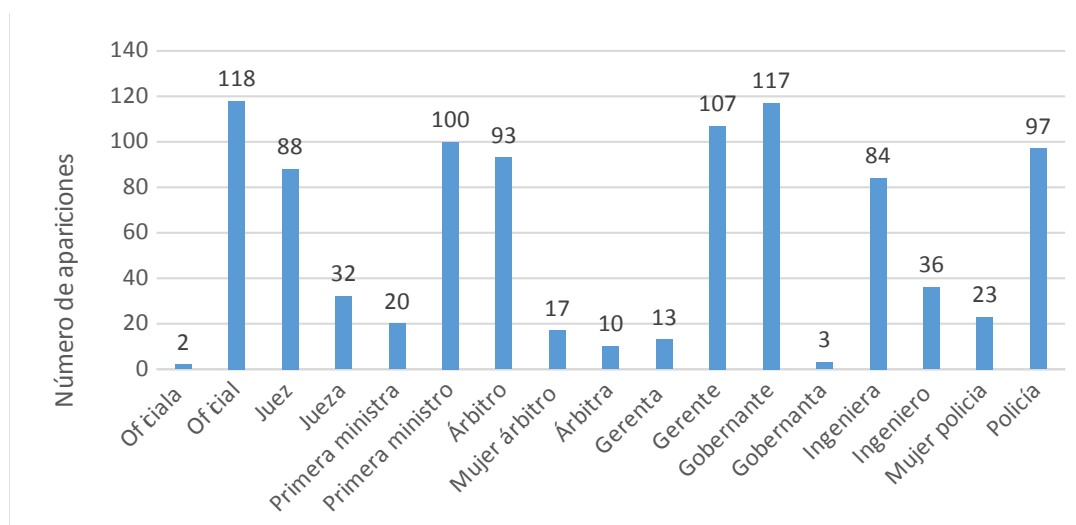
La primera parte del instrumento consistió en

la elección de *duales aparentes* o *pares asimétricos* y *agentivos* o *ergónimos* en femenino y masculino para cada una de las cinco oraciones. La instrucción para el sujeto de estudio era la siguiente «Completa los espacios en blanco con alguna de las siguientes palabras: promiscuo, la enfermera, solterón, la médica, el médico, solterona, señorita, el enfermero, señorito, promiscua»; la persona eligió según su criterio y los resultados generales se muestran en la siguiente gráfica.

El número de apariciones de los *ergónimos* en femenino, es decir, 'la enfermera' y 'la médica', responden a la visión androcéntrica tanto en la lengua como en lo sociocultural debido a que la enfermería ha sido una profesión tradicionalmente ejercida por mujeres contrario a medicina en donde la mayoría eran hombres, por tanto, no es sorpresa la mínima presencia del *agentivo* 'la médica' y 'el enfermero' frente a 'el médico' y 'la enfermera'.

Las 87 apariciones de 'la enfermera' de un total de 120 se deben al contexto socio histórico y cultural ya que el rol de cuidar a una persona enferma en casa ha sido asignado a las mujeres, a quienes se les enseña desde niñas a tomar en cuenta las necesidades de los demás antes que las suyas, imitando

Resultados generales de elección de agentivos o ergónimos



Gráfica 1

Fuente: Elaboración propia

el rol de la madre, privándose de cualquier decisión que no beneficie a las personas a su alrededor.

La segunda causa de las 87 apariciones de ‘la enfermera’ y las 15 de ‘la médica’ es la exclusividad del estudio de la medicina por hombres hasta mediados del siglo XX derivando en la práctica habitual de la enfermería solo por mujeres y, sobre todo, la negación de la profesión de la medicina a las mujeres, es decir, estas profesiones eran regidas por los roles de género, cada uno realiza las tareas que le corresponden. Basta con analizar el papel de la pareja heterosexual aceptado por la sociedad patriarcal que se repite en el área de trabajo, la enfermera asiste al paciente y al médico, solo el primero es su obligación profesional, empero, se espera de ella una subordinación de servidumbre frente a su compañero al igual que con su esposo; las mujeres están obligadas a atender a las personas, gran parte hombres, a su alrededor.

De igual manera, los *duales aparentes* obedecen a dicha visión, ‘señorita’ es un término utilizado para denominar a la mujer de acuerdo a su edad o situación civil, las mujeres están determinadas por su relación con los hombres. Las 29 apariciones de ‘señorito’ frente a las 88 de ‘señorita’ comprueban lo anterior, pues su uso en masculino es casi nulo,

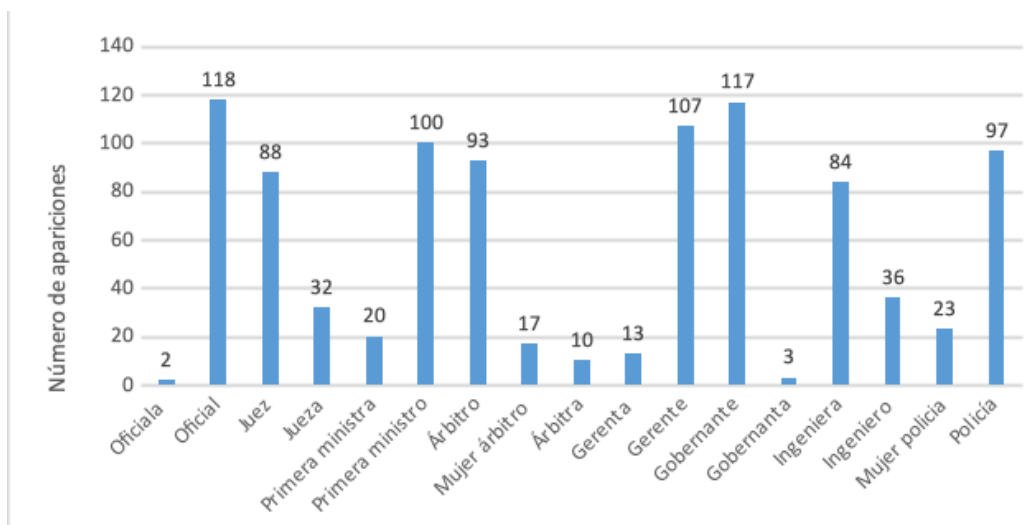
los resultados de elección por los sujetos de estudio dejan ver que la brecha es grande entre este *par asimétrico*, no se pueden comparar, hay una diferencia de 59 puntos entre los *duales aparentes*. ‘Promiscuo’, por otro lado, es mayoría en comparación con la forma femenina porque la vida sexual femenina tiene mayor restricción debido a la sociedad patriarcal; no parece ser el equivalente a ‘zorra’ para las mujeres, es decir, no está pensado como un insulto que denigre a la persona.

Resultados de la segunda parte del instrumento

La segunda parte del instrumento consistía en la selección de agentivos y ergónimos, se presentó de la siguiente manera:

- 1.-La oficiala/oficial ordenó que el barco zarpara.
- 2.-La juez/jueza está preparada para dictaminar el caso.
- 3.-La primera ministra/ primer ministro de Alemania aseguró estar comprometida con las causas sociales.
- 4.- La árbitro/ mujer árbitro/ árbitra determinará si ese movimiento fue falta.

Resultados generales de elección de agentivos o ergónimos



Gráfica 2

Fuente: Elaboración propia

- 5.- La gerenta/gerente asegura que el cliente siempre tiene la razón.
- 6.- La gobernante/ gobernanta dirige a todo el país.
- 7.-La ingeniera/ ingeniero logró diseñar la estructura en menos de una semana.
- 8.- La mujer policía/ policía arrestó al delincuente.

Las formas masculinas con artículos femeninos ‘la juez’, ‘la árbitro’, ‘la oficial’, ‘la gerente’, ‘la primera ministro’, ‘la fiscal’, ‘la médico’ tienen más apariciones y demuestran una actitud de aceptación por parte de los sujetos como se aprecia en la Gráfica 2. Estas formas han sido estudiadas revelando que dentro de los factores lingüísticos que intervienen en el rechazo a la feminización serían la falta de eufonía, el hábito del uso y la existencia de vocablos ocupados por un objeto como ‘jardinería’, un arte o técnica como ‘música’ que crearía anfibología entre los hablantes. Los argumentos de la cacofonía y el uso constante de los ergónimos ‘jueza’, ‘árbitra’, ‘oficiala’, ‘gerenta’, ‘primera ministra’ y ‘fiscala’ podrían ser la razón de su menor aparición frente a los que tienen solo el artículo en femenino y el sustantivo en masculino; también podemos ver que entre los agentivos mencionados hay unos más aceptados que otros; su uso está incrementando y los hablantes los reconocen y se los apropiaron con facilidad.

La casi nula aparición de ‘la oficiala’ en oposición a ‘la oficial’ está motivada por el conocimiento normativo acerca de la innecesaria feminización del sustantivo debido a que el artículo está en femenino; se piensa que es una profesión exclusiva de hombres. Otra explicación de los resultados es la falta del reconocimiento de la forma femenina porque, al contrario de otros ergónimos, ‘oficiala’ no se identifica con facilidad por quienes conforman la muestra. Se precisa la incorporación de dicho agentivo a la lengua culta para que los hablantes comiencen a familiarizarse con su uso.

Asimismo, el sintagma ‘la juez’ es admitido en más ocasiones que ‘la jueza’, al igual que el ergónimo anterior, se encuentra un patrón general en contra de la feminización de las profesiones

estereotípicamente masculinas y prestigiosas. Al alumnado le parece suficiente el artículo en femenino para señalar que son mujeres las que ejercen esa profesión.

Es importante destacar que el ergónimo ‘jueza’ parece tener una mayor aceptación, lo cual puede entenderse desde el contexto socio-histórico ya que la integración de las mujeres a ese campo de trabajo ha ido incrementando con los años y gracias a la existencia de figuras conocidas como la de la jueza estadounidense Ruth Bader Ginsburg han solidificado ese factor.

La Gráfica 2 también indica la diferencia de selección por 80 veces entre los agentivos ‘la primera ministra’ y ‘la primer ministro’. De la misma manera que los resultados anteriores la disparidad se explica tanto desde el rechazo a la feminización del sustantivo porque está relacionado al poder, como por la monopolización del cargo por los hombres en la política. Las 20 apariciones de ‘la primera ministra’ denotan que las mujeres que ocupan ese puesto de jefas políticas como Angela Merkel o Jacinda Arden provocaron un efecto de reconocimiento en el orden simbólico y, por tanto, en la sociedad.

Las locuciones ‘la árbitro’ y ‘la mujer árbitro’ tienen un número de apariciones superior frente a ‘árbitra’, lo que denota la resistencia a la feminización debido al desconocimiento y desuso de la forma en femenino provocado por el acaparamiento por parte de los hombres de ese espacio deportivo, argumento que deriva en querer hacer evidente la presencia de las mujeres que ejercen el cargo.

Es fundamental mencionar que tratándose de una profesión prominentemente masculina la diferencia se articula como subordinante porque la etiqueta no les corresponde a las mujeres, ellas solo ocupan el puesto debido a que el grupo que domina se los ha permitido de manera temporal o por condescendencia y, por ello, se crean locuciones como ‘la mujer árbitro’ sin responder a la flexión regular.

En la Gráfica 2 se demuestra que los agentivos ‘la gerenta’ y ‘la gerente’ tienen una gran disparidad que apunta a la falta de hábito por parte del alumnado. La falta de uso deriva probablemente

tanto de la hostilidad de los términos en femenino relacionados con el privilegio, como de la indecisión por parte del Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) al desdoblar o no el agentivo en las diferentes ediciones en las que se ha publicado.

De igual manera, en la Gráfica 2 se exhibe la inexistencia en la práctica del ergónimo 'la gobernanta' al lado de 'la gobernante'. La semejanza de los sustantivos proviene desde el orden simbólico en donde tradicionalmente el hombre ha ejercido el puesto que posee privilegio social, es posible que las instituciones como la RAE a través del DRAE legitimen ese precepto de dominación masculina, además de la dicotomía de mundo privado y público. Pues se ha determinado definir *gobernante* como el adjetivo «Que gobierna»³⁰ mientras que *gobernanta* tiene el significado de «Mujer que en los hoteles tiene a su cargo el servicio de un piso en lo tocante a limpieza de habitaciones, conservación del mobiliario, alfombras y demás enseres»³¹ y, además, ninguno de los vocablos tiene desdoblamiento en la entrada del diccionario.

Parece que el DRAE ha decidido ignorar que el vocablo *gobernante* también puede pertenecer a la categoría gramatical de sustantivo como lo hace *gobernanta* lo que resulta en una confusión por parte de la comunidad lingüística y, por ello, se elige 'la gobernante' en lugar de 'la gobernanta' perpetuando y reproduciendo la división del espacio público y privado.

Las apariciones del sintagma 'la ingeniera' indican que tiene mayor aceptación que 'la ingeniero'. La integración de las mujeres a las ingenierías ha ido aumentando cada vez más lo que provoca que el alumnado reconozca el vocablo en femenino y lo admita, aunque la profesión tenga prestigio social y haya sido ejercida por los hombres por un largo tiempo.

El ergónimo 'la ingeniera' es la segunda forma femenina que muestra una cantidad superior de aprobación en los resultados generales de la segunda parte del instrumento de investigación lo que

revela, de alguna manera, que hay una disminución considerable del rechazo de la feminización de este término frente a los otros como 'la árbitra', 'la gobernanta' o 'la gerenta'.

Finalmente, la Gráfica 2 corrobora los resultados generales respecto a 'la policía', sintagma que ostenta el primer lugar en número de apariciones en comparación con los otros: 'la jueza', 'la primera ministra', 'la gerenta', 'la gobernanta', 'la árbitra' y 'la oficiala'. Estos resultados implican la aprobación por parte de los hablantes hacia la incorporación de la mujer al campo policiaco.

Aunque la locución 'la mujer policía' se presente 23 veces y señale el carácter 'propio' de la práctica del trabajo *de hombres* no puede ignorarse la existencia del progreso ideológico en el uso de 'la policía', lo que prueba que el argumento de la anfibiología es erróneo, es decir, no importa que el vocablo *policía* que se refiere al cuerpo policiaco esté ocupado, la feminización es posible y su uso bien recibido.

Se puede concluir del análisis e interpretación de los resultados generales de la segunda parte que la integración y, a su vez, la visibilización de las mujeres en los oficios, profesiones y cargos laborales tradicionalmente ejercidos por hombres promueven la aceptación de los términos en femenino y, viceversa, la mujer se ve representada en la lengua por la feminización de la denominación; la autoexclusión y exclusión pueden decrecer gracias a ello.

Conclusiones

El vínculo del binomio lengua y género es evidente, los hablantes al ser seres sociales realizan actos lingüísticos que son producto de las diferentes microculturas y del imaginario de los que son parte, por ende, reflejan la visión androcéntrica en la que están inmersos, en las que están inmersas.

En el español, instituciones como la RAE y organizaciones como la ASALE al declarar su oposición a las guías en contra del sexismo lingüístico y negar la existencia de los *duales aparentes* y *ergónimos* así como el hecho de que el *género gramatical*

³⁰ Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española* (versión electrónica), s/n.

³¹ *Idem.*

no marcado es androcéntrico contribuyen a la perpetuación del orden simbólico masculino que describió la teoría de Bourdieu (2018). Las creencias y actitudes lingüísticas que los hablantes poseen provienen, por una parte, de la estructura social, pero las academias las legitiman convirtiéndolos en norma a partir de lo cual se juzgan, aplican y aprueban ciertos usos en la lengua; los individuos crean una valoración de las mujeres y hombres a partir de lo que la norma promulga.

El argumento anterior se evidencia con los resultados que se extrajeron del instrumento de investigación en donde gran parte del alumnado no acepta, en parte por respeto, la norma gramatical difundida y asentada, los ergónimos o agentivos en femenino ‘médica’, ‘oficiala’, ‘árbitra’, ‘jueza’, ‘gerenta’, ‘governanta’ y ‘presidenta’ porque, según las academias, el *género gramatical no marcado* –masculino– representa a todas las personas, hombres y mujeres, encubriendo así la raíz androcéntrica.

Del mismo modo, quienes contestaron el instrumento aprueban, en su mayoría, los agentivos ‘ingeniera’ y ‘policía’ exponen que los argumentos de la ambigüedad y falta de eufonía son incorrectos, es decir, no importa que el vocablo *policía* que se refiere al cuerpo policiaco esté ocupado o que el sintagma ‘la ingeniera’ tenga dos ‘a’ al final de cada palabra, la feminización es posible y su uso bien recibido.

Los pares asimétricos o duales aparentes ‘perra’, ‘perro’, ‘loca’, ‘loco’, ‘conquistador’, ‘conquistadora’, ‘ama’, ‘amo’, ‘caballero’, ‘dama’, ‘soltera’, ‘soltero’, ‘solterón’, ‘solterona’, ‘promiscuo’, ‘promiscua’, ‘señorita’ y ‘señorito’ también siguen siendo utilizados para hacer descripciones estereotípicas que continúan fomentándose y son producto del orden simbólico masculino castigando y señalando a quienes no se adhieren a él, la simetría semántica aún no se alcanza.

Los resultados de las dos partes del instrumento demuestran que la diferencia semántica y el rechazo a la feminización se hace presente al momento de la elección por parte de los sujetos, la asimetría no es lingüística sino ideológica. En la lengua per-

mea la visión androcéntrica donde el orden masculino es el que se obedece y se reproduce por medio de los usos lingüísticos. Los miembros de la comunidad castigan, señalan, califican y nombran a las mujeres de acuerdo a la dominación masculina.

Por tal motivo, se argumenta que el alumnado no presenta *conciencia lingüística* para identificar el sexismo lingüístico, ya que, a pesar de brindarle diferentes opciones para contestar el instrumento de estudio en las que se visibilizaba a la mujer en el ámbito laboral y evitaba el uso sexista de la lengua, el número de apariciones que concuerdan con los estereotipos patriarcales y androcéntricos a través de la lengua es mayor. Esto significa que queda trabajo por hacer, pues como se mencionó antes y en sintonía con la teoría de Bourdieu,³² el cambio vendrá de la abolición de las estructuras de dominación.

Con base en el análisis e interpretación anterior de los resultados se comprueba la hipótesis de este trabajo de investigación: El alumnado de las licenciaturas de la UAZ no es consciente del sexismo lingüístico en los niveles de la lengua léxico y semántico a pesar de que se encuentra en un nivel educativo superior y pertenece a una generación en la que la lucha por la equidad de género es común; continúa inmerso en cultura androcéntrica.

Por todos los argumentos previos, resultado de la comprobación de la hipótesis de la tesis, se sostiene la idea de que la relación entre la lengua y el género es innegable. Las estructuras de dominación al estar internalizadas en el hablante provocan la perpetuación del orden masculino por medio de la violencia simbólica de la que son víctimas las mujeres, la cual se reproduce y ejerce mediante la lengua.

Aunque aparentemente se encuentre frente a un panorama desesperanzador, no se debe desistir, gracias a los feminismos y sus diferentes teorías aplicadas a las distintas áreas del conocimiento se ha ido construyendo una red de reconocimiento para localizar las estructuras de dominación marcando el comienzo, hasta cierto punto, del cambio que se anhela, no solo lingüístico sino también so-

³² Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, p. 58.

cial para la abolición de la dominación masculina.

La tarea parece ardua e interminable, sin embargo, los diversos estudios realizados entre la lengua y el género a la par de las alternativas de estructuras lingüísticas e, incluso, esta tesis, muestran que la transformación es posible e indican que la lucha se puede llevar desde cada una de —nuestras— trincheras.

Fuentes

Bengoechea, Mercedes, *Lengua y género*, Síntesis, Madrid, 2015. Bosque, Ignacio, «Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer», Boletín de información lingüística de la Real Academia Española, n. 1., 2012. Recuperado de: <https://www.rae.es/sites/default/files/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_de_lamujer_0.pdf>. Bourdieu, Pierre, *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona, 2018. Calero, María Ángeles, *Sexismo lingüístico: Análisis y propuestas ante la discriminación sexual en el lenguaje*, Narcea, Madrid, 1999. García, Álvaro, *¿Es sexista la lengua española? Una investigación sobre el género gramatical*,

Paidós, Barcelona, 1994. García, Francisco, *Sociolingüística*, Síntesis, Madrid, 2015. Lastra, Yolanda, *Sociolingüística para hispanoamericanos: una introducción*, El Colegio de México, México D. F., 1992. López, Humberto, *Sociolingüística*, Gredos, Madrid, 2008. Moreno, Francisco, *Principios de sociolingüística y sociología del lenguaje*, Ariel, Barcelona, 2009. Moreno, Juan Carlos, «Acerca de la discriminación de la mujer y de los lingüistas en la sociedad. Reflexiones críticas», 2012. Recuperado de: <<https://hdvirtual.us.es/discovirt/index.php/s/a35a3bb16e142a68750ca1893f08e733#pdfviewer>>. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*. 23° ed., 2014. Recuperado de: <<https://dle.rae.es>>. Real Academia Española, *Informe de la Real Academia Española sobre el lenguaje inclusivo y cuestiones conexas*, 2020. Recuperado de: <https://www.rae.es/sites/default/files/Informe_lenguaje_inclusivo.pdf>.

Alquimia

Ambigú

Claudia Alonso Cuéllar

Mis oídos devoran tus palabras,
dulces,
saladas
dulces
y mis papilas escuchan sensaciones,
alimento.

Tus manos saborean mi epidermis
lento,
fuerte,
lento
y mi nariz escucha tu aroma,
sonríes.

Mi lengua observa tus gemidos
suaves,
profundos,
suaves,
y tu mirada escucha mi deseo,
éxtasis.

Orange¹ (is the new black)

Verónica G. Arredondo

I *TRUST NO BITCH*

Piper Chapman, último episodio, 3ra temporada.

Qué sería de nosotras sin tu mano sobre la mía, entrelazadas, riendo frente a la pantalla de los lynchidramas carcelarios de Piper y Alex. La complicidad en una sonrisa nuestra. Qué sería sin los minutos de silencio, tus reclamos sutiles o el punto que señalas sobre la *i*, cuando deseas del cielo un cometa. Una cometa o un avión de papel para escapar. Tu mirada recorre mis mejillas y labios para besarme mientras ellas lo hacen (o cuando nadie nos mira). Mi mano sobre la tuya engarza una paloma, el tacón que retiras de tu pie al final del día, la volatilidad del pez entre tus dedos.

Trust no bitch. Las letras de un tatuaje blanco en el brazo de Piper, luego vendría el sello en carne viva a las que traicionan: una esvástica. ¿Serás tú o yo la que traicione primero? Sostienes mi mano, me dices que todo estará bien: «*Trust, no bitch*» quiere decir: «Confía, sin perras» [en la peor traducción]. Sonríes. Recuestas la cabeza, leo tus labios: «Ya vi este capítulo, no quería decírtelo para que no enojarás. Confía».

¹ Del libro *Spoiler Alert*, UANL, 2022.

II *REVERSIÓN*

El «nosotras» no existiría sin las horas frente a la pantalla, nos alivian defectos, dramas y tu nostalgia de pájaros azules. *Trust no bitch*. Si decides quedarte ||SPOILER ALERT!! no he dejado de pensar en Estela Carlin, la australiana de la que se enamora Piper en la tercera temporada. [Seré yo quien traicione primero, tras tus intentos fallidos de huir, yo seré tu Estela Carlin]. En mi opinión su belleza apabulló a los guionistas.

A Virginia

Brenda Ortiz Coss

Que una mujer con monedas esterlinas en un bolso de seda
tome la palabra en su propia habitación hacia el artificio,
que niegue su emoción, que no se exprese
mientras evita el césped reservado para el escolar colérico;
sea una mujer pertinaz en ser sí misma sin real existencia,
con dos agujas en el sombrero que entretejan la urdimbre entre Andrós y Ginés.

Mujer de ojos estalactitas que reproche a Clío su despojo de feminidad
y demande un nicho entre la sien, las falanges, la claridad, la ignominia,
en el lado opuesto de sí misma literaria.

Esta mujer sin brillo ni prisa ni poesía en el cabello
escrutará en la pared desnuda de la tierra desnuda
las obras al óleo con ella entre jardines, con ella entre zarzales;
sangrienta la mano, soporta la espina de la rosa furibunda
que un soberbio patriarca le tributa mientras implanta su tiranía.

Esta mujer se observa en un espejo y revierte a la mujer cautiva
con dulce en las mejillas y trinar cereza,
nacida en la espuma de la pluma del volátil estratega
que exige a la imaginación su magna y similar Venus, mientras
Eva enloquecida del genio inadecuado,
Eva maculada de talento en la prosa,
Eva revolcada en la vorágine del logos
—Lilith en el rincón más insigne del desprecio.

Una mujer inmolada en el fogón usado para aplacar el hambre del profesor iracundo
que la ve arder,
aplaude su desdén
y la reescribe obstinado, cereza y trinar.

Que esta mujer en llamas asalte los pergaminos de Alejandría
para improntarse en la profunda renuncia de su nombre,
en la sombra de la desaprobación,
en la felicidad de no ser en el anverso de la poesía,
en la cara oculta de lo determinado.

Indómita Mercuria, herética Prometea,
una mujer con quinientas libras en su bolso de seda
que en su propia habitación enciende la palabra,
calcina los testimonios, abrasa el artificio,
mancilla el jardín reservado para el *dominus* disminuido;
obstinada en ser sí misma sin real existencia,
anónima Virgilia, andrógina Virginia.

Lastre

Luisa Vera

El juicio se te va por la ventana
acariciándote las manos con agobio,
en una obstinada vaguedad.
Ya no lo pienses, salta,
el encierro te llama y te aconseja.

Eres feliz en soledad
cuando miras las tormentas amainar.

¿Eres feliz en soledad
cuando miras las tormentas amainar?

Temes a las madrugadas,
temes el resuello de los noctámbulos
que acechan en la habitación de al lado.
Es por eso que inventas aves mansas
que en un idioma distinto graznan odas,
Es por eso también
que entre siluetas trémulas te pierdes
y entre las hendiduras de corolas te acomodas.

Tu habitual desdén te lleva presa,
sin letras, sin pinceles, sin cordura.
todo es abstracto en la funesta primavera.

El agua es cristalina en apariencia,
mas en lo profundo es turbulenta;
en el último pensamiento te sumerges,
tiembles entre los guijarros más pesados.
Con lentitud te asientas en el fondo.

Retorta

El techo

Arlett Cancino Vázquez

El encierro atrofia. Nos obliga a adoptar un comportamiento uniformado, que nos hace ser apacibles, pero ¿qué sucede con nuestra verdadera personalidad? Se queda ahí, contenida, esperando el momento de salir a la luz, aunque sea en un ataque de nervios.¹

Había comenzando un nuevo libro, era invierno y el frío seco y hondo la llevó a instalarse en el sillón viejo de la sala. Se acurrucó bajo una manta y comenzó a leer: «Siempre me gustaron las historias de desdoblamiento, esas en donde a una persona le surge un alien del estómago...». Cortó. Cerró el libro. Un ruido la distrajo y miró por la ventana. Perros callejeros. Lo intentó de nuevo. «...O le crece un hermano siamés a sus espaldas». Nada. Suspiró y levantó la vista.

Entonces lo vio. Una parte del techo se había desprendido, dejando un enorme hueco en el blanco cielo raso. Una profunda oscuridad inundaba ese agujero, ella trató de encontrar los cables de la luz, el unícel térmico, pero solo vio la negrura. No quiso preocuparse; después de todo, no era tan malo. Fingiría que el techo estaba como antes y ya. Se instaló de nuevo en el sillón, abrazó una pierna con la otra debajo de la manta y continuó: «Sabía que dentro de mí también vivía una cosa sin forma imaginable que jugaba cuando yo jugaba...» Pero no pudo concentrarse, sentía que la mancha negra del techo la observaba.

Por eso mejor se encerró en su cuarto. El cielo gris invernal mantenía su habitación en penumbra. No quiso encender la luz, para qué si había dejado el libro en el comedor; sin nada más que hacer, se enredó en las cobijas de la cama destendida y durmió. Al despertar, el hastío de la soledad se le había instalado en la boca como aliento pútrido. Recordó, al abrir la puerta de la recámara y ver de nuevo el techo, la negrura y la ausencia. Suspiró y toda la casa se impregnó de la soledad apestosa que le salía por la boca como un vaho acedo: la pesadumbre del abandono, del hueco en el techo y la separación. La certeza de que no había nadie más con ella y esa falta se convirtió en un peso.

Sintió hambre y preparó una tostada con mermelada y un café con leche sin azúcar; mientras masticaba no podía dejar de levantar los ojos hacia ese hueco, ahí instalado como un signo.

¹ El epígrafe y las citas provienen de: Guadalupe Nettel, *El huésped*, Anagrama, Barcelona, 2020.

Pronto esa negrura también se instaló en los televisores apagados, en la oscuridad del horno y de las tazas, en sus fosas nasales y en las ventanas durante la noche; bajo la cama, en el clóset abierto a oscuras y en las coladeras desde donde sentía escapar a un *Pennywise* mucho más amigable que sus obsesiones. La tostada tronaba entre sus muelas y raspaba también la negra cavidad de su garganta, mientras ella mantenía la mirada fija en ese hoyo oscuro.

Sabía que la solución era sencilla, llamar a un albañil para que resanara el techo y listo. Pero eso implicaba varias imposibilidades. La primera era encontrar su celular; lo escondió a propósito y a propósito también olvidó el escondite, con ello trataba de evitar que la soledad se hiciera más palpable al ver su correo vacío, su WhatsApp sin mensajes nuevos y su cuenta de Facebook bloqueada.

Además, si el trabajador venía, ella tendría que volver a sus viejas costumbres: negar su soltería alegando que su marido llegaba tarde o que trabajaba fuera para así no exponerse a coqueteos, alburas o, en el peor de los casos, asaltos. ¡No!, mandar arreglar el techo no era una opción porque, junto con todas esas agravantes, no deseaba pensar en las bagatelas domésticas que en un tiempo le interesaron tanto como para mantener a flote su «hogar». Ahora prefería hundirse en su propia comiseración, recordarse ella misma sus pérdidas y concentrarse en el tufillo del encierro en solitario.

Con tal de no escuchar sus pensamientos, se distrajo zapeando canales en la televisión y canciones estruendosas. Luego decidió sacar *su* ropa, *sus* CD's y *sus* libros de Stephen King; en un momento pensó en llenar el hueco con todos esos objetos, pero no quiso alimentar sus paredes con cosas ajenas. Así que el agujero continuó latente, vivo. Esta situación le trajo de nuevo la ansiedad y la angustia, anudadas y pugnando por reventar su esternón; comenzó otra vez a comerse las uñas, tentando la cutícula a su alrededor, rasgándola, para finalmente arrancar los pellejos con los dientes hasta sangrar. En un intento por dejarse en paz, retomó el libro: «Es difícil resistir a la cosa en momentos así. Se sirve de mis manos, de mi voz, de mi oído para alcanzar lo que quiere...»

Levantó la vista. La cosa. Ese agujero en el techo que iba agarrando forma entre más lo miraba, del que ya venían leves murmullos, posibles rasguños de alimañas entre el escombros. Entonces quiso asomarse. Buscó una linterna y el *Raid*, acercó una silla justo debajo del hoyo y se subió a ella; iluminó la oscuridad, pero la noche se tragó la luz, un aire fuerte le sopló sobre el rostro y apagó la lámpara. Forcejeó con la linterna en su afán por encenderla de nuevo, un ruido la distrajo, un ruido que venía profundo desde allí; en su desesperación por volver a encender el aparato, la silla se tambaleó y cuando caía solo oyó una burla seca desde el fondo, mientras ella golpeaba contra el piso.

Tirada en el suelo vio que unas manos delgadas y grises se asomaban entre los bordes del hueco, los dedos sangrantes alrededor de las uñas le resultaban muy familiares. Siguió viendo fijamente con gran temor, quería cerrar los ojos para no afrontar aquello que estaba a punto de salir, pero era más intensa la necesidad de saber, la enorme necesidad de tener una respuesta sobre lo desconocido, de hallar la razón de su soledad. Llegada a ese punto creía que conocer al habitante del techo era la justificación, la explicación para el abandono de Iván.

Sin pestañear y con los ojos a punto de anegarse por la intensidad de su mirada, siguió a la expectativa por algunos segundos, sin embargo, las manos se retrajeron y aquello regresó de nuevo a lo profundo de la oscuridad. Sin apartar la mirada, logró arrastrarse hasta una silla del comedor. «Dentro de mí alguien lloraba con hipo como lloran los niños y también algunos adultos cuando están a solas y consiguen escupir pedazos atorados de su infancia»: leyó de reojo el libro abierto sobre la mesa. Ella también escupía, sus uñas y los recuerdos, los pedazos atorados de su vida junto a Iván. Ahora entendía cómo él había tolerado silenciosamente esa cosa escondida en el techo, supo que eso era la causa del hartazgo y del enojo, de las discusiones y de los besos sin amor. Sí, tenía que ser. Y ahora que él se había ido, aquello se divertía haciéndola sufrir desde el agujero.

Una determinación surgió de pronto entre su ansiedad, ese tipo de determinaciones absurdas a

la que se aferra un obsesivo con tal recuperar la rutina perdida. Eso que se asomó levemente era el motivo, se había mantenido detrás del techo todo este tiempo, observando con la satisfacción del voyerista las discusiones, los gritos y los orgasmos. Eso le atizaba sus ansiedades y temores; le recordaba la malquerencia de su vida: el abandono de su padre y su soledad cuando Iván no estaba; la instigaba a escribirle, a esperar sus respuestas cada cinco minutos, para luego verla histérica, reclamando la falta de atención paterna y que ella exigía de su pareja. Todo estaba claro. La cosa era la culpable. Llamaría a Iván para pedirle perdón, el martirio que pasaron no era culpa de ninguno de los dos, sino de eso que habitaba el techo. Él entendería y regresaría a su lado.

Sus divagaciones fueron interrumpidas por un quejido agudo y antediluviano que venía desde el fondo del hueco. Lamento ancestral de criatura herida. El nacimiento de un alma en la oscuridad del universo, cuya única resistencia son las lágrimas. La cosa sufría y ella quiso saber la causa: ¿por qué alguien o algo podría sufrir así, con tanto pesar? Le recordaba a ella misma en medio de su cama, durante las noches que pasaba yerma hecha un ovillo, abrazando sus rodillas y sin poder entender qué le sucedía.

El quejido, el llanto añejo que venía de la noche, se le clavó en el estómago, provocando una gigantesca náusea. La negrura completa se le vino por la garganta hasta la boca y comenzó a vomitarla. Un estruendo removió las paredes, el techo comenzó a agrietarse en los bordes del agujero y, empujada como su negro vómito, salió la cosa, arrojó aquello. La casa y ella expulsaron a esa criatura aterida que, temerosa y rápida, se arrastró hasta la esquina de la sala, ambas lo hicieron, una a cada orilla. Ella, por la náusea y el vómito, temblaba; la cosa, por la emergencia de su nacimiento pestilente, lo hacía de igual manera. Las dos se observaron tímida y defensivamente, se dieron cuenta de sus movimientos y temblores paralelos. Sus manos largas sobre el piso, sus dedos grises y sangrantes sobre el piso; las piernas flacas y el estómago flácido, todo ahí expuesto para reconocerse como lo mismo.

En algún punto la cosa le susurró ya sin miedo, pues ella fue la primera en comprender: «Por fin llegas», dijo, y a gatas fue acercándose cada vez más, arrastrando el chapopote espeso de su dimensión; la otra estaba yerta de miedo y sus pies resbalaban mientras su espalda chocaba con la esquina que se convirtió en su prisión. Aquello cada vez más cerca, tanto que pudo verse en la redondez de sus ojos transparentes, prominentes esferas donde cupo ella y todo su universo circundante; tan cerca que reconoció la pestilencia de su soledad en la pestilencia de la boca de la cosa e inhaló profundo todo el hedor hasta que se desvaneció en una comprensión irrefutable.

Los muertos, se olvidan

Astrid Carrillo Garrido

Los muertos, dice la gente, se olvidan, pero en esta familia cargamos con ellos. Yo tengo varios, algunos incluso ni los conocí: comenzando con las primeras parejas de mis padres, de quienes a veces pienso si su unión fue fruto del sentimiento de pérdida. Un par de viudos que se entendían, una especie de complicidad necrófila, de esa de la que hablan en los manicomios.

Es difícil referirte a tus muertos en pasado, la gente solo piensa en el estado físico de la materia, ¿cómo explicar que yo sigo viendo a mi madre, tierna y taciturna, deambulando por la casa y a mi padre inspeccionando con gran ensimismamiento esos enormes libros?

Cuando mi madre falleció, Stella decidió asumir su lugar. En realidad no sé si fue ella o la sociedad, tal vez fue solo la mala suerte de haber nacido primero. Un día eres hija y al siguiente tienes siete hijos. Ella lo intentó, hizo lo mejor que pudo, era el ángel de la casa, un ángel que sucumbió apenas conoció el amor y la libertad.

La muerte abrupta desconcierta sin importar por cuántos duelos hayas pasado. Los pensamientos de rabia te invaden sin saber la causa y llamas a un ser omnipresente que no parece responder. Reclamas a la madre que se fue temprano, a la hermana mayor que tomó ese papel de forma malograda; al padre que decidió mirar a otro lado mientras dos hombres barbajanes abusaban de sus dos pequeñas hermanas.

Y entre tantos muertos ¿quién te escucha?, ¿con quién lloras? Quizás por ello comencé a escribir y prolongar estas charlas conmigo misma, quizás por eso Vanessa comenzó a pintar. Y aunque no conversábamos mucho, nos dirigíamos miradas que decían más que las palabras.

Del abuso sabíamos que no podíamos hablar, la sociedad londinense probablemente nos habría culpado, señalado y seguro dirían que todo era un invento. Las pobres huérfanas necesitan atención. De la tristeza tampoco, fui testigo de cómo borraron a una de mis hermanas del árbol genealógico tras no hallar cura, y es que cuando nadie habla de ti es como morir. Pues, con todas estas precauciones, terminé en un psiquiátrico, en un vaivén entre la felicidad y la desdicha.

Por eso te digo que yo no los olvido, yo cargo con mis muertos en el hombro y en el pensamiento. La única forma en la que descanso de ellos es cuando los dejo salir a través de mi pluma. Debo confesar que la muerte me atrae, la espera se hace larga y la vida misma parece perder sentido cuando me faltan tantos.

La majada

Sara Margarita Esparza Ramírez

Desde el umbral del pasillo largo de la vieja casona se le veía menearse con reverencia y altanería. Con un garbo que les ganaba la voluntad a todos. Chonito corría desaforado. Este muchacho despabilado —decía el tata Fidel—. Pero lo sabido es que Chonito quería de la vida nomás lo que el viento en lo alto del cerrillo Gordo le traía hasta su nariz: el rocío, la brisa, las hojas, las gotas de lluvia, los olores y lo que no olía ni tentaba pero reconocía: los hermosos colores estacionales. Desde esa ladera podía observar todo el pueblo de Malladar, soñaba con construir una cabaña en la meseta, eso si su abuelo lograba convencer al consejero de vigilancia ejidal, pues no había forma de comprar un terreno en el cerro y en palabras de don Rutis: «Ni ley que amparara su venta». Era el ladino perfecto, escurridizo tanto a trote puro como a caballo, lo mismo daba que anduviera en bicicleta. Incluso el tractor resultaba uno de los transportes más rápidos en su mente, cuantimás el caballo y la bicicleta, medios de placer y adrenalina. Cuando tata Fidel lo subía a los cuacos y se tomaba de las crines volaba y volaba, se veía siendo un muchacho valeroso que rompía los vientos a todo galope. Y lo orgullosos que sus abuelos estarían de él.

Su niñez transcurría entre las majadas, los chamizales y los cerros que delimitaban el ejido. Un día, su abuelo lo mandó a buscar los pertrechos que habían dejado escondidos. Tata Fidel era testarudo y lograba crear en la cabeza de Chonito la idea de que los azadones y las palas eran tesoros, después dejaba señales para saber dónde estaba el botín. El niño anidaba bagatelas sobre la luciérnaga que anunciaba el lugar donde se resguardaba el dinero, las aguas mágicas del pocito de Mascorro, las ánimas en pena que custodiaban los dineros como el de Miguelito Anguiano. Mientras caminaba, recordaba las historias que su abuelo le contaba; los decires no eran lo maravilloso, sino los refulgentes ojos y los movimientos dancísticos al mero estilo de los de *Mesillas*, que hacía que aquel anciano bailara como si fuera parte de la composición de un ritual indio, una mazurca o un baile africano.

Cada paso era esperanzador, mas el camino se alargaba, esa terracería que atravesaba los cerros, que los rompía exactamente por la mitad, las piedras en sus huaraches se hundían y le empezaban a colmar la paciencia, el sol calaba y lo encandilaba, su mente comenzó a hacer lo habitual.

—Ojalá que me alcance alguien —decía para sí mismo—. Mala suerte la mía, la bicicleta sin aire ¡Bah! De segurito que está ponchada. Si al menos Isma hubiera estado, me habría prestado su bombilla, así ya estaría llegando a las parcelas.

—Éita, niño —se escuchó una voz, pero Chonito ni caso hacía. Lo distraído no era parte

de los estragos del cansancio, sino una de sus habilidades, pues con un tanto de orgullo decía que era habilidoso; así nombraba sus desparpajos mentales.

—Niño, éita, tú.

—¿Yo? —respondió Chonito, asombrado, al tiempo que giraba su cuerpo, pues nunca vio de dónde salió y aún sin ver en su totalidad aquella extraña y resplandeciente figura no le inquietó.

—Sí, tú. ¿Acaso ves otra alma por aquí?

—¡En todo lugar podría topar con un alma en pena! ¿No lo sabe? Dice tata Fidel que estos montes están llenos de desgracias y de tormentosas historias. Mi amá Mica dice que son las ánimas, ni más ni menos. Pero ella me ha dicho, para que no tenga miedo eso creo, que no hacen males.

La figura, muy cercana a la de una mujer, solo meneó la cabeza de lado a lado con un dejo de incredulidad, hasta parecía que había arqueado las cejas.

—Necesito un favor.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Mi caballo no ha querido seguir caminando, está en la espesura de esa majada.

Chonito, un tanto desconcertado pero curioso como él solo, esperaba saber qué había ahí para él.

—¿De la gran majada? ¿Y cómo habría yo de ayudarlo? Con esta estatura no es posible trepar hasta las ancas del caballo sin ayuda, mucho menos sé de amansar animales. Muy apenas mi tata Fidel me enseñó a reconocer su relinchido para saber si están tristes o contentos.

Veía a la dama con una mirada de machaca. El atardecer ahora le permitía verla con mayor claridad, aunque poseía una belleza sorprendente su piel se le enchinaba, sin saberlo y menos percatarse de ello. Sus atavíos eran muy diferentes, incluso podría decirse que elegantes, sin siquiera haber visto a una mujer con apariencia similar. Las mujeres de su pueblo, su amá Mica y su mamá, que diosito se llevó cuando él apenas gateaba, tenían otros también bonitos, pero no iguales. A su madre solo la recordaba gracias a un viejo retrato que constataba lo que su mente le traía.

—Habla con mi caballo, reconoce su relinchido y convéncelo de salir. En el fondo de la majada hay un pequeño pozo, puedes quedarte con mi cofre, ya no hay que escarbar nada, solo tómallo, será tu recompensa por ayudarme.

—Sabe usted que la gran majada es muy conocida por sus añagazas. Nadie ha llegado a su centro, nadie ha salido de ahí, ni los más amaños del pueblo se atreven a cruzarla, pues dicen que hace unos cien años ahí pasaron cosas muy raras. Tata Fidel nos contó que su papá, don Aurelio Alsuma, hablaba del cómo la casa de Cande había quedado sola, la conocían como la ama de los caballos, pues según cuentan tenía un poder sobre estos animales que daba a decir que los conocía y por eso ellos atendían a su llamado. Era una señora que nunca apalabró con ningún hombre ni dio para su descrédito. Para no hacer el cuento largo, ella desapareció. Lo último que encontraron de ella fue su caballo a la entrada de la majada, a la cual bautizaron con dicho nombre. ¡Hum! ¿Usted quiere que entre yo solito? ¿Por qué no le habla a su caballo? Cualquier caballo correría abarustado, ningún animal entra por su voluntad. Mi amá Mica dice que solo los recuerdos nos dañan, quizá yo tenga muchos porque ahorita esas palabras me raspan el cogote. También dice que los idos son los únicos que pueden mirar hacia el cielo sin soñar con el mañana. Yo no le entiendo del todo, pero por algo me dice esas cosas.

—Total, no te insistiré. Iré con mi caballo —dijo la dama y se encaminó al llano—.

—Yo no dije que no lo haría, le platico lo que me dijeron y las leyendas que corren por estos lugares, usted no es de por aquí ¿verdad?

—Entonces, ¿tenemos un trato?

—Sí.

Las entrañas se le revolvían, quería echarse atrás. Sin embargo, el tata Fidel era de los de antes y le había enseñado que sin importar nada debía cumplir su palabra y más frente a una señora. Se internó en la majada. A pesar de la estatura pudo advertir que la oscuridad era mayor a cada paso y a cada segundo, tardaba una eternidad su diminuto pie entre que se levantaba y volvía a caer al suelo. Sentía escalofríos y una soltura en todo su cuerpo, sabía que caminaba pero ya no tentaba el suelo, ya no daba tropezones ni las piedras se enterraban en sus huaraches. Llegó al centro y en efecto, ahí encontró el baúl, a la luciérnaga y también el declive del atardecer. Lo único que no encontró fue el caballo; después de tomar el cofre, tampoco el camino de regreso. La luciérnaga intentó devolverle un poco de claridad, pero no pudo.

Amá Mica sigue hablando con Chonito mientras asegura que cada 12 de mayo llega cansado y se escucha clarito el sonar de las palas sobre los azadones que fue a buscar. Tata Fidel la escucha hablar y calla.

El cantar del Ouse

Vianey Guzmán

Mientras camino, en mi mente danzan indiscretas las imágenes, aparecen como neblina que se esparce mientras avanzo hacia el río, es la memoria de una vida que en la última hora se aferra al mundo. Un cine mudo, relato de una historia disuelta en las grietas de mi soledad.

Me he permitido sentirlo todo, pero el dolor se hizo adicto a mí desde el primer encuentro. Lo veo venir con su rostro arcano, no perdona mis años, jamás se ha saciado de mí. Esta vez no seré su hogar, quemaré cada ventana para que no vuelva jamás. No quedará pared alguna de esta casa que lo ha guardado todo.

Hoy celebro el no estar más, andando el último camino, arrastro mis pies que por fin han decidido pisar suelo firme, pues he procurado siempre flotar muy cerca del piso.

Este cuerpo lastimado nunca ha sentido el tacto con la tierra, hasta ahora que no seré parte de ella, ahora siento su latido que me atemorizó por tanto tiempo y me reconozco en ese ritmo mortal.

En mis manos la primera piedra, es suave y tibia, ha recibido al igual que yo la luz del sol cada mañana y me pregunto si ella al igual que yo también ha sufrido con el alma inerte las noches frías. La llevaré conmigo, esta y muchas más llenarán mis bolsillos y con su peso, que es también el peso de mis años, me hundirán en lo mas profundo de estas aguas.

No habrá mas palabras, el cantar de el río Ouse me dormirá en un arrullo eterno y deseo no regresar jamás.

La treta

Sonia Ibarra Valdez

Sentada junto a la ventana, en un pequeño sillón de guinda terciopelo, Virginia meditaba sobre el título de una obra que tenía en proceso. De pronto, su hermano Estiven interrumpió su concentración preguntándole si estaba enterada del plan que tenía su amigo Horacio: subir al Acorazado disfrazado de un príncipe etíope.

—Fantástica idea, yo quiero participar.

—Estás loca.

—Por supuesto que sí, y tú irás con nosotros.

—Ni lo sueñes, no pienso ser parte de esta tontería.

—¡Imagina! Si lo logramos, en los encabezados de los diarios se leerá: «Intelectuales engañan a la Marina inglesa». Será increíble. ¿Dónde está Horacio ahora?

—En su casa, reunido con sus cómplices.

—Vamos, acompáñame.

Virginia salió de casa con una gran sonrisa, en su cabeza el plan ya tomaba forma: los disfraces, el maquillaje, el idioma, subir al barco y regresar a casa a burlarse de todo aquello. Para ella, la única consecuencia que se avecinaba era que una mujer había burlado a los guardianes del océano. Llegaron con Horacio y este, sorprendido, infirió que su plan ya no era tan secreto y que aquellos dos debían participar en su ocurrencia.

—Por los disfraces no te preocupes, Horacio, yo los mando hacer, solo permítanme tomarles las medidas.

—Perfecto, Virginia, y ¿quién será capaz de maquillarnos? Somos tan pálidos que necesitamos un milagro para tener una piel etíope. Ya me encargaré de investigar y consigue una persona capaz de hacerlo.

—Solo nos faltará un pequeño detalle, compañeros: el idioma.

—No seas aguafiestas, Estiven, solo fingiremos que lo hablamos, nadie se dará cuenta del engaño; tú serás el traductor.

—Estás loca, Virginia.

—Ya te dije que sí, estoy demente, pero eso qué tiene que ver con hacer algo divertido. ¡Venga!, sigamos planeando.

Dos semanas transcurrieron para que el grupo tuviera listo todos los detalles de su fechoría. Primero, el telegrama hecho por un usurpador dirigido al secretario del ministro:

*Príncipe Malaken de Etiopía y corte llegan 16:20 h.
Weymouth. Quiere ver el Acorazado. Lamento último
momento. Olvidé telegrafiar antes. Llevan intérprete.
Sir Charles Hardinge*

Llegó la hora: maquillaje, vestuario, príncipe y traductor, las claves para que la aventura fuera un éxito. Todo estaba planeado con cálculo matemático. El secretario no dudó de lo que decían aquellas líneas y lo hizo reenviar al vicealmirante responsable del Acorazado, anclado en el puerto de Weymouth.

A tres horas de distancia, el grupo de artistas, ya en sus representaciones como etíopes, abordan un tren VIP para dirigirse a Weymouth:

—Vamos, practiquemos las palabras que aprendimos, no podemos cometer errores.

—Relájate, Horacio. Todo estará bien, lo hemos ensayado por días.

—Debe ser perfecto, si nos descubren, tú sabes bien, Virginia, podemos ir presos.

—Mírate, luces increíble, en este tren no hay gente más etíope que nosotros, nadie notará nuestras caras pálidas de ingleses. Con las pocas palabras y frases aprendidas es suficiente, mi hermano se encargará de la comunicación.

—Esto es una locura, ¿lo saben?

—Una fantástica locura, hermano. Tomen champaña y cálmense un poco.

—¡Salud!

Al llegar al puerto, ni Virginia ni su comitiva se esperaban tal espectáculo: una alfombra roja desplegada frente al acceso al gran barco, una banda de música que interpretaba melodías en tono bélico; algunos miembros de la Armada los recibieron con todos los honores que se pudieron dar ese día. Nadie se percató del engaño.

—Su majestad, por aquí por favor.

—¡Bunga, bunga!

—Almirante, antes de subir su magnífico buque mi príncipe desea condecorar a algunos de sus oficiales como muestra de agradecimiento por tal bienvenida.

Mientras la banda tocaba el himno nacional etíope, el falso príncipe colocó unas medallas de bisutería barata a cinco miembros de la Marina, los

visitantes no se percataron de la densa nube que se posaba sobre ellos. Una imperceptible llovizna comenzó a caer. Los nervios a ser descubiertos comenzaron a notarse en sus miradas. La lluvia era un factor que no planearon. El maquillaje comenzaba a desvanecerse. El hábil traductor, por ser quien llevaba la conversación de aquel encuentro, pidió ir a un lugar cerrado para que su alteza no se resfriara, pues no estaba acostumbrado a ese inhóspito clima.

Terminaron el acto de bienvenida y entraron al buque. Horacio veía cumplido su sueño de recorrer el imponente y glorioso Acorazado. Inspeccionaron cada rincón de las instalaciones, exclamando las palabras y frases que habían ensayado con anterioridad.

—Pasen por aquí, por favor, tenemos preparado a un fotógrafo para inmortalizar este momento.

—¡Bunga, bunga!

—El príncipe está sorprendido de tan oportuno detalle, almirante.

Virginia estaba eufórica, en su rostro se podía percibir un aire de triunfo que ninguno de los hombres presentes pudo descubrir. Una atrevida y valiente mujer estaba ahí, en ese buque, rodeada de los miembros de la Armada Marina y nadie podía evitarlo. Una carcajada se le escapó y todas las miradas se dirigieron hacia ella. El traductor le habló con falsas palabras tomándola fuerte del brazo, como un indicativo de que debía calmarse.

—Disculpen ustedes, no lo tomen a mal, es una risa festiva por lo visto y compartido en este impresionante buque.

—No se disculpe, por favor, es necesario romper el hielo de la formalidad. Dígales que de igual manera nos alegra tenerles de visita.

Después de permanecer cerca de una hora en el Acorazado, despidieron al grupo con el himno británico «Dios salve a la reina». Los artistas abandonaron el barco y fueron trasladados a la estación del tren para volver a Londres. Entre risas y copas de champaña planearon el toque principal de su fechoría: hacerla pública y poner al descubierto la ingenuidad de las fuerzas armadas.

Contaban con la fotografía que la propia Armada les había obsequiado, donde se apreciaba a los protagonistas de aquel humillante acto; pronto la hicieron llegar al diario sensacionalista de mayor circulación, junto con la narración a detalle de lo sucedido. 48 horas después la escandalosa nota aparecería en la portada del periódico, y en días posteriores varios diarios londinenses hicieron propia la noticia, dándola a conocer como uno de los engaños más grandes de la historia.

—Te lo dije, hermano, no hubo consecuencias y nos divertimos a lo grande.

—Fuimos afortunados.

—Somos unos genios. No transgredimos la ley y le gastamos una de las mejores tretas a la Armada británica, y lo mejor de todo es que una mujer fue partícipe de ella.

—¿Y qué me dices de las amenazas que hemos recibido del almirante?!

—Olvídalas. Será peor para él si se atreve a cumplirlas.

—Estás loca, Virginia.

—Lo sé.

Esa tarde, sentada en su pequeño sillón de guinda terciopelo, Virginia encontró el título de la obra que estaba por concluir: *Fin de viaje*.

La habitación

Azaret Zamudio

—¿Doctor, no hay otro tratamiento para...?

—No, Virginia, ya hemos hablado de esto.

—¿Hay posibilidad de que pueda escribir?

—Tienes que descansar tu mente.

¿Descansar mi mente? Si supieran que ella no para. En este cuarto ella y yo luchamos encarnizadamente para saber quién toma las riendas. En los últimos meses, por no decir años, he perdido sin duda alguna. Las posibles victorias que me podría adjudicar no son más que simples trampas de mi propia enfermedad, esos hurras que me alcanzan apenas para desempeñar algunas cosas de la vida que me encantaría vivir. Como las noches que escribo todo aquello que concibo al pasar por Russell Square o cuando me entrego a la imprenta, pero apenas y me alcanzan una docena de días, después no quiero salir de mi alcoba y luego, sin reparo, me proclamo como la más tonta de las mujeres que haya pisado la Tierra y me sentencio irremparablemente a morir. Sentencia que decidí acatar, como la tonta que soy, saltando de una ventana con apenas pocos metros de altura. Por supuesto, no morí. No tengo más que decir que soy la burla de los suicidas de la alta sociedad.

—Verás que con todo este tratamiento pronto regresarás a casa y podrás hacer lo que te dé tu voluntad...

¡Voluntad! Me lo dice mientras me tiene atada a una camilla sin posibilidad alguna de escribir. He obtenido una habitación propia muy diferente a todo lo que había buscado de niña. Habitación en la que, mientras se ilumina de este a oeste, no hay más que una rueda atascada de pensamientos dando vueltas sobre el mismo lodazal. Con un poco de misericordia médica podría escribir lo que me mata y después quemarlo para que no quede constancia del dolor que forma parte de mí desde que me alcanza la memoria.

—... y regresará la loba de Bloomsbury más feroz que nunca.

¿La loba de Bloomsbury? Ante mis pensamientos no llego a ser más que una perrita de alguna dama de la corte isabelina, temerosa de cualquier sombra del pasado que se deje ver. Las

correas alrededor de mi cuerpo me parecen demasiado. La densidad de mis pensamientos podría ser suficiente para mantenerme anclada a esta camilla. Mis pensamientos son tan pesados que no permiten fluir las ideas volitivas, ni las comandas que le hago a mi cuerpo. Son tan densos que no hay espacio para que pueda pasar un «levántate, Virginia» más allá del eco de mi voz interna. Claro, no vaya a ser que me quiera matar otra vez. Hay tantos planes que incluyen mi final, pero falta ese impulso, esa chispa que viene del desconsuelo y que hace estallar la locura de los ahogados voluntarios.

Virginia, nombre de mal augurio, sentencia de la soledad, como si en esas letras estuviera impreso el destino de perder a todo aquel que se encuentra cerca de mí. Primero mi madre, luego Stella, después papá. ¿A qué Dios se le reza cuando se vive en el infierno antes de cualquier condena? No hay quietud que apacigüe las vívidas llamas de mi pensamiento. La respiración de George, su voz diciendo: «¿Qué quieres, Virginia, que me ensucie con las prostitutas?»; la carta que anunció el final de Stella, la pálida tez de mi madre, de mi padre; un grito que rompe el silencio del psiquiátrico y que hace emerger de mis ojos las palabras hechas agua, las historias corriendo para volverse nada; un grito que es más un timbre para que las enfermeras hagan su trabajo; un grito que rompe en los berridos de una niña atrapada en el cuerpo de una mujer; un grito que se apaga con éter.

MIRADAS DIVERSAS: LA VIOLENCIA DE GÉNERO DESDE LAS HUMANIDADES

MARÍA DEL CARMEN DOLORES CUECUECHA & ADRIANA SÁENZ VALADEZ (COORDINADORAS)

Norma Gutiérrez Hernández

El libro *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*, publicado en 2022 por la Universidad Autónoma de Tlaxcala, la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y la editorial Silla vacía es un referente central en las problemáticas contemporáneas de nuestro orden social, en específico, de las violencias por razones de género contra las mujeres, de hecho, diría que debe ser parte del acervo bibliográfico de quienes nos asumimos como personas feministas, pero, sobre todo, de quienes no lo son, no se asumen o tergiversan el concepto, para que se afilien y sepan lo que dice Chamamanda, feminista nigeriana: «Todas las personas deberíamos de ser feministas».

Miradas diversas es una memoria de la cultura escrita violeta, que debe estar presente entre otros escenarios, en los programas de estudio de las asignaturas que impartimos, permeadas con la perspectiva de género, haciendo eco al decreto del 18 de abril de 2023, en el que se adicionó al artículo 45 de la Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia lo siguiente:

XII. Eliminar de los programas educativos los materiales que hagan apología de la violencia contra las mujeres o contribuyan a la promoción de estereotipos que discriminen y fomenten la desigualdad entre hombres y mujeres [...] incluir en los planes y programas de estudio, el derecho de las mujeres, adolescentes y niñas a una vida libre de violencias, y educación con perspectiva de género, los que serán ejes transversales, para la prevención, integración y desarrollo social; y para el logro de la igualdad entre mujeres y hombres (Diario Oficial de la Federación).¹

A tono con esto, y como lo precisa la Ley General de Educación Superior (2021), que tiene todo un eje transversal de la perspectiva de género para la forja de una igualdad sustantiva y, de particular importancia, la prevención, atención y eliminación de la violencia contra las mujeres en las Instituciones de Educación Superior (IES),² el libro *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*, coordinado por las doctoras María del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza y Adriana Sáenz Valadez, académicas de talla notable, estará presente en los cursos del siguiente semestre que tengo a mi cargo «Educación y género», en la Maestría en Educación y Desarrollo Profesional Docente, e «Historia de mujeres y género» en la Licenciatura en Historia de la UAZ, en tanto que ambas asignaturas integran, como uno de los contenidos, el tema de la violencia contra las mujeres. En realidad, todos los cursos, de manera puntual, deberían abordar el tema de la violencia de género, en tanto que dicha problemática es de larga data y está

¹ Diario Oficial de la Federación, p. 32.

² Cfr. Norma Gutiérrez, Beatriz Marisol García y Josefina Rodríguez, «Ley General de Educación Superior (2021): una lectura de género».



María del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza y Adriana Sáenz Valadez (coordinadoras), *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*, Universidad Autónoma de Tlaxcala-UMSNH-Silla vacía, México, 2022.

presente en todos los contextos sociales pretéritos y contemporáneos. Este es uno de los principales aciertos en el libro, en tanto que visibiliza en todo su esplendor distintas violencias contra las niñas, jóvenes y mujeres, a través del análisis de diferentes obras, con una sinfonía de posturas teóricas clásicas y actuales sobre los temas de género.

Miradas diversas está integrado por nueve capítulos, desde el campo de la literatura (asignatura que preside el texto), la filosofía y la antropología; así como un valioso apartado introductorio al tema intitulado «Breve panorama sobre la violencia». Las plumas de las autorías en cada uno de estos apartados son sólidas, en franca filiación con los Programas Nacionales Estratégicos (PRONACES), sobre todo en el campo educativo: generan conocimiento de impacto social, aunque también sentimientos: impotencia, tristeza, decepción, de la mano de la sororidad y, especialmente, querer hacer algo para prevenir, atender, sancionar y erradicar estas violencias que cómo nos laceran a las mujeres de cualquier condición etaria, de cualquier ideología, incluso militantes del feminismo.

Por supuesto, y ese es un plus enorme en la obra, invita a acudir directamente a los textos que retoman las autoras y los autores que hacen los capítulos, es decir, seducen sobremanera para leer a cabalidad todo lo que se sintetiza o retoma en las interpretaciones discursivas que hacen los dueños y las dueñas de estos pedazos de la realidad sobre el tema de la violencia contra las mujeres.

El libro puede leerse desde distintas posibilidades; una de ellas es rescatando los ejes transversales de los tipos de violencias por razones de género que integran la obra. De esta manera, una vez dejando claro la ingente tarea que tenemos para prevenir, conocer, sensibilizarnos y atender las violencias contra las mujeres, los capítulos dan pauta a los siguientes lineamientos:

Primero). La violencia que experimentamos las mujeres por la construcción de género tradicional de que somos objeto, a través del amor romántico. Visto en estos términos, una autora precisa que en la idea que nos han inculcado de encontrar y mantener la media naranja, perdemos el principal amor: a nosotras mismas. La cuestión con esto no es solo la anulación de las mujeres, sino que algunas —o muchas: la cifra es de diez cada día en este país—, pierden su vida, no sin antes padecer un viacrucis cotidiano de violencias de toda índole. De la mano de esto va la reflexión del matrimonio como un cautiverio, retomando a Marcela Lagarde en su tesis doctoral.³ En esta línea sobresale la idea de género para las mujeres que nos comparte Dolores Cuecuecha a propósito de Cristina Rivera Garza: «proveedora de los afectos, los cuidados y los roles patriarcales de esposa y madre».⁴

En suma, «las mujeres son objeto del amor, pero no sujetas del amor».⁵ Las mujeres estamos en desventaja en el amor y eso queda muy bien analizado en el libro, por lo que solo retomo esta paráfrasis, con base en una cita del texto:

las mujeres estamos en desventaja en el amor con respecto a los hombres, nos convertimos en “mujeres habitadas”, “colonizadas” porque hemos perdido nuestra individualidad. Una mujer después del amor se queda vacía, ya que ha perdido el centro de su vida, pensamientos y afectos, en tanto que los ocupa otra persona.⁶

³ Cfr. Marcela Lagarde, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*.

⁴ María del Carmen Dolores Cuecuecha Mendoza, «El amor romántico y la violencia de género en *El invencible verano de Liliana*, de Cristina Rivera Garza» en *Miradas diversas*, p. 36.

⁵ *Ibidem*, p. 37.

⁶ *Ibidem*, p. 38.

El legado didáctico de estos planteamientos es claro: «el amor romántico conduce a relaciones de dolor, sufrimiento y violencia entre las parejas heterosexuales que llegan, incluso, al feminicidio, por lo que es una prioridad desmontarlos de las mentes de mujeres y hombres».⁷

Segunda) La violencia que padecen las mujeres por su adscripción social al espacio doméstico y familiar. Las *reinas del hogar o lacayas* en la esfera privada, porque no solo compete a las que tienen una argolla matrimonial, sino a todas las que están a cargo de una esfera privada, mujeres que lidian con no poder construir *su biografía*, por el enorme tiempo que ocupan en las labores de la familia, la domesticidad y los cuidados. El CONEVAL, el INEGI y un valioso estudio en el libro dan cuenta de ello.⁸ Una cita sintetiza el planteamiento de la también coordinadora del libro, Adriana Sáenz Valadez:

Observamos cómo las creencias para la masculinidad de liderazgo, fuerza y manutención están enfocadas a realizarse en los espacios públicos. La masculinidad pondera que las actividades están en sintonía con las creencias. Nuevamente observamos que la comprensión de lo que implica hacer cultura delinea la menor participación de los hombres en las actividades del llamado espacio privado.⁹

El sustento de la autora en esto es claro: «la dicotomía-oposición naturaleza y cultura»,¹⁰ que carece de razón, pero que en la práctica designa a las mujeres y los hombres, respectivamente. Como mujeres, miremos en nuestro interior este lineamiento, que habla de las mayores inequidades entre hombres y mujeres, casada o no: ¿cuánto tiempo dedico a las labores de atención familiar y doméstica —a la atención de «los otros u otras» como diría Basaglia—. ¹¹

Tercero) Las violencias intergenéricas (entre mujeres y hombres) y las violencias intragenéricas (entre mujeres). Estas últimas, también llamadas «feminidades tóxicas o misoginia entre mujeres», de acuerdo con América Luna,¹² son una tarea pendiente del feminismo contemporáneo: que las mujeres aprendamos a relacionarnos entre nosotras, que nos apoyemos, que tengamos una ética de cuidado, que reconozcamos que no somos el enemigo y que nuestra separación, aversión u odio fortalece el sistema patriarcal. En este mismo trabajo, de Cándida Elizabeth Vivero Marín, que se sustenta en la obra *Casas*

⁷ *Ibidem*, p. 39.

⁸ De manera sintética, los lineamientos en torno a esto se refieren a que las mujeres realizan más labores domésticas y de cuidados sin remuneración, lo que además de hablar de una falta de corresponsabilidad entre uno y otro sexo, incide para que las mujeres vean limitadas sobremanera su inserción en ámbitos de trabajo con percepción salarial. Además, esta es una situación de larga data, con asimetrías en las horas destinadas para llevar a cabo todo lo que tiene que ver con lo doméstico, familiar y de cuidados. De esta manera, en un estudio nacional se obtuvieron estos parámetros para el trabajo de cuidados: «27.8 horas semanales para las mujeres y 15.2 para los hombres. En cuanto a los quehaceres domésticos, las mujeres dedicaron entre el 2.2 y 3.2 veces más, presentándose las brechas más amplias en situación de pobreza. A nivel nacional, ellas destinaron en promedio 22.0 horas semanales, mientras que ellos dedicaron 8.2 horas». CONEVAL, Comunicado del 8 de marzo de 2021, Día Internacional de la Mujer, p. 1.

⁹ Adriana Sáenz Valadez, «Permiso para violentar: las nociones sobre los géneros», en *Miradas diversas*, p. 81.

¹⁰ *Ibidem*, p. 84.

¹¹ Franca Basaglia, *Mujer, locura y sociedad*.

¹² América Luna, «Mujeres juntas, ¿ni difuntas? Feminidades tóxicas y sus alrededores», pp. 15-17.

vacías de Brenda Navarro, también está presente la violencia dirigida al sector infantil y, centralmente, la violencia a los cuerpos a las mujeres en las relaciones de pareja.

Cuarto) Fernanda Carolina Ochoa y Gabriel Osuna, de la Universidad de Sonora, hablan certeramente de la violencia dirigida a las personas transgénero, y contribuyen sobremanera a un estado del arte en el tema, que se encuentra en situación virginal y en el principal peldaño de la vulnerabilidad, en virtud de que este tipo de violencia está respaldada «por prácticas culturales y no permite que coexistan entidades que se manifiestan fuera de la heteronorma». ¹³ Así, continúa la cita páginas más adelante, este constructo «provoca en sí el rechazo inmediato, permitiendo toda clase de violencias que además de invisibilizar, destruyen la existencia de la comunidad, real y metafóricamente». ¹⁴

Quinto) Un quinto tipo de violencias que aborda el libro es el de las mujeres migrantes y pobres, quienes cruzan nuestra frontera del sur para seguir su camino hacia el norte, en busca de mejores condiciones de vida en la parte septentrional de México o el vecino país, Estados Unidos. Los quince cuentos que integran la obra *Barcos en Houston* son el sustento del investigador de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México para analizar esta problemática. Las películas del nuevo cine mexicano sobre la violencia migratoria se quedan cortas frente al análisis que está en el capítulo sobre «mujeres que se relacionan con trailereros, maras, polleros, policías corruptos, matones o tratantes de mujeres», ¹⁵ con un trasfondo de una «pobreza centroamericana dejada por las guerrillas, las intervenciones militares extranjeras, la migración, la desintegración familiar y un largo periodo de violencias». ¹⁶

Esta afrenta que sufren las mujeres migrantes en nuestro país recoge toda la incompetencia, corrupción y descomposición de las instituciones y autoridades nacionales, que debieran regular, cuidar, proteger, aplicar las leyes y ser guardianes de los cuerpos y vidas de estas niñas, jóvenes y mujeres que no tienen nada y, con su tránsito por México, pierden toda posibilidad de tener algo.

Sexto) Las violencias contra las niñas y los niños también es una línea que explora *Miradas diversas*. Según Jaqueline Bernal Arana, de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, las historias de este sector, al igual que las de las mujeres, son «invisibles o inaudibles». La autora retoma la obra de Adela Fernández, quien padeció violencia en su infancia por su propio padre, «el bastión del cine de oro nacional»: Emilio el Indio Fernández; por ello, su hija, en la obra que se retoma en este capítulo «desvela un orden patriarcal del que ella fue víctima y testigo (*testiga*)». ¹⁷ De esta manera, nos comenta la investigadora:

Los cuentos de Adela Fernández nos sorprenden además por su crueldad; sus personajes son seres negados a la felicidad, como en una pesadilla pasan del fracaso a la desesperanza; del desencuentro al extravío; de la incomunicación a la soledad. ¹⁸

¹³ Fernanda Carolina Ochoa Flores y Gabriel Osuna Osuna, «Violencia y representación de la mujer trans en *Por debajo del agua*, de Fernando Zamora», en *Miradas diversas*, p. 113.

¹⁴ *Ibidem*, p. 129.

¹⁵ Gerardo Bustamante Bermúdez, «Cuerpos femeninos y violencia en *Barcos en Houston*, de Nadia Villafuerte», en *Miradas diversas*, p. 136.

¹⁶ *Ibidem*, p. 137.

¹⁷ Jaqueline Bernal Arana, «Sombria infancia. Violencia y niñez en cuentos de Adela Fernández», en *Miradas diversas*, p. 163.

¹⁸ *Ibidem*, p. 165.

La violencia sexual es un sustento en el análisis de este capítulo, a tono con el primer lugar que tiene México en el mundo en esta problemática social: abuso sexual infantil.

La violencia a sectores tan vulnerables como las niñas y los niños es mayúscula en México, y es algo que debe ser de nuestra competencia, de quienes nos asumimos como personas adultas, sin tener un cargo o puesto importante, solamente por contar con más años que debieran permitir dimensionar la flagrante atrocidad que se comente contra estas personitas. Tal vez así dejaríamos de leer noticias como esta, que ocurrió en Guadalupe, Zacatecas: el suicidio de una niña de 11 años de edad.¹⁹

Séptima) También de la Universidad Autónoma de Tlaxcala es la pluma del capítulo 7, de Micaela Morales López, cuyo sustento bibliográfico es *Reencuentro de personajes*, de Elena Garro. Al escuchar este nombre sabemos que el tipo de violencia es de género, conocida por la propia escritora, quien ni siquiera escapó a la violencia que la editorial española hizo al promocionar su texto, lo que a Consuelo Sáenz le valió esta declaración: «una chulada de referencias misóginas, machistas y sexistas que terminan por demeritar la obra en cuestión».²⁰ Con esta anécdota, la investigadora de Tlaxcala comienza su análisis.

El capítulo refiere violencias contra las mujeres sustentadas desde el primer libro de la Biblia, con toda la carga y legado que ello implica en el imaginario popular; a la par, refiere todos los tipos de violencias que experimenta la protagonista, tanto en público como en privado, en gran medida por la homosexualidad de su pareja y su doble moral, moviéndose en el terreno de la «hipocresía y las apariencias», como hacen los violentos: «la desarma, la somete, la violenta hasta reducirla a la nada».²¹

La violencia que más recibe Verónica, la protagonista, es sobre todo psicológica, la campeona de las violencias, la que más ejercemos y la que más nos ejercen. Aunque tampoco escapa de la violencia física y la económica. En síntesis, este trabajo habla de:

[...] la maldad y el poder patriarcal, la victimización del personaje femenino mediante su sometimiento y abandono, quien al final termina siendo solo un fantasma, una mujer sola y débil. La novela de Garro rompe con la lectura tradicional y anula la lectura inocente e incrédula, por lo mismo, demanda lectores (*y lectoras*) comprometidas.²²

Pero también da una luz en el camino: «la mujer comprende que había dejado de existir».²³ Este es el primer paso para convertirnos en sujetas, la comprensión de lo que nos está pasando, en aras de su reversión.

Octavo) El capítulo 8 también alude a Elena Garro, con el cuento «La culpa es de los tlaxcaltecas», publicado en 1964. La protagonista, Laura, está envuelta en una situación de violencia de género por parte de su marido y su suegra. Claudia Alejandra González, de la Universidad Autónoma Metropolitana, toca el tema de las feminidades tóxicas. Asimismo, está presente la categoría de análisis de los cautiverios de Lagarde. Lo interesante es cómo, en voz y actuación del personaje principal, Laura, se modifica, desde el planteamiento de Garro, el arquetipo de la Malinche, en franca contraposición a la figura que recrea Octavio Paz y que a la fecha sigue derramando ríos de tinta,

¹⁹ *Imagen*, «Encuentran muerta a menor de edad en la colonia Valle del Conde», 25 de abril de 2023.

²⁰ Micaela Morales López, «Control y castigo en *Reencuentro de personajes*, de Elena Garro», en *Miradas diversas*, p. 177.

²¹ *Ibidem*, p. 193.

²² *Ibidem*, p.194.

²³ *Ibidem*, p. 196.

sobre todo en la línea que se maneja en este capítulo.²⁴ De esta forma, Garro le quita la negatividad a la Malinche, que le había etiquetado quien fuera su pareja por veintidós años; Garro le da otra reinterpretación al icónico personaje a través de una relación de violencia doméstica, en donde la mujer sometida se convierte en sujeta, así como su autora, ambas poniendo distancia con quien les violenta:

Al irse de su casa y dejar a su esposo, la protagonista del cuento se afirma y se permite inventarse a sí misma, como la Malinche fue capaz de inventar un nuevo mundo y liberarse de su condición de esclava. Laura deja fuera las interpretaciones que la sociedad ha hecho de ella para definirse por sí misma.²⁵

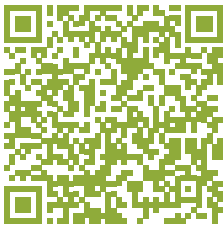
Novena) «Emparedar mujeres» es el tipo de violencia que cierra el libro. Al escuchar este título, pareciera que estamos frente a un texto que aborda situaciones de siglos atrás, o bien, de otras realidades geográficas diferentes a México, pero la autora del capítulo, Lilia del Carmen Granillo-Vázquez, además de dar referentes históricos puntuales, como *La catedral del mar* llevada a la pantalla en la plataforma Netflix, nos dice que son historias contemporáneas en la realidad nacional. El simple dato es escalofriante, frente a todos los instrumentos internacionales, leyes nacionales y locales e instituciones especializadas que existen sobre la violencia contra las mujeres. La autora sentencia: «Las emparedadas develan una forma extrema de ejercer la dominación patriarcal».²⁶ Totalmente de acuerdo. La autora quiere que tomemos conciencia de que

Escribir de los emparedamientos como formas del feminicidio, del generocidio, apoyará la toma de conciencia para desarticular las violencias contra las mujeres. Servirá también para el autocuidado, para asumir la responsabilidad de cuidarnos, cuidar a otras, denunciar, prevenir para atender y erradicar esas violencias.²⁷

También hace hincapié en que hay «una literatura del emparedamiento de mujeres basada en prácticas culturales de la sociedad patriarcal».²⁸ El momento bibliográfico sobre esta temática es también una de las riquezas del capítulo.

Por todos los nueve señalamientos que he referido y mucho más, el libro es altamente recomendable y deja claro un mensaje: hay que acabar con esta epidemia silenciosa, que además ya tiene vacuna: se trata de una educación en la equidad, en las nuevas masculinidades, en forjar relaciones entre mujeres de cuidado mutuo, en entender lo que son las violencias para prevenirlas, más que para atenderlas, en aprender que a la primera hay que irnos, como pregona el feminismo y, también empoderarnos, despatriarcalizarnos, como dice Marcela Lagarde, tomar conciencia, actuar a nivel individual y colectivo frente al monstruo patriarcal que ronda cada momento en nuestras vidas.

Por ello, el libro tiene una gran valía, pues visibiliza el hecho, ayuda a las mujeres a entender las violencias, las muestra en todo su esplendor, grita literalmente en las casi doscientas cincuenta páginas por el armado teórico y fáctico que enuncia, por qué debemos de no tolerar relaciones tóxicas, por qué debemos de educarnos para desarticularlas.



Descarga: *Miradas diversas: la violencia de género desde las humanidades*

²⁴ Véase: Arlett Cancino, *Resignificación simbólica y genealogía femenina. Las nuevas identidades de La Malinche en la dramaturgia mexicana escrita por mujeres de 1975 a 2010* (tesis doctoral).

²⁵ Carla Alejandra González de Pedro, «La Malinche y su representación en “La culpa es de los tlaxcaltecas”, de Elena Garro», en *Miradas diversas*, p. 209.

²⁶ Lilia del Carmen Granillo-Vázquez, «Emparedar mujeres: clamores y denuncias poéticas», en *Miradas diversas*, p. 217.

²⁷ *Ibidem*, p. 221.

²⁸ *Ibidem*, p. 218.

Fuentes

Basaglia, Franca, *Mujer, locura y sociedad*, BUAP, Puebla, 1983. Cancino, Arlett, *Resignificación simbólica y genealogía femenina. Las nuevas identidades de La Malinche en la dramaturgia mexicana escrita por mujeres de 1975 a 2010* (tesis doctoral), Universidad Autónoma de Zacatecas-Doctorado en Estudios Novohispanos-Unidad Académica de Estudios de las Humanidades, Zacatecas, 2022. Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), Comunicado del 8 de marzo de 2021, Día Internacional de la Mujer. Recuperado de: <https://www.coneval.org.mx/SalaPrensa/Comunicadosprensa/Documents/2021/COMUNICADO_03_DIA_INTERNACIONAL_MUJER.pdf>. Fecha de consulta: 2 de mayo del 2023. Diario Oficial de la Federación (DOF), Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia, 2007. Recuperado de: <<https://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/LGAMVLV.pdf>>. Fecha de consulta: 1 de mayo del 2023. Gutiérrez, Norma, Beatriz Marisol García y Josefina Rodríguez, «Ley General de Educación Superior (2021): una lectura de género», en *IV Congreso Internacional de Educación y Desarrollo Profesional Docente*, UAZ, Zacatecas, 2022. Lagarde, Marcela, *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, UNAM, México D. F., 1993. Lagarde, Marcela, *El feminismo en mi vida. Hitos, claves y topías*, Instituto de las Mujeres de la Ciudad de México, Ciudad de México, 2012. Luna Martínez, América, «Mujeres juntas, ¿ni difuntas? Feminidades tóxicas y sus alrededores», *Universitaria*, V. 4, Núm. 31, marzo de 2021, pp. 15-17. Recuperado de: <<https://revistauniversitaria.uaemex.mx/article/view/16274/11882>>. Fecha de consulta: 1 de mayo del 2023. Ngozi Adichie, Chimamanda, *Todos deberíamos ser feministas*, Penguin Random House, Ciudad de México, 2022. *Zacatecas en Imagen*, «Encuentran muerta a menor de edad en la colonia Valle del Conde», 25 de abril de 2023. Recuperado de: <<https://imagenzac.com.mx/seguridad/encuentran-muerta-a-menor-de-edad-en-la-colonia-valle-del-conde/>>. Fecha de consulta: 1 de mayo del 2023.

LAS OLAS VIRGINIA WOOLF)

Un ondulante pensamiento en las olas Martha Edith Rocha Orozco

Leer a Virginia Woolf es una de las experiencias más bellas y a la vez peligrosas que puede experimentar un lector. En caso de ser un lector imprudente, esto podría incurrir en sufrir un accidente, pues ahondar en aguas desconocidas causa desinterés e incluso mata las ganas de leer. Confieso haber sido esa lectora temeraria, aunque corrí con suerte, ya que mi primer contacto con *Las olas* no logró alejarme, solo me orilló a la superficie como señal de reencuentro. Fue acertado no querer adentrarme aquella vez en las palabras de Woolf. Esto ocurrió hace cinco años. Ahora puedo decir que he leído su obra con cautela, fluidez y, lo más importante, gusto.

En primera instancia la novela comienza en el amanecer desde una playa. Un alba que posiblemente algunos hayan experimentado en su vida. Se nos cuenta el nacimiento del sol y el despliegue de su luz, que aclara poco a poco para distinguir el horizonte que divide el cielo del mar. Se describen las olas, detalladas como líneas que rayan una tras otra en la superficie y cómo rompen al deslizarse en el sutil velo de agua blanca



Virginia Woolf, *Las olas*, Debolsillo, México, 2011.

sobre la arena. Continúa la descripción, al guiar la luz del alba a la playa, a un hogar, a una ventana y finalmente a un dormitorio, lo que genera un sentimiento de extrañeza en el lector. Desemboca la atención e imaginación en un espacio estático, donde no hay presencia, ni acción y ni protagonista. Causa duda seguir leyendo. Me ocurrió a mí y tal vez te pase también a ti. Sin embargo, en ese momento de intriga, donde solo hemos contactado con un espacio pictórico, este revive con un pensamiento, sí, un pensamiento.

Aparecen no una, sino siete voces alternadas. Soliloquios que reflejan la personalidad, género, preocupación, pasión y temor de cada voz y, al estar juntas, forman una conciencia como tema central de la novela. El concepto de la trama es experimental, puesto que el interés de la autora es centrarnos en qué nos dicen los pensamientos de estos siete personajes, cuáles son sus percepciones o interrogantes, qué manifiestan sus espíritus mientras interactúan cotidianamente.

La escritora londinense busca examinar el discurso del personaje desde la mente y no desde el acto, pues a medida que nacen las voces del pensamiento, intuimos las acciones de cada individuo, pero no el ambiente que propicia la acción de las voces de Bernard, Susan, Rhoda, Jinny, Neville, Louis y Percival. El exterior revela las miradas, los encuentros y los deseos de cada uno; se confiesan de manera inaudita las fases y surgimientos de sus pensamientos. Adquieren protagonismo cada uno en la lectura. Los momentos de importancia son el aquí y no el allá de su tiempo que trascurre y se manifiesta como amalgama de colores que remiten a las etapas de vida: el nacimiento, la juventud y la muerte.

En ese sentido, el espacio estático cobra importancia en la novela como metáfora del tiempo en la vida, el paisaje será el mismo, pero varía en vista, color y hora. Al igual que la naturaleza humana, cambia con los días y los años y se transforma poéticamente. Un espacio se mantendrá estacionado, pero el movimiento de la conciencia hará la diferencia, las ideas distarán de la lógica y aparecerán constantes como el movimiento de las olas. Finalmente, al leer con cuidado, puede uno percatarse de la intención de la escritora de adentrarnos a un umbral complejo en el que la mente de cada personaje engloban lo que aparecerá en forma de cuestionamiento. Ahora me pregunto: «¿Quién soy yo?». He estado hablando de Bernardo, Neville, Jinny, Susan, Rhoda y de Louis. ¿Soy yo todos ellos?, ¿soy uno solo y diferente de todos? No lo sé, porque sin pensarlo formo parte de ese flujo de conciencia.

Cien años de la fiesta de la Señora Dalloway

La muerte de la polilla

Virginia Woolf

Versión de Antonio Sandoval Iasso

Las polillas que vuelan de día no deben llamarse propiamente polillas: no provocan esa placentera sensación de oscuras noches otoñales y floreciente hiedra que la más común, la que duerme a la sombra de la cortina con sus alas amarillentas, nunca deja de despertar en nosotros. Son criaturas híbridas, ni alegres como mariposas ni sombrías como las de su género. Sin embargo, este espécimen, con sus estrechas alas del color del heno, con flecos de borla del mismo color, pareciera estar contenta con la vida. Una agradable mañana de mediados de septiembre, suave, benigna, pero con un aire más penetrante que el de los meses de verano. El arado surcaba el campo opuesto a la ventana, y donde la reja se había enterrado, la tierra estaba aplanada y reluciente por la humedad. Con la energía que llegó arrolladora desde los campos y más allá era difícil mantener la vista solo en el libro. Incluso las grajas, que mantenían una de sus festividades anuales, sobrevolaban alrededor de las copas de los árboles y parecía como si una vasta red con miles de nudos negros hubiera sido echada al aire para, luego de un momento, hundirse lentamente sobre los árboles hasta que pareciera que en la punta de cada ramita había un nudo. Entonces, repentinamente, la red se lanzaba al aire de nuevo, esta vez en un círculo más amplio, con sumo clamor y graznidos, como si ser arrojado al aire y posarse lentamente en las copas de los árboles fuera una experiencia tremendamente emocionante.

La misma energía que inspiraba a las grajas, a los aradores, a los caballos e incluso, parecía, a las esbeltas colinas desnudas, envió a la polilla revoloteando de un lado a otro en su cristal cuadrado de la ventana. No podía dejar de mirarla. Y estaba consciente, de hecho, de un extraño sentimiento de pena por ella. Esa mañana, las posibilidades de satisfacción lucían tan enormes y tan variadas que solo hacer la parte de una polilla en la vida, y de una polilla de día, parecía un destino difícil, y su entusiasmo por disfrutar al máximo sus escasas oportunidades, patéticas. Voló vigorosamente a una esquina de su compartimento y, después de esperar por un segundo, cruzó a la otra. ¿Qué más le quedaba sino volar a la tercera y luego a la cuarta esquinas? Era todo lo que podía hacer, pese al tamaño de las colinas, la anchura del cielo, el remoto humo de las casas y la romántica voz, cada cuando, de un vapor en el mar. Hizo lo que podía hacer. Mirándola, parecía como si una fibra, muy delgada pero pura, de la energía del mundo se hubiera clavado en su frágil y diminuto cuerpo. Las veces que cruzó el cristal, pude imaginar un hilo de luz vital volviéndose visible. No era más que vida.

Aún así, porque era una forma simple y pequeña de la energía arrolladora que llegaba a través de la ventana abierta y se hacía camino a través de los corredores estrechos e intrincados de mi mente y de la de otros seres humanos, había a la vez algo maravilloso y patético en la polilla. Era como si alguien hubiera tomado una pequeña gota pura de vida y, decorándola lo más ligeramente posible con plumón y plumas, la hubiera puesto a bailar y zigzaguear para mostrarnos la verdadera naturaleza de la vida. Dispuesto de ese modo no podía superarse su extrañeza. Se es apto para olvidar todo sobre la vida, verla abollada y dominada y adornada y estorbada de tal manera que tenga que moverse con la mayor circunspección y dignidad. De nuevo, la idea de que de haber nacido bajo cualquier otra forma ocasiona que se vean sus acciones con cierta piedad. Después de un tiempo, cansada de su baile aparente, se quedó al sol en el alféizar de la ventana y, llegando el raro espectáculo al final, la olvidé. Entonces, con mi vista hacia arriba, atrajo mi mirada. Trataba de reanudar su baile pero parecía tan rígida o tan incómoda que solo podía revolotear hacia la base del vidrio, y fracasó cuando trató de volar a través de él. Concentrada en otros asuntos, miré estos intentos inútiles sin pensar en ellos, esperando inconscientemente que retomara el vuelo del mismo modo en que se espera que una máquina que ha dejado de funcionar momentáneamente vuelva a encender sin considerar la causa de su falla. Quizá después del séptimo intento, resbaló de la cornisa de madera y, revoloteando, cayó sobre sus alas en el alféizar. La impotencia de su postura me despertó. Súbitamente pensé que estaba en dificultades; no podía levantarse y sus patas se esforzaban en vano. Sin embargo, mientras le extendía un lápiz con la intención de que se enderezara, vino a mí la idea de que los fallos y la incomodidad se debían a la cercanía de la muerte. Dejé el lápiz de nueva cuenta.

Sus patas se agitaron una vez más. Miré como buscando al enemigo contra el que luchaba. Miré fuera de las puertas. ¿Qué había pasado ahí? Presuntamente era medio día y las labores del campo se habían detenido. La quietud y el silencio ocupaban el lugar que había tenido la animación previa. Las aves se habían retirado a alimentarse al arroyo. Los caballos se quedaron quietos. Sin embargo, el poder se encontraba ahí de todos modos, amontonado, indiferente, impersonal, sin prestar atención a nadie en particular. De alguna manera, opuesto a la pequeña polilla del color del heno. Era inútil tratar de hacer algo. Solo se podían mirar los esfuerzos extraordinarios que hacían las pequeñas patas contra la fatalidad inminente que si quería podía arrasar una ciudad entera, y no solo a la ciudad sino a masas de seres humanos; sabía que nada tenía alguna posibilidad contra la muerte. Sin embargo, después de descansar las patas se agitaron de nuevo. Fue tan soberbia esta última protesta y tan frenética que consiguió al fin enderezarse. Todas mis simpatías estaban, por supuesto, del lado de la vida. Además, cuando no hay alguien que se preocupe o padezca, este enorme esfuerzo de una pequeña e insignificante polilla, contra una fuerza de tal magnitud, para retener algo que nadie más valora o desea conservar, causa una extraña sensación. De nuevo, de alguna manera, vi la vida en una gota pura. Levanté el lápiz de nuevo, aunque sabía que sería inútil. Y a pesar de que lo hice, las inconfundibles señales de la vida se mostraron. El cuerpo se relajó e instantáneamente la rigidez volvió. La lucha terminó. La insignificante criaturita conoció la muerte. Mientras miraba a la polilla muerta, este diminuto triunfo secundario de una fuerza secundaria sobre un antagonista tan malvado me llenó de asombro. Tal como la vida había sido extraña unos minutos antes, ahora la muerte era extraña. La polilla, ya enderezada, yacía de la manera más decentemente y sin quejarse. Así es, parecía decir, la muerte es más fuerte que yo.

Un punto de vista sobre el maltrato

Marina Arjona

Estoy convencida de que vivimos el maltrato casi diariamente, de que estamos inmersos en la *cultura del maltrato*, y considero, igualmente, que ni siquiera nos percatamos con claridad de ello.

Es por eso que he creído pertinente hablar ahora un poco sobre el tema. Y a ello me mueve principalmente procurar que las cosas no sigan así: «ha llegado el momento de prepararse para lograr ser expertos, ante todo, en motivar cambios relacionales en la gente que lo necesita realmente. Lo que significa provocar la *necesidad* [el subrayado es mío] del cambio, además de ser capaces de inducirlo», anota Mara Selvini Palazzoli en la presentación del libro *Niños maltratados. Diagnóstico y terapia familiar* —Barcelona, Paidós, 1991, p. 13—, de Stefano Cirilo y Paola Di Blasio. Y no es que yo me crea capaz de lograr tal, puesto que lejos estoy de especializarme en eso, pero sí tengo el convencimiento pleno de que si empieza mencionar un asunto que a mi entender a todos atañe se conseguirá también que se dé el inicio de traerlo a la conciencia, con lo que desde luego ya hay ganancia. Porque uno de los elementos que creo más importantes en el asunto es el hecho de que por lo general no se reconoce —no se percibe— el maltrato. Muchas veces me descubro explicándole detalladamente a alguien que sin duda fue maltratado, y me encuentro con que tal explicación no es en realidad comprendida —y hasta muchas veces es mal recibida, he de recordar, claro, el destino de los portadores de malas noticias—, parecería que yo personalmente soy en extremo quisquillosa y sumamente exagerada. Pues justamente soy en extremo quisquillosa y sumamente exagerada. Pues justamente esto me parece otra buena tazon para poner la cuestión de manifiesto.

Pero ¿por qué digo con tanta certeza que se nos maltrata? ¿Qué significa «maltrato»? Pienso bien que cuando no nos tratan bien es que nos tratan mal, de manera que la definición para mí más exacta de lo que el maltrato sería habría que enunciarla en términos tales como que existe un «no buen trato». Porque no me refiero en este momento a la voz «maltrato» como una terminología, puesto que en esa caso se incluyen en ella varias cuestiones —que implican exclusivamente en maltrato infantil, como por cierto hace toda la bibliografía que conozco, que no habla del mismo aspecto en adultos, excepto por el asunto de las mujeres maltratadas (generalmente golpeadas y sexualmente abusadas), que lo son siempre por sus parejas masculinas. Los malos tratos

que los adultos (del sexo que sea) reciben fuera de esa situación particular no son motivo de interés para los estudiosos (de profesiones varias) que hablan sobre el maltrato desde un punto de vista especializado. Por eso me atrevo, claro. Algunas de aquellas cuestiones son, a saber, el maltrato físico —que consiste en golpes que lesionan en grados diferentes de gravedad—, la negligencia o descuido —que se aplica al caso de los niños pequeños cuyas necesidades básicas son desatendidas—, el abuso sexual —que horroriza y duele de mencionarse solo, tanto que mejor no se toca; y de ahí a ignorarlo hay un paso pequeñísimo— y el llamado maltrato emocional —que en los libros que he consultado no termina de especificarse a mi gusto—. Es así entonces que no hablo de maltrato como término técnico exactamente, sino más bien de una palabra cualquiera que también cualquiera emplea, y con la que sucede lo mismo que con otras palabras: medio sabemos qué significa, la usamos, la oímos y estamos convencidos de que la entendemos —no es, sin embargo, momento este para que me ponga a hablar de lo que de todos modos hablo siempre, es decir de la falta de precisión y de profundidad de la competencia lingüística del individuo—. Si bien, pues no estamos muy ciertos de qué quiere decir maltrato sí tenemos una idea cercana de lo que denota. Y de esto es que me ocupo aquí.

De alguna manera podría decirse que el maltrato a que me refiero es el que se ha dado en denominar «emocional», aunque también pienso que el descuido —o negligencia— ha de estar asimismo incluido en el tema que me ocupa, cuando las personas que nos importan, cuando los individuos en quienes confiamos, no toman en cuenta nuestras necesidades o las pasan por alto no nos están tratando bien, y si no nos tratan bien —volvemos a lo dicho— nos maltratan.

Necesitamos atención, cuidado, cariño, valoración, protección. Si no recibimos eso es que no estamos bien tratados, estamos maltratados.

Pero bueno, en una sociedad —y no hablo de un lugar geográfico en particular, sino de muchos— que ni siquiera tiene claro el gravísimo peligro que implica subestimar la importancia —cuantitativa y cualitativa— del fenómeno del maltrato —ahora sí en un sentido terminológico— infantil, difícilísimo resulta querer abordar el problema de los adultos que no son bien tratados.

Y sin embargo estoy del todo convencida de la trascendencia enorme del maltrato cotidiano a que estamos inevitablemente sometidos. Cuando tenemos que hacer antesalas de horas nos maltratan, cuando llamamos por teléfono y nos dejan esperando nos maltratan, cuando nuestra pareja finge no advertir nuestra presencia después de una discusión nos maltrata, cuando el jefe se apropia de nuestras ideas —¡y hasta nos las explica! — nos maltrata, cuando la mamá nos dice que «estoy muy bien, *no tengo nada*» nos maltrata, cuando nos usan —¡cuánto! — nos maltratan, cuando nos ven sin vernos, cuando no nos hablan, cuando no nos saludan, cuando no nos pregunta nuestra opinión en cosas que nos conciernen, cuando no nos oyen, cuando nos dicen que estamos muy viejos —o muy altos, o muy gordos, o muy feos—, cuando nos apartan, nos castigan, nos hacen sentir culpables, no nos entienden, nos ignoran, nos descalifican, nos malinterpretan, nos callan, cuando todo eso nos maltratan. ¿Ven por qué digo que sucede todos los días? ¿Quién vive uno solo de los suyos sin que algo de esto le pase?

Yo sé que puede parecer que exagero, que pido demasiado, que busco una utopía. Pero no es así. Porque no estoy planteando —¡y hasta me disculpo por ello! ¡Es increíble! —que hemos de vivir en una sociedad que nos permita ser muy felices. Solo hablo de que ésta nos vuelve sumamente infelices y nos daña irremediabilmente desde edades muy tempranas. Y que tal situación obedece en gran medida al maltrato cotidiano. Es simple lo que pasa, en realidad. Resulta que si no nos tratan bien algunas veces no

hay daño, pero el asunto está en que nos tratan mal todos los días —y hasta varias veces diarias— y además nos tratan mal no únicamente las personas que no nos conocen o las que no nos quieren —e incluso nos odian— sino también las que sí nos conocen —muy bien, además— las que sí nos quieren, las más cercanas, las más importantes. No existe entonces una gran diferencia entre el maltrato que nos inflige un desconocido, un enemigo o nuestra propia madre e hija —menciono especialmente estas dos posiciones porque en mi experiencia son las más propensas a propinar (¡propinar!, he de querer decir «proporcionar») el maltrato en cuestión—. No es difícil inferir que las consecuencias de recibir el mismo tipo de trato —malo— por personas a quienes tenemos clasificadas en casillas no solo distintas sino incluso opuestas y contrapuestas son muy serias, debido a que conducen a una confusión severa, y cuando las cosas no son claras es mucho peor que cuando son sí lo son, aun cuando tal claridad sea de una cuestión negativa: quiero decir que si bien siempre es malo que no nos traten bien tal es de esperarse cuando interactuamos con individuos que son nuestros enemigos, y el hecho de esperarlo aminora en cierto modo el daño, pero si quien nos maltrata es a la vez quien nos quiere las implicaciones de estar sometido a ello son terriblemente negativas, porque el impacto es ahora doble —si usamos matemáticas puras, claro, porque si queremos acercarnos más a la realidad no únicamente doble, dado que su penetración, su profundidad, es considerablemente mayor que eso.

De esta manera, cuando nos maltratan con mucha frecuencia y cuando son los que nos quieren quienes nos tratan mal es difícil que no tengamos la tendencia de pensar que la culpa es nuestra, que nosotros provocamos el maltrato, que hay algo en nuestro comportamiento que suscita que no nos traten bien. Vamos, pues, por la vida, creyendo que el maltrato se justifica porque está motivado. Motivado por nosotros mismos. Y si como merecedores de ser tratados mal es que no somos gran cosa, no valemos mucho, no tenemos importancia. La autoestima y la seguridad individual se ven incontrovertiblemente afectadas, y afectadas muy seriamente. ¿Qué pasa con una sociedad que está llena, pletórica, de personas que no solo dudan de su valía sino que están seguras —y es ésta su única seguridad, además— de que no tienen ninguna? Pues lo que pasa es que se convierte —y no paradójicamente, desde luego—, en una sociedad maltratadora, con lo que el círculo es perfecto. Porque, claro, si nos maltratan, maltratamos. Y no por venganza, no. Ni porque se trate del único comportamiento aprendido —como dicen algunos—. Lo que pasa es que si no tenemos autoestima, ni seguridad firmes y de consideración no podemos construir un carácter con sensibilidad —sería muy doloroso— y con valor —sería muy arriesgado—. Y ciertamente que se necesitan valor y sensibilidad para evitar el maltrato. El que sea: el que recibimos y el que damos.

La solución desde luego es extremadamente difícil, porque el hecho de poseer las características que permitan contrarrestar el maltrato entraña el riesgo —y no remoto— de sufrirlo insoslayablemente —quiero decir de que duela mucho más—. Yo creo, sin embargo, que unas cosas van por otras, y que bien vale la pena padecer conscientemente que dolerse sin saber claramente por qué, y sobre todo si tal conciencia finalmente traerá consigo la liberación —por parcial que sea, que no están las cosas para pedir grandes transformaciones.

El caso es que estoy convencida de que ocultar la verdad nunca es bueno para nadie —excepto en situaciones de muy específicas y restringidas—, pero que ocultársela uno mismo es todavía peor. Reconozcamos, pues, el maltrato cuando nos alcance —que será muy pronto—, y para reconocerlo ha de bastar con llevar a efecto un pequeño ejercicio mental que consiste en que si creemos que nos están maltratando es que nos están maltratando. Saber que en verdad sucede, que no lo inventamos, que no somos «delicados»,

«susceptibles» o «paranoicos», realmente ayuda a dar un primer paso —un paso enorme— para librarse del daño. Lo que sigue es verbalizarlo, decirlo, expresarlo, a quien sea que consideremos adecuado —incluido por supuesto el maltratador en turno— o a nosotros mismos, simplemente —he de anotar de paso que se subestima la potente fuerza de las enunciaciones autodirigidas (de hablar solo, para ponerlo en términos simples)—. No puedo menospreciar, desde luego, la importancia de enfrentar a quien nos maltrata, sin embargo estoy cierta de que esto tiene menos eficacia de la que por lo general se le concede —y el considerable riesgo de ser maltratado de nuevo cuando más débil se está por ser el tema de la conversación precisamente la vulnerabilidad propia, razón que a mí me parece más que suficiente para desaconsejar la práctica, si no es en casos particulares—, además de que no cumple de ningún modo el cometido de que al infractor no incurra en el mismo comportamiento, porque he de subrayar que pretender que alguien conozca que maltrató es por lo menos ingenuo, y sin el reconocimiento correspondiente al arrepentimiento también correspondiente es imposible, como lo es, por ende, cualquier cambio de conducta al respecto.

Quedémonos, mejor, cuando nos maltraten, con el convencimiento pleno de que nos maltratan y con la voluntad de expresarlo muy claramente. Casi sin percatarnos, el hábito del reconocimiento y la verbalización nos llevará a conseguir evitar el maltrato, sobre todo por la vía —¡tan simple!— de no exponernos a él —¡cuántas veces, cuántas, lo sabíamos de antemano!—, pero también —y de manera igualmente eficaz— por el camino de no perpetrarlo nosotros, de modo que podamos decir «por lo menos yo no». O muy poquito. Poquitito. Hasta que de verdad ya no.

María Isabel Terán Elizondo

es licenciada en Letras Españolas (UANL), maestra en Estudios Étnicos (ColMich), doctora en Literatura Mexicana (UNAM), especialista y maestra (UAZ) en Tecnologías Informáticas Aplicadas a la Educación. Docente de la Licenciatura en Letras y el Doctorado en Estudios Novohispanos (UAZ). Autora de *Los recursos de la persuasión. La portentosa vida de la muerte de fray Joaquín Bolaños* (1997/2013); *Orígenes de la crítica literaria en México. La polémica entre Alzate y Larrañaga* (2001/2009); *La Heroína Mexicana* (2008); *La sátira y otras formas de crítica o subversión en la literatura novohispana* (2015). Obtuvo el Premio Nacional de Crítica literaria «Guillermo Rousset». Es SNI-III.

Cynthia García Bañuelos

(Zacatecas, 1975) es doctora en Estudios Novohispanos (UAZ). Participó en congresos y diplomados en diversas universidades. Asistente en la enseñanza del Español como segunda lengua en Liceo Des Haberges Besançon, Francia; subdirectora general del Colegio Margil, Zacatecas; docente-investigadora de la Unidad Académica de Letras de la UAZ. Ha publicado en suplementos y revistas. Líneas de investigación: Literatura mexicana, siglos XX y XXI; Literatura femenina, América-Europa, siglos XX y XXI; Literatura comparada y reinterpretación del mundo novohispano en la literatura contemporánea.

Katia Angélica de Loera Villagrana

(Zacatecas, Zacatecas, 1995) es licenciada en Economía, le gusta tomar fotografías, jugar pickleball; es fundadora del club de lectura «Un rincón a la medida».

Citlalli Luna Quintana

(Zacatecas, Zacatecas, 1991) es licenciada en Letras (UAZ), maestra en Historia del Arte (UNAM) y doctora en Literatura Hispánica (ColMex). Fue beneficiaria del Programa de Estímulos a la Creación y el Desarrollo Artístico de Zacatecas-FONCA. Realizó estancias de investigación en U. de G., UNAM y Universidad Complutense. Obtuvo el «Premio Estatal de la Juventud Zacatecas 2016» en Literatura. Ha publicado en revistas impresas y digitales nacionales e internacionales; colabora en proyectos de investigación en el Instituto de Investigaciones Estéticas (UNAM) y la Universidad del Pacífico (Lima); es miembro del Proyecto de Estudios Indianos (Perú).

Mónica Muñoz Muñoz

(Jalpa, Zacatecas, 1978) es doctora en Ciencias Humanísticas y Educativas con especialidad en Estudios Lingüísticos. Miembro del SNI, nivel I y Perfil Prodep. Ha publicado los libros *El holograma de la comunicación. Aportaciones para la enseñanza del español desde la sociolingüística* y *La complejidad y El léxico disponible en dos regiones de Zacatecas: una lectura desde la mémetica, la teoría de la evolución cultural*. Actual directora de la Unidad Académica de Letras y docente de la Maestría en Competencia Lingüística y Literaria. Lideresa del CA 255, «Competencias: lingüística, literaria y digital».

Lorena Muro Chávez

(Zacatecas, Zacatecas, 2001) comenzó a escribir textos poéticos por iniciativa propia a la edad de 15 años. Actualmente, cursa el cuarto y último semestre de la carrera de técnica dental en la Escuela de Técnica Dental Zacatecas A. C.; asimismo, es aspirante de la Licenciatura de Médico Cirujano Dentista de la UAO, UAZ. Ha cursado talleres de escritura de cuentos y poemas impartidos por el escritor Juan José Macías. En 2021 publicó el poema «Sueño de un alma cósmica», en la revista española digital *Mágica & Moderna*.

Eugenia Nájera Verástegui

(Tampico, Tamaulipas, 1979) es técnico en computación, artes gráficas en el área de serigrafía, estudiante de violín y cine. Su pasión por la música fue la principal inspiración para comenzar a escribir. Posee un Diplomado en Literaturas Mexicanas en Lenguas Indígenas por el INBAL. Ha tomado cursos y talleres a nivel local, nacional e internacional de creación literaria. Forma parte del Colectivo Plumas del Desierto, Especulativas, Fantasía y Ciencia Ficción «Ray Bradbury», Club de lectura Sociedad Tolkien, El placer de Leer y MIPEC de Berlín, Alemania. Su obra está integrada en antologías y revistas literarias locales, nacionales e internacionales.

Dulce María García Mireles

(Zacatecas, Zacatecas, 1999) es una mujer de 24 años egresada de la licenciatura en Letras de la UAZ. Disfruta crear y compartir ensayos y cuentos con personas interesadas. Le encanta asistir a conferencias y presentaciones de libros. Ha comenzado a publicar ensayos; la primera revista que le abrió sus puertas fue *Redoma*, donde publicó el ensayo «Dos mujeres lectoras

de Yáñez». A demás de disfrutar de la creación literaria, ayuda a las personas que quieren mejorar su ortografía y adentrarse a la literatura.

Itzel Guadalupe Núñez García

(Zacatecas, 1992) es licenciada en Letras por la UAZ. Su obra ha aparecido en diversos medios digitales y en los libros *La divina entraña* (México, 2018), *Y son nombres de mujeres. Antología de escritoras zacatecanas II* (México, 2019), *La Leetrina de Ítaca. Primer antología poeticonarrativa* (España, 2019). Actualmente se encuentra publicando en *Fuego de Luka* (@FuegodeLuka), multiplataforma digital en la que comparte espacio con diversos escritores nacionales e internacionales. Se encuentra en redes sociales como @bawdiing.

Anel Guerrero Rodríguez

(Zacatecas, 2003) es estudiante de segundo semestre en la Licenciatura en Letras de la Universidad Autónoma de Zacatecas. Lectora de tiempo completo y aficionada al té.

Rosalba Anahí Rodríguez Haro

es estudiante de la Licenciatura en Letras en la UAZ. Se descubrió en la literatura en la secundaria, donde participaba en concursos literarios. Obtuvo el segundo lugar en un concurso estatal de preparatorias con cuento corto. Se ha aventurado en la poesía. Influenciada por Ángeles Mastretta, comenzó a escribir relatos cortos y a lo largo de la licenciatura descubrió otra forma de conocerse en el ensayo, sin soltar de la mano los dos géneros anteriores. Entre las escritoras y escritores que la han forjado como persona y como escritora están Miguel de Unamuno, Ángeles Mastretta, Fernando Pessoa y Virginia Woolf.

Alondra Rosales Gómez

(Zacatecas, 2000) es lectora de cuentos por la mañana, novelas por las tardes, filosofía por la noche y poesía en la madrugada, estudiante de la Licenciatura en Letras por la UAZ, participa en la revista *Redoma* en el comité de redacción y logística; fue correctora de estilo del libro *Letras. 35 años* publicado por la Unidad de Académica de Letras y Taberna Librería. Escritora de diarios y poemas, además de ser amante de la música y el cine.

Alejandra Enríquez Gaytán

es licenciada en Letras. Ha impartido cursos de comunicación oral y escrita en la UAZ. Actualmente es maestra en el programa de Maestría en Competencia Lingüística y Literaria de la Unidad de Letras de la UAZ; es autora de un capítulo del libro *La voz de las mujeres en*

la ciencia (2023); realizó una estancia de investigación entorno al lenguaje inclusivo en la Universidad Nacional Villa María en Argentina. Ha sido ponente en diversos congresos internacionales, como el IV Congreso de Investigadoras de Iberoamérica y el Segundo Encuentro Internacional sobre Competencia Lingüística, Literaria y Digital.

Claudia Alonso Cuéllar

(Aguascalientes, Aguascalientes, 1978) es docente, abogada y escritora; cuenta con Maestría en Gestión Educativa. Mediadora y conciliadora privada del Poder Judicial del Estado de Aguascalientes desde 2013. Socia fundadora de Red De Mediadores, Conciliadores y Facilitadores Certificados en Aguascalientes, A.C. Fundadora y directora de CÍRCULO ARTEMISA, ARTE Y CULTURA PARA LA PAZ. Cofundadora, colaboradora y exdirectora editorial de la revista *Deletérea*. Colaboradora de LJA. Ha publicado ensayo, cuento y poesía en México y España.

Verónica G. Arredondo

(Irapuato, Guanajuato, 1984) es autora de los libros de poesía: *Spoiler Alert* (2022), *Damas Errantes* (2019), *Ese cuerpo no soy* (2015) (premio 2020 «Pub House Press» de Québec, International chapbook manuscript competition por traducción: *I am not that body*, por Allison A. de Freese), *Verde fuego de espíritus* (2014); ensayo: *Voracidad, grito y belleza animal* (2015). Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Ramón López Velarde (2014); el Premio Dolores Castro (Poesía, 2014). Ha sido beneficiaria del PECDAZ (2019) y del FONCA (2017-2018). Es doctorante en Artes por la UdeGto; maestra en Filosofía e Historia de las Ideas por la UAZ. Ha sido traducida al francés y al inglés.

Brenda Ortiz Coss

(Fresnillo, Zacatecas) es licenciada en Letras, maestra y doctora en Historia por la UAZ. Participa en el taller de crítica y creación literaria Amparo Dávila de la UAZ; colaboró con el taller de crítica y creación literaria para mujeres Líneas Negras. En el 2016 fue integrante del Colectivo 450, asociación cultural de Fresnillo. Seleccionada en las antologías *Premio Trópico de Cáncer a la creatividad literaria* (2002) y *Y son nombres de mujeres* (2018).

Luisa Vera

(Tepetongo, Zacatecas) es asistente a los talleres literarios Leng T´Che, de Mauricio Moncada; Zacatecas tierra de lectores, de Martín Solares y de Poesía y microrelato, de Javier Acosta. Miembro del taller de lectura

y redacción Plumas del Desierto. Entre sus publicaciones se encuentran el poemario *No para ti, Un poema, un poeta*; las antologías *Todas las noches se integran, Selfies, Antología de escritoras zacatecanas II Y son nombres de mujeres*. Ha participado en las exposiciones colectivas Niñas. Plumas en otoño: mujer, esencia y palabra.

Arlett Cancino Vázquez

(Aguascalientes, 1985) es licenciada en Letras por la UAZ, maestra en Estudios de Literatura Mexicana por la U. de G. y doctora en Estudios Novohispanos en la UAZ con una investigación acerca de La Malinche en el teatro mexicano escrito por mujeres. Ha colaborado en publicaciones como *Y son nombres de mujeres. Antología de escritoras zacatecanas II, Zoomex. Los animales en la literatura mexicana*. Ha publicado en medios y revistas electrónicas como: *Temporales. Revista de la MFA de Escritura Creativa en Español de New York University, Círculo de poesía, y La Jornada Zacatecas*. Ha colaborado para revistas indexadas como *Nova Tellus. Revista semestral del Centro de Estudios Clásicos de la UNAM*. Es docente en la UAZ.

Astrid Carrillo Garrido

(Jerez, Zacatecas, 1985) es una mujer quien, tras doce años de vagar, encuentra sus raíces en su pueblo natal, Jerez. Médico de profesión. Escritora desde que tiene uso de razón. Encuentra un diario que comenzó a los seis años, escritos y cuentos de la niña y adolescente le hacen ir a buscar pluma y papel regresándola a aquello que alguna vez la sanó.

Sara Margarita Esparza Ramírez

es licenciada en Letras por la Unidad Académica de Letras y maestra en Literatura Hispanoamericana por la Maestría en Investigaciones Humanísticas y Educativas de la Unidad Académica de Docencia Superior, ambas de la UAZ. Actualmente cursa el Doctorado Iberoamericano en Teorías Estéticas por la Universidad de Guanajuato. Docente y correctora de estilo. Empresaria en diversas actividades culturales. Mantiene una columna permanente en redes sociales.

Vianey Guzmán

(Jerez, Zacatecas, 1984) es licenciada en Periodismo y Comunicación. En los medios de comunicación locales se desempeñó como editora audiovisual, reportera y conductora. Actualmente radica en el extranjero, y se dedica de lleno a la crianza de dos hijas. Ha escrito cuento y poesía desde niña de manera privada, ha publicado solo en dos ocasiones, la primera en la revista de la *Feria de Jerez* y la segunda en una convocatoria de

poemas del periódico *El Sol de Zacatecas*. Es integrante del colectivo Plumas del Desierto, espacio en el que ha encontrado mujeres que, como ella, ven en la escritura y lectura un mundo fascinante.

Sonia Ibarra Valdez

(Zacatecas, 1985) es licenciada en Letras, maestra en Investigaciones Humanísticas y Educativas con orientación en Literatura Hispanoamericana y doctora en Estudio Novohispanos por la UAZ. Del 2018 a la fecha se ha dedicado a promover y difundir la literatura escrita por mujeres, en este tiempo ha coordinado la publicación de cinco antologías de escritoras zacatecanas. Sus creaciones literarias se han divulgado en revistas y obras colectivas como: *Círculo de poesía, Punto de partida, Redoma, La Gualdra, El tejido de la mujer araña, Y son nombres de mujeres*, entre otros.

Azaret Zamudio

(Zacatecas, Zacatecas, 1998) es egresada de la Licenciatura en Filosofía de la Unidad Académica de Filosofía de la UAZ. Ha formado parte de varios talleres literarios como el Laboratorio literario Daniel Sada, Los hijos de Alicia y Plumas del Desierto. Escribe cuento y poesía principalmente; algunos de sus textos han sido publicados en la revista *Tiempo de Zacatecas*.

Norma Gutiérrez Hernández

es licenciada en Historia y maestra en Ciencias Sociales (UAZ); especialista en Estudios de Género (ColMex) y doctora en Historia (UNAM). Perfil PRODEP. Integra el Cuerpo Académico Consolidado «Estudios sobre educación, sociedad, cultura y comunicación»; el SNI; el Seminario Permanente de Historia de las Mujeres y Género; la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación; el Sistema Estatal para Prevenir, Atender, Sancionar y Erradicar la Violencia contra las Mujeres y la Red contra la Violencia en Instituciones de Educación Superior. Es Docente-Investigadora en la Maestría en Educación y Desarrollo Profesional Docente y la Licenciatura en Historia de la UAZ.

Martha Edith Rocha Orozco

(Francisco R. Murguía, Zacatecas, 1994) es licenciada en Letras por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Ganadora del tercer lugar en los «Juegos Florales Estatales de la Amistad» en Fresnillo, Zacatecas, 2023. Tiene interés en artes visuales y en la narrativa.

Receptáculo

En la Unidad Académica de Letras, ¡te estamos esperando para que integres nuestros programas!

Hasta el 15 de agosto

Licenciatura en

LETRAS

PRESENCIAL

PREINSCRIPCIONES
escolar.uaz.edu.mx
Av. Preparatoria S/N, Fracc. Progreso, Zacatecas.

☎ 492-9241916
☎ 492-1962460
📍 Letras / Universidad Autónoma de Zacatecas
✉ escolar@uaz.edu.mx

UNIDAD ACADÉMICA DE **LETRAS**
2021-2025

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

En la Unidad Académica de Letras, ¡te estamos esperando para que integres nuestros programas!

Hasta el 15 de agosto

UNIDAD ACADÉMICA DE
LETRAS
2021-2022

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

LICENCIATURA EN
LETRAS

SEMIPRESENCIAL

PREINSCRIPCIONES: escolar.uaz.edu.mx

Av. Preparatoria S/N, Fracc. Progreso. Zacatecas.

- ☎ 492-9241916
- 📞 492-1962460
- 📍 Letras / Universidad Autónoma de Zacatecas
- ✉ escolar@uaz.edu.mx

UALETRASUAZ

Novedad editorial de la comunidad de la Unidad
Académica de Letras



[https://linktr.ee/
maritzambuendia](https://linktr.ee/maritzambuendia)

«El deseo confunde: a veces es como un
borbotear de agua o como una estufa en llamas,
como el galope de un caballo o un corazón
martillado, como un repicar de campanas o un
golpe en la esquina de la mesa».

Maritza M. Buendía, *Cielo Cruel*

Convocatoria abierta y permanente para colaborar en *Redoma*



Redoma, revista de la Unidad Académica de Letras, recibe propuestas de colaboraciones para las siguientes secciones:

Ensayo

Para ensayo, lo mismo de rigor académico que de abierta creación

Escancie

Lugar para los egresados de lo que fue Escuela de Humanidades, Facultad de Humanidades y Unidad Académica de Letras. Se reciben trabajos de poesía, narrativa y ensayo

Alambique

Para los alumnos en activo, lo mismo de la Licenciatura en Letras que de la Maestría en Competencia Lingüística y Literaria

Arbitraje

Para el ensayo científico apegado a la convención académica de las humanidades

Alquimia

Para poetas nacionales e internacionales

Retorta

Para los narradores del mundo de la lengua de Cervantes

Destile

Para reseñas sobre libros que abonan a la discusión en torno a la creación y a la crítica literaria, así como a su enseñanza

Las colaboraciones deben enviarse al correo redoma@uaz.edu.mx con el asunto

«Propuesta» seguido de la sección a la que se desea inscribir el texto, o mediante la plataforma <https://revistas.uaz.edu.mx/index.php/redoma/about/submissions>.

Requisitos

Las propuestas deberán adjuntar una ficha informativa en Word o PDF con los siguientes datos:

1. Título
2. Sinopsis

Datos del autor

1. Nombre completo
2. Fecha y lugar de nacimiento
3. Correo electrónico
4. Semblanza del autor

Formato de entrega de las propuestas

1. Times New Roman de 12 puntos
2. Márgenes de 2.5 cm por los cuatro lados
3. Interlineado a espacio y medio
4. Párrafo justificado
5. En el caso de que la propuesta incluya imágenes (fotografías, ilustraciones o gráficas), deberán estar incorporadas o insertadas en el texto como referencia y, además, deben enviarse en alta resolución (300 a 400 DPI) en tamaño 960×600 en formato JPG o GIF al correo redoma@uaz.edu.mx.
6. Cuando se incluyan imágenes en los textos, deben incorporarse pies de imagen o pies de foto relacionados con las imágenes mediante algún código alfanumérico para evitar confusiones. Solo se aceptarán imágenes libres de derechos o que pertenezcan al autor del texto.
7. Si se incluyera bibliografía, esta debe aparecer al final del documento en el siguiente orden: autor (iniciando por apellidos), *título*, editorial, ciudad de edición, año.



SOMOS
ARTE, CIENCIA Y
DESARROLLO
CULTURAL

